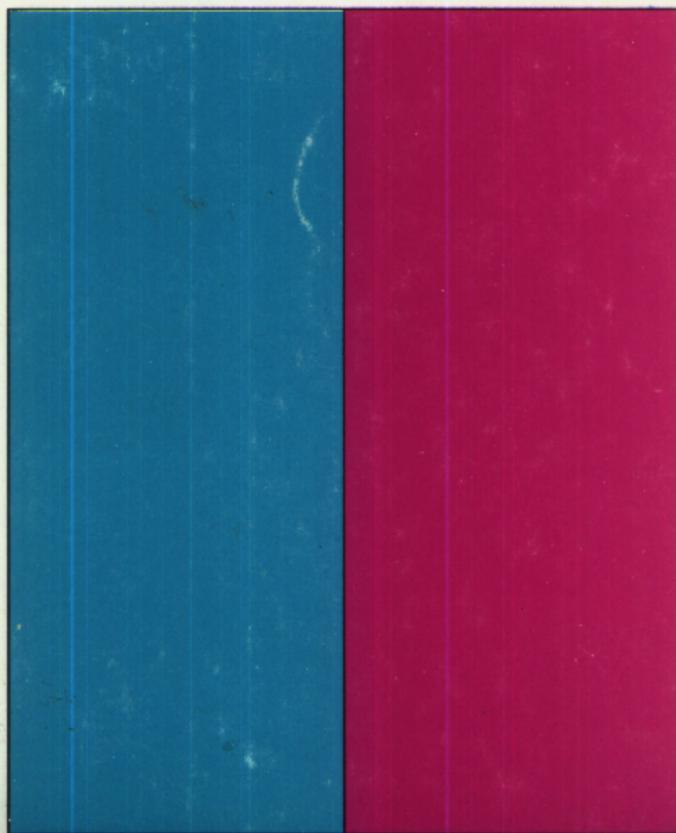


**La pobreza,
desafío teórico
y estratégico**

Pedro Vusković



CUADERNOS DE ECONOMÍA

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS



LA POBREZA, DESAFÍO TEÓRICO Y ESTRATÉGICO

por

Pedro Vusković

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. José Sarukhán Kérmez

Rector

Dr. Francisco Barnés de Castro

Secretario General

Maestro Mario Melgar Adalid

Coordinador de Humanidades

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS

Dra. Alicia Girón González

Directora

Maestra Verónica Villarespe Reyes

Secretaria Académica

Lic. Roberto Guerra Milligan

Secretario Técnico

María Dolores de la Peña

Jefa del Departamento de Ediciones

Edición al cuidado de Presentación Pinero

© Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM

Primera edición: 1993

Primera reimpresión: 1994

Derechos reservados conforme a la ley

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

ISBN 968-36-3430-3

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
Vusković y el Seminario de Teoría del Desarrollo, 7	
I. CHILE: REAFIRMACIÓN DEL SUBDESARROLLO Y LA DESIGUALDAD	13
1. El "exitoso modelo chileno", 13; 2. Propuestas "alternativas": la de Estados Unidos y la de la CEPAL, 17; 3. ¿Hacia dónde caminar?, 21; 4. Un caso especial: el cubano, 24	
<i>Réplica de Pedro Vusković</i>	27
5. Enseñanzas de Chile y de Cuba, 28; 6. Importancia de la participación popular, 30; 7. Avanzar hacia la concreción de la alternativa, 31	
II. UN "MODELO ECONÓMICO" DESNACIONALIZADOR Y EMPRECEDOR	34
1. Imagen y realidad, 34; 2. La magnitud de los costos sociales, 37; 3. La legitimidad de las demandas populares, 39; 4. La rigidez y las limitaciones del "modelo", 40; 5. Los costos de la "apertura" externa, 42; 6. Una síntesis de previsiones, 44	
III. VEINTE PROPOSICIONES DE SÍNTESIS SOBRE POBREZA Y DESIGUALDAD EN AMÉRICA LATINA	47
Pobreza y potencialidad económica, 47; Crisis y política económica, 53; Regresividad distributiva estructural, 57; Respuestas populares defensivas, estrategia inflexible, 62; Viabilidad externa débil, ajustes internos superficiales, 63; Reproducción de la desigualdad y la pobreza, 74; Estrategia alternativa viable, 79	

IV. ESQUEMA PARA LA DISCUSIÓN DE UN PROYECTO SOCIAL ALTERNATIVO	83
1. La necesidad y los alcances de un nuevo proyecto social, 83; 2. Los elementos constitutivos de diversas opciones estratégicas, 86; 3. Los límites de las estrategias en práctica, 88; 4. Los principales contenidos de una estrategia alternativa, 94; 5. La viabilidad de un proyecto social alternativo, 102	
V. LA LUCHA POR UNA ESTRATEGIA ALTERNATIVA	109
1. Alternativas sociales en el futuro de América Latina, 109; 2. Hacia la unidad y movilización del pueblo chileno, 116	

PRESENTACIÓN

VUSKOVIĆ Y EL SEMINARIO DE TEORÍA DEL DESARROLLO

Pedro Vusković Bravo, el economista, académico y hombre de acción chileno quien falleciera en la ciudad de México el pasado 10 de mayo de 1993, se vinculó al Seminario de Teoría del Desarrollo (STD) del Instituto de Investigaciones Económicas (IIEc), de la UNAM, desde sus primeros meses de exilio en nuestro país, en 1974.

El coordinador y los participantes iniciales del Seminario teníamos en muy alta estima tanto la valiosa obra intelectual, profundamente chilena y latinoamericana, como la trayectoria de Vusković como economista de la CEPAL *prebischiana*, profesor de la Universidad de Chile, ciudadano congruente con su convicción socialista y democrática que sostuvo hasta su último aliento, probo y valeroso alto funcionario del depuesto gobierno de Salvador Allende y uno de los diez más perseguidos por la dictadura pinochetista (también uno de los últimos a quien, hasta septiembre de 1988, quince años después del golpe militar, se le permitió retornar a su patria).

La circunstancia de que Alonso Aguilar Monteverde, quien fundase el STD hace dos décadas —su primera sesión fue en marzo de 1973— y lo coordinara durante casi seis años, y quien esto escribe —entonces al frente del IIEc— tuviéramos amistad con Pedro desde tiempo atrás, contribuyó a despertar su interés por el trabajo de un seminario de investigación que entonces empezaba a abrirse a nuevos temas, enfoques y estilos de discusión.

Desde aquellos años Vusković participó en las sesiones de un Ciclo del STD dedicado al tema “Problemas de la transición al socialismo en América Latina”, efectuado entre octubre de 1974 y marzo de 1975, en las que sobresalieron tanto su lucidez como su modestia y

su costumbre de trabajar con los demás, escuchar con respeto e interés otras opiniones y recoger críticas.

Cabe destacar las sesiones dedicadas al análisis de la experiencia chilena de la Unidad Popular, que dio lugar a un *Cuaderno del STD: El gobierno de Allende y la lucha por el socialismo en Chile* [IIEc-UNAM, 1976], con las colaboraciones del propio Vusković, Álvaro Briones, Pío García, Theotonio Dos Santos, Jaime Osorio, Fernando Rosa y otros, en esos años una obra oportuna y trascendente desde una óptica latinoamericana.

En esa misma etapa Pedro escribió sus libros *Acusación al imperialismo* [México, Fondo de Cultura Económica, 1975] y *Una sola lucha: el desafío político de Chile* [México, Nuestro Tiempo, 1978, el cual se publicó ese mismo año en España y —en francés— en París]. Ante el desarrollo de la realidad, seguramente después conoció mejor varios hechos, descubrió insuficiencias y errores y corrigió ciertos puntos de vista expresados en esos trabajos, escritos cuando los acontecimientos estaban demasiado frescos; pero quedan en pie la honradez, madurez y objetividad de sus planteamientos y su ineludible posición unitaria. Y al contrario de otros intelectuales chilenos, no abandonó nunca ni sus convicciones ni su confianza en nuestros pueblos.

También fue un participante activo en otras sesiones organizadas por el STD para estudiar y debatir sobre el complejo sistema de imperialismo y la crisis capitalista que desde esos años irrumpía con fuerza en el escenario mundial, tras la quiebra del sistema de Bretton Woods, la devaluación del dólar estadounidense, los generalizados procesos inflacionarios y otros fenómenos, en las cuales se buscaba explicación a los problemas, cambios y tendencias históricas fundamentales de la realidad internacional y de nuestros países.

Casi tres lustros después de su exilio, en 1987, a propuesta del IIEc ocupó la cátedra extraordinaria “Narciso Bassols”, de la UNAM, vinculado al STD. Todavía en julio de 1990, radicado ya en Chile, en ocasión de uno de sus sistemáticos viajes a México aceptó ser ponente en la sesión del Seminario que dio origen a la presente obra. Y año y medio más tarde, en otro de sus viajes, cuando empezaba la ardua batalla por su salud y por su vida, nos propuso coordinar la realización del II Ciclo Internacional del STD sobre “Reestructuración mun-

dial e integración: desafíos y alternativas para América Latina”, con el encuentro sobre “Alternativas sociales en América Latina” previsto, bajo su iniciativa y responsabilidad, como parte de un proyecto del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades (CIIH) con el cual él colaboraba desde tiempo atrás.

Dichos encuentros se realizaron en la Ciudad Universitaria, en la capital mexicana, sincronizados en fechas sucesivas —uno del 20 al 23 y el otro del 25 al 28 de mayo de 1992—, a manera de sumar los limitados recursos de cada parte para invitar a las dos reuniones a un cierto número de distinguidos intelectuales de Argentina, Brasil, Cuba, Chile, Nicaragua, Perú, Uruguay y Venezuela a presentar trabajos y a discutir con los colegas mexicanos y otros latinoamericanos residentes en México.

Víctima, empero, de la penosa y rara enfermedad que poco a poco lo privaba del habla y de la cual no habría de reponerse, aunque todavía viajó a Chile y a su regreso sostuvimos varias reuniones para examinar problemas de organización de esos dos coloquios, tuvo que recluirse en Cuernavaca sin por ello dejar de estar atento a todos los detalles, e incluso dio forma final a un documento central que guiaría las discusiones del encuentro sobre “Alternativas sociales”, en éste y en el del II Ciclo del STD ya no fue posible contar con su siempre penetrante, equilibrada y esclarecedora participación.

Sin duda el libro póstumo de Pedro Vusković, *Pobreza y desigualdad en América Latina*, publicado por el CIIH y que salió de la imprenta unas semanas después de su muerte, obra madura, profunda y a la vez sumamente clara, nutrida en una larga serie de estudios, reflexiones teóricas e históricas y observaciones políticas y sociales sobre su patria chilena, México y otros países, incluso sobre las revoluciones de Cuba y Nicaragua que conoció de cerca, pasa a ser uno de sus aportes más importantes.

De hecho, es su postrer libro “orgánico” (aún queda el valor de su ejemplo, de sus consecuentes y creativas posiciones y de las tesis económicas y políticas postuladas en sus trabajos, que lo sobrevivirán por años) a la forja de una alternativa de desarrollo en la compleja coyuntura histórica latinoamericana actual, en la cual el nudo estratégico lo constituye el complejo de fenómenos interrelacionadas que en esta etapa de *capitalismo monopolista neoliberal* implica

afrontar el problema de la pobreza y defender la soberanía de nuestras naciones.

Como toda su creación académica del exilio y después, aunque reciamente cimentada en el análisis económico, dicho libro desborda cualquier enfoque economicista o academicista. Penetra en el complejo proceso histórico contemporáneo, que imbrica crecientemente el acontecer nacional y el internacional y los fenómenos estructurales con los hechos políticos, ideológicos y culturales determinantes de la pobreza. Y es un valioso ejemplo del proceso de renovación del pensamiento propio latinoamericano, enraizado en nuestras realidades, que actualiza y lleva adelante las vertientes abiertas por los mejores pensadores y hombres de acción de nuestra común historia, y que en la actual coyuntura señala rumbos al incesante batallar de nuestros pueblos.

La presente obra se convierte en otra publicación póstuma de Pedro Vusković, que recoge fundamentalmente materiales *hasta ahora inéditos* que participan de esas mismas cualidades. El arranque de la obra, "Chile: reafirmación del subdesarrollo y de la desigualdad", es la transcripción de sus intervenciones en una sesión de actualización realizada por el STD el día 26 de julio de 1990, en la que fuimos comentaristas el también chileno Juan Arancibia y quien esto escribe —ambos del IIEc— y participaron otros compañeros de nuestro Instituto, transcripción que el autor pudo revisar algunos meses después.

Pedro mismo nos entregó un trabajo complementario, "Un modelo económico desnacionalizador y empobrecedor", que en esta edición se inserta como capítulo II. Por las condiciones de su enfermedad ya no fue posible ponernos de acuerdo sobre otros escritos, que en el STD pensábamos que podrían integrarse en la obra. Después, con la autorización que mucho agradecemos de doña Ana María Ruymayor de Vusković, su esposa, quien lo alentó hasta el último minuto y del doctor Pablo González Casanova, director del CIIH, hemos podido incorporar otros dos textos, correspondientes a sendas conferencias dictadas en este Centro universitario, una en enero de 1991: "Veinte proposiciones de síntesis sobre pobreza y desigualdad en América Latina", cuya copia nos proporcionó Ana I. Mariño, del IIEc, y la otra, "Esquema para la discusión de un proyecto social alternativo", meses más tarde, que nos procuró nuestro mutuo amigo chileno José Ibarra.

Una virtud de los materiales aquí publicados es que permiten seguir la evolución de su pensamiento sobre las causas profundas de la pobreza y sus consecuencias para el desarrollo, precedidos por un importante ensayo suyo de 1989: “América Latina: la crisis de desigualdad”, que fue publicado en las páginas del número del vigésimo aniversario —el 80— de la revista *Problemas del Desarrollo*, órgano trimestral del IIEc, correspondiente al trimestre enero-marzo de 1990, ensayo que por cierto —como alguno de los previos o posteriores— pudo haber sido su disertación para obtener un título de la Academia Mexicana de Economía Política que Vusković, el primer “no mexicano” invitado en 1986 por acuerdo unánime de sus miembros a ingresar a ella, no llegó a presentar.

Sus reflexiones sobre este tema culminarían en su ya mencionado libro *Pobreza y desigualdad en América Latina*. Y puede decirse que los escritos de la presente obra marcan otros tantos momentos de esta elaboración científica principal, que testimonian el complejo proceso de aproximaciones sucesivas que toda investigación de gran envergadura entraña. Por esto, preferimos mantener en la edición determinadas recurrencias argumentales; pero, como podrá comprobarlo cualquier lector atento, son materiales que tienen valor por sí mismos, que no fueron incluidos como simples “refritos” en dicho libro, y que si no fueron publicados antes fue por la modestia, escrúpulo y rigor autocrítico del autor.

Cierra la obra una breve selección de materiales entregados por Pedro a la revista mexicana *Estrategia*, el último publicado en enero de 1993, que dan cuenta de sus inquietudes en los últimos años de su vida, desde su posición de honda chilenidad, irrenunciablemente latinoamericana.

A lo largo de sus últimos años Vusković acarició la idea de una nueva revista latinoamericana, multinacional en su concepción y en su hechura, que aspirase no sólo a circular en todos nuestros países para estimular el debate y el pensamiento libre entre quienes aspiramos a un cambio que favorezca a nuestros pueblos y a la plena soberanía económica, política y cultural de nuestras naciones, sino también a editarse más o menos simultáneamente, como lo posibilitan los modernos medios electrónicos, en varios de nuestros países, a partir de un tronco básico común.

De cierta manera ese anhelo empezó a cumplirse con la aparición de *América Libre*, dirigida por un distinguido brasileño desde São Paulo, impresa en Santiago de Chile y editada en Buenos Aires, que ya circula desde el Cono Sur hasta Centroamérica, México, Cuba y otros países del Caribe, de cuyo amplio Consejo de Redacción latinoamericano fue integrante y cuyo primer número reprodujo un capítulo de su postrer libro.

En su patria fue objeto del homenaje popular al arribo de sus cenizas. El gobierno negó la Sala de Honor del Congreso para celebrar el acto previsto, el cual se realizó el 25 de junio en el auditorio santiaguense del Sindicato Nacional Telefónico, donde asimismo fue presentado un libro publicado ese mismo mes: *Pedro Vusković Bravo 1924-1993. Obras escogidas sobre Chile 1964-1993* (iniciado por Gonzalo Martner, compilado finalmente por Raúl Maldonado y prologado por José Ibarra). Desde el 26 de junio, aniversario del natalicio de Salvador Allende, sus restos reposan en el Cementerio General de Santiago.

Con la edición de la obra *La pobreza, desafío teórico y estratégico*, el STD y el IIEc rinden homenaje a Pedro Vusković, el pensador y ciudadano chileno y latinoamericano que amó profundamente a México y su pueblo, quien tanto aportó —y aporta— al pensamiento social de nuestra época, hoy más que nunca urgido, en la lucha por erradicar la pobreza de crecientes masas de nuestros pueblos y por defender la soberanía e independencia de nuestras naciones, de revitalización y creatividad.

Fernando Carmona

Coordinador del STD

y responsable de la compilación

I. CHILE: REAFIRMACIÓN DEL SUBDESARROLLO Y LA DESIGUALDAD*

La verdad es que la familiaridad con este Seminario y el sentirme tan parte de él no me autoriza para violar esa primera recomendación sobre el respeto de los tiempos. En cambio la familiaridad con el Seminario sí creo que me autoriza para rehuir cualquier presentación formal y más bien a tratar de invitarlos a una reflexión colectiva en torno de algunas cuestiones concretas.

Digo esto porque en los últimos días me ha tocado participar por lo menos en tres reuniones de esta naturaleza; una fue con los compañeros del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, quienes me pidieron que hiciera una relación sobre cómo era la situación actual de Chile. Tal vez pudiera hacer una reseña muy rápida de qué fue esa discusión, porque me parece pertinente para nuestro propósito.

1. EL "EXITOSO MODELO CHILENO"

En aquella ocasión traté de señalar, en primer lugar, la naturaleza de las herencias que dejan en Chile más de 16 años de dictadura, y la forma como esas herencias están condicionando el presente y el futuro del país y del pueblo chileno. En relación con esas herencias iden-

* Versión revisada por el autor de la transcripción de sus intervenciones en la sesión de actualización del Seminario de Teoría del Desarrollo efectuadas el 26 de julio de 1990, bajo el tema "La experiencia de Chile y la teorización latinoamericana". La sesión fue moderada por la investigadora Ana I. Mariño. Título y subtítulos de la edición. [N. del coord.]

tificaba dos procesos que están definiendo el plano político ahora mismo en Chile. Un proceso que tiene que ver principalmente con la confrontación entre la sociedad civil y las fuerzas armadas se expresa en muy diversos planos y desde luego en el más inmediato referido a lo ocurrido con los derechos humanos.

Allí hay una sociedad que reclama el esclarecimiento de la violación de los derechos humanos en que se incurrió sistemáticamente a lo largo de tantos años, que costó tantos miles de vidas, torturas, persecución; y un exilio que llegó a comprender prácticamente un 10% de toda la población del país. El mismo gobierno actual no puede ignorar que está comprometido a contribuir a este esclarecimiento, pero se maneja con gran timidez. Las fuerzas armadas, por su parte, se atrincheran en todo lo que dejaron, incluido aquello que en la jerga chilena se llamó las “leyes de amarre”, es decir, el conjunto de leyes promulgadas en los últimos días de la permanencia de Pinochet en la Presidencia, con el apoyo del “Poder Legislativo”, que estaba constituido por cuatro comandantes de las cuatro ramas de las fuerzas armadas. Dejaron, en efecto, una cantidad de leyes que preservan no sólo su impunidad sino también los privilegios que se atribuyeron a través de tantos años. Hay una confrontación agudizada además por el descubrimiento de las tumbas de los cementerios clandestinos; aunque ellas no han agregado nada nuevo al conocimiento del pueblo chileno, se han constituido en una manifestación de un dramatismo impresionante.

El otro plano, el otro proceso, quizá menos presente en este momento pero que creo que se irá haciendo cada vez más decisivo en el futuro de la evolución política de Chile, tiene que ver con la confrontación entre las expectativas y las demandas populares de un lado y de otro, no sólo la capacidad sino la voluntad de este gobierno de transición para atender esas demandas populares. Este segundo aspecto es quizá más relevante desde el punto de vista de nuestra discusión, porque se refiere a los términos en que se está visualizando todo el proceso de desarrollo en Chile.

Como ustedes saben, la dictadura logró en los últimos tiempos de su permanencia difundir la imagen de que, cualquiera que sea la apreciación que se tenga sobre otros planos de su acción, por lo menos el régimen logró configurar un esquema económico y una políti-

ca económica exitosa, imagen de éxito de la política económica que se ha difundido ampliamente en América Latina, tratando de presentar los contenidos esenciales de esa política como modelos que merecerían, en opinión de los intereses que propagan tal imagen, ser asimilados también por otras sociedades latinoamericanas.

No necesito decir cuánto hay de falacia en todo esto. La imagen se apoya en unos cuantos índices estadísticos "objetivos", algunos de los cuales efectivamente representan expansiones, pero que no sólo suscitan legítimas reservas respecto de la validez estadística de ellos, sino además dan pie al reclamo de que hay que situar las cosas en una perspectiva que permita realmente valorar lo que esos datos han significado. Es un hecho que los informes de la CEPAL, profusamente difundidos para afirmar esta misma imagen de éxito del modelo chileno, destacan que en los últimos cuatro o cinco años la economía chilena ha tenido tasas de crecimiento relativamente altas, incluso excepcionales en el conjunto latinoamericano; pero lo que no se dice es que ese crecimiento apenas ha hecho poco más que compensar las enormes contracciones de años anteriores.

Un compañero nuestro, que ojalá tengamos algún día en este Seminario,* ha hecho una investigación estadística bastante prolija, y entre sus conclusiones ha propuesto una comparación de los valores reales del producto geográfico desde 1974 hasta 1989, con lo que hubieran sido los valores de ese producto si se hubiera proyectado la tendencia de los años 1960-1973. Observarán ustedes que se trata de un periodo suficientemente largo y que comprende además experiencias muy variadas, porque incluye en todo o en parte el gobierno conservador de Alessandri, todo el periodo demócrata-cristiano de Frei y los años de la Unidad Popular.

Pues bien, si se proyecta la tendencia de ese periodo y se cotejan los valores reales, se constata una pérdida que habría representado, aproximadamente, más de *dos años* del producto nacional. Quiere decir que sólo si la dictadura hubiera mantenido esa tendencia se ha-

* El autor se refiere al ingeniero José Ibarra, a quien el STD invitó a ser ponente en dos sesiones, una en febrero y la otra en junio de 1991, que son la base de otro *Cuaderno* del Seminario, que está en prensa, en coedición del IIEc y la Facultad de Ciencias de la UNAM: *Teoría económica dinámica y planificación*. [N. del coord.]

bría acumulado un producto de un monto superior equivalente a más de dos años del producto efectivamente alcanzado.

Más espectacular todavía es el hecho de que esa pérdida fue absorbida enteramente por los trabajadores. En efecto, lo perdido por deterioro de salarios reales más lo dejado de percibir por los desocupados representa —vean ustedes las dimensiones de esos fenómenos— un equivalente a *casi cuatro veces* toda la deuda externa de Chile, no obstante el enorme incremento de dicha deuda a lo largo de los años de dictadura.

Desafortunadamente, con el gobierno civil de transición hay que registrar a estas alturas una continuidad casi inalterada de esa misma política económica. Los personeros del gobierno de la “concertación” se han encargado de comprometer, principalmente con el gobierno estadounidense y con los acreedores de la deuda externa chilena, que no habría cambios en la política económica, con una sola excepción, que es la de atenuar sus efectos sociales con alguna suerte de “Fondo Nacional de Solidaridad”.

Tengo la impresión de que de alguna manera la experiencia impuesta por la dictadura militar en Chile mostró —y en ese sentido sí es un modelo para los que están interesados en ello— viabilidad para la continuación de un modelo de desarrollo capitalista, pero a unos precios de pérdida de autonomía nacional y de segregación social interna increíbles, impresionantes.

Creo que de alguna manera se puso en práctica en Chile un modelo cuyos contenidos están desafortunadamente más o menos presentes en distintas proporciones, con distintas jerarquías y con distintas ponderaciones, en la política económica que predomina también en la mayor parte de América Latina. Un modelo esencialmente exportador; todo se subordina y se somete a las conveniencias de la exportación, lo cual significa reasignación de recursos, “reconversión” como se llama hoy día; significa que, mientras más disminuyan los salarios reales, “mala suerte”, pero por lo menos la competitividad internacional se defiende y mejora, mientras más se deterioran nuestros salarios. Y en función de lo mismo se quiere justificar un proceso inaudito de extranjerización de la economía nacional.

No me detengo en esto. Habría mucho que hablar acerca de cómo se configuró esa situación de polarización social tan extrema en el

caso de Chile y lo mismo la reasignación de recursos. Son de las cosas que se debían poner en términos muy gráficos para explicar, por ejemplo, cómo una parte de las tierras de cultivo se ha asignado a la exportación frutícola; es decir, se reasigna la tierra para producir el postre para las familias estadounidenses mientras que se deja de producir las papas, las cebollas, los frijoles para un pueblo cuyos niveles de nutrición acusan hoy día disminuciones en términos de consumo de calorías y proteínas por persona de no menos de 20%, comparadas con los niveles que se alcanzaron en los años del gobierno de Allende.

2. DOS PROPUESTAS "ALTERNATIVAS":

LA DE ESTADOS UNIDOS Y LA DE LA CEPAL

Tuve también la oportunidad en los últimos días de participar en reuniones convocadas para discutir y cambiar ideas, de manera muy preliminar, en torno a lo que parecen dos propuestas de actualidad hoy día en América Latina.

Una es la propuesta del presidente Bush. No me refiero a los contenidos de esa propuesta que tienen que ver con la deuda externa o con las inversiones, porque son increíblemente intrascendentes y de ninguna manera justificarían el eco que han encontrado en la prensa internacional (la posibilidad de algún arreglo para 12 000 millones de dólares que es la deuda oficial de los gobiernos latinoamericanos con el gobierno estadounidense, es decir, estamos hablando de alrededor de 3% de toda la deuda latinoamericana). Pero está la otra propuesta, mucho más trascendente hacia el futuro: la de iniciar gestiones para que, involucrados bien sea de manera colectiva o bien a través de acuerdos bilaterales, se vaya conformando una zona hemisférica de "libre comercio".

Simultáneamente, pasó bastante desapercibida, a pesar de que los promotores de ella se empeñaron muchísimo en que se constituyera en un gran éxito, en un gran acontecimiento en toda América Latina, la propuesta que llevó la CEPAL a la reunión que efectuó en el pasado mes de marzo de este 1990 en Caracas. Allí presentó un documento interesante, que merece varias consideraciones. Primero, por el sentido de ambición con que fue presentado este documento, como una

propuesta a los gobiernos latinoamericanos “para los años noventa y en adelante”, con una amplia perspectiva histórica. Da la impresión de que los autores esperaban que dicho documento viniera a representar una suerte de “Segundo Manifiesto Latinoamericano”, como añorando lo que representaron los primeros trabajos de la CEPAL y esperando el eco que éstos encontraron en las políticas económicas de entonces en América Latina. Pasó, en cambio, más bien desapercibido. Presentado bajo el título de *Transformación productiva con equidad*, acaba rehuyendo los factores de fondo que son determinantes de la desigualdad.

Como quiera que sea, todos éstos son antecedentes que nos ayudan a comprender mejor lo que está ocurriendo en América Latina. Fracasadas las políticas de ajuste, los intereses dominantes buscan su preservación a través de un desarrollo capitalista a *cualquier precio*, que en el mejor de los casos pueden conducir a resultados como los que se han exhibido a lo largo de los años de la dictadura en Chile. Es claro que la viabilidad de una estrategia de esta naturaleza, de esta reconversión exportadora a cualquier costo, con toda la disposición que tengan a renunciar a autonomía nacional y con crecientes desigualdades internas, depende, aun así, principalmente de dos cosas. Primero, del horizonte que pueda efectivamente tener el esfuerzo exportador, es decir, una condición, digamos así, de *viabilidad económica*, en circunstancias en que todo parece indicar que el mundo capitalista desarrollado cada vez concentra más en el interior de sí mismo toda la articulación económica.

El mundo subdesarrollado va quedando paulatinamente marginado, va representando cada vez menos en el comercio internacional. En efecto, el desarrollo científico y técnico que ha tenido lugar apunta a un futuro en el que los dos factores que tradicionalmente se han considerado como elementos de *ventaja comparativa* para América Latina serían cada vez menos significativos. Me refiero a la disposición de una mano de obra —como suele decirse— “abundante y barata”, como base de la presencia en la competencia internacional; y en segundo lugar, una dotación relativamente privilegiada de recursos naturales.

Aparentemente el desarrollo científico-tecnológico limita, achica la significación de estos dos factores. Del primero, porque los avan-

ces en microelectrónica y su aplicación en la automatización de los procesos productivos, en la robotización, anula la triste ventaja salarial; y lo segundo, porque los avances en biotecnología e ingeniería genética anuncian que el mundo desarrollado crea condiciones para autoabastecerse en una medida sustancialmente mayor, para no depender de corrientes de importaciones del mundo subdesarrollado, ya sea produciendo por sí mismo muchos productos primarios, o reemplazando a éstos por sucedáneos que también producirán ellos mismos.

Una perspectiva de desarrollo capitalista como la que mostró el régimen de Pinochet tendría que someterse a la prueba de que no basta con la voluntad exportadora, incluso asumiendo todos los precios políticos que involucre el designio de exportar lo máximo. Hay que considerar también qué receptividad puede haber en los mercados externos para acoger esas exportaciones. Es desde este ángulo desde el que uno podría pensar en la propuesta de Bush como bastante más trascendente, porque vendría de algún modo a ofrecer una perspectiva de dilatación de ese horizonte exportador que se cierra.

No sé si en los estrategias del imperialismo estadounidense estuvo ese propósito así de explícito, pero creo que de alguna manera nosotros tendríamos que interpretarlo de este modo. Así como hay estos problemas de viabilidad económica, están también los problemas de *viabilidad política*, porque una estrategia de esa naturaleza conlleva grados crecientes de desigualdad, que terminan por hacerse intolerables, motivando la reacción social que en definitiva busca imponer cambios.

En este contexto me parece que también hay que situar, a su vez, la propuesta de la CEPAL, porque los contenidos técnicos del informe a que hicimos referencia coinciden enteramente con lo esencial de esa estrategia de desarrollo exportadora. Lo que agrega la CEPAL es que dicha estrategia no quiere decir que no se puedan compensar parcialmente los costos sociales que la misma está involucrando, de allí su enorme esfuerzo por proponer una alternativa que concilie las características económicas esenciales de ese modelo con algunas iniciativas en favor de mayor equidad.

En rigor, la CEPAL da un pequeño paso adicional, en el sentido de sostener que los problemas de equidad no se resuelven sólo con un Fondo de Solidaridad que alivie la situación de los pobres, sino que

propone, por lo menos de una manera muy general, atender algunas de las fuentes básicas de las situaciones de pobreza y desigualdad, como son las llamadas “heterogeneidades estructurales”. Por ello condiciona un poco esa modernización exportadora, y además propone que se atienda simultáneamente a los pequeños productores y al área informal de la economía, para tratar de levantar los niveles de productividad de los productores hoy día más atrasados.

En cambio, no toca para nada —podría decirse que sorprendentemente, pero quizá por exceso de autocensura política— los problemas de la llamada “distribución funcional del ingreso”; es decir, el reparto del ingreso entre salarios y ganancias del capital. Esta fuente básica de desigualdad aparece completamente omitida, no obstante la gravedad de los deterioros en los salarios reales que han tenido lugar en los países latinoamericanos y no obstante los increíbles cambios que ha habido en los años de crisis en esas proporciones del reparto funcional del ingreso. Si la participación de los salarios en países como Argentina representaba cerca del 50% hacia fines de los años setenta, ello ha llegado a reducirse puntualmente en algunos meses a 28% del total del ingreso general. Claro, si se toman periodos más largos el deterioro no es tan intenso, pero de todas maneras yo creo que en muchos países latinoamericanos proporciones que excedían del 40 o se aproximaban al 50% se han reducido a alrededor del 30%, lo cual significa una brutalidad en términos de regresividad distributiva.

Respecto a la viabilidad política de esta estrategia “intermedia” la CEPAL convoca sobre la base de una argumentación que va más o menos en este sentido: “estamos en una situación muy difícil, muy dura de superar, de esta crisis no hay salida sino con un gran esfuerzo colectivo; en consecuencia, tenemos que sentarnos todos en la mesa y negociar [...] una gran concertación social para encarar la crisis”.

La convocatoria parece idónea para trabajadores y empresarios, para intereses nacionales e intereses extranjeros. Pero claro, la mesa de concertación tiene límites, porque si tocan algunos temas, algunos de los convocados a la mesa se retirarán de ella. Es exactamente lo que está ocurriendo hoy día en las nuevas “concertaciones”, la experiencia que se está viviendo ahora mismo en Chile. Allí se logró una

gran concertación que en verdad reunió un respaldo electoral muy grande, que incluía la representación de las fuerzas populares chilenas, interesadas fundamentalmente en acabar con la dictadura. Pero las otras fuerzas impusieron la condición de que se diera por intocado todo lo ocurrido a lo largo de los 16 años de dictadura: los problemas de propiedad no se pueden tocar, porque si se tocan se separan los empresarios y se van; no se pueden tocar los problemas de la participación salarial, porque entonces los equilibrios macroeconómicos se ponen en cuestionamiento.

3. ¿HACIA DÓNDE CAMINAR?

Como quiera que sea, es preciso reconocer que actualmente hay fuerzas muy poderosas que están empujando en la dirección de ese modelo exportador a cualquier precio, y esa realidad abre interrogantes en muchísimos planos, incluso el de qué coherencia, qué compatibilidad duradera puede haber entre una estrategia económica de esa naturaleza y la aspiración democrática que se extiende y profundiza hoy día en América Latina. Es claro que no se puede construir, afirmar y desarrollar la democracia con políticas económicas que en su esencia son profundamente antidemocráticas, con la amenaza latente, por lo tanto, de regresiones políticas, un elemento que no se podría dejar de considerar en la perspectiva del futuro próximo en América Latina.

Creo que de lo dicho surgen nuestros grandes desafíos, que se resumen en cómo visualizar una estrategia distinta de desarrollo hacia el futuro. Con una dificultad adicional: cuando planteamos ese problema se nos emplaza a que nos hagamos cargo también no sólo de experiencias latinoamericanas anteriores, sino de experiencias de otras áreas; es decir, qué significa en cualquier propuesta transformadora de futuro lo que ha ocurrido en los países que en su momento constituyeron el campo del llamado “socialismo real”.

Ante el argumento, creo que no debemos confundir los términos del debate. Porque uno puede comprender que esas sociedades, que sufrieron las consecuencias de aparatos burocráticos muy pesados en los marcos de un sistema totalizador de planificación, reclamen en

cierto momento alguna expresión de preferencias sociales o individuales, a las que en definitiva se les identifica con el “mercado”, como uno puede comprender que esas sociedades reclamen una vinculación mayor con un mundo capitalista desarrollado donde hay grandes avances tecnológicos, y del que han estado distantes.

Pero las circunstancias de América Latina son exactamente las inversas: aquí, nuestros problemas no vienen de aparatos planificadores totalizadores que reclamen más expresiones de mercado; nuestros problemas vienen precisamente del funcionamiento del mercado, tal y como opera entre nosotros. De igual modo, nuestros problemas no vienen de la excesiva distancia y bloqueo a la comunicación con el capitalismo desarrollado; nuestros problemas vienen precisamente del exceso de comunicación con el capitalismo desarrollado en relación subordinada. Como quiera que sea, queda abierta ante nosotros una interrogante hacia el futuro: ¿por dónde caminar?

En lo personal creo que aquí es donde tenemos que centrar mucho de nuestro empeño, tomar estos elementos de diagnóstico, de comprensión sobre lo que ha ido ocurriendo, y ver cómo podemos llevar estas enseñanzas a nuevas propuestas de futuro. Tal vez con ello no hagamos más que retomar las interrogantes más elementales, aquellas de los primeros cursos introductorios a la economía, cuando resumimos la naturaleza de los problemas económicos en términos de *para quién producir, qué producir, cómo producir*. Es exactamente lo que hay que replantearse hoy día: para quién producir, para las capas privilegiadas de cada una de nuestras sociedades y para el exterior o, por el contrario, planteando una reconversión muy fundamental hacia las necesidades y las demandas del conjunto de la población nacional. Una decisión tan elemental como ésta nos abre sin embargo todo un camino de elaboración.

Lo cierto es que América Latina históricamente ha construido, ha desarrollado una sociedad con el signo *singular* de los grados máximos de desigualdad, superiores a los que se conocen hoy día en cualquier otra parte del mundo contemporáneo, o que se conocieron en fases históricas anteriores del desarrollo capitalista. En América Latina esto ha sido una singularidad. En algunos de los trabajos míos, pequeñas notas, me he atrevido a hablar de la crisis actual para calificarla no tanto como crisis de la deuda sino más bien como *una cri-*

sis de desigualdad.* Esa imposibilidad de seguir avanzando al futuro, en términos de una desigualdad tan profunda como la que tenemos hoy día, nos plantea la necesidad insoslayable de proponer una efectiva reconversión productiva, de transformación social, que responda consecuentemente a todos los componentes del problema. Hay que responder a cómo asegurar que la gente tenga acceso al conjunto de bienes y servicios fundamentales.

Han proliferado los estudios estadísticos sobre la extrema pobreza en América Latina; y ellos muestran que la primera razón por la que hay necesidades básicas insatisfechas es porque la distribución del ingreso determina que haya un porcentaje muy grande de familias que no tienen el ingreso suficiente para acceder a esos bienes. Y por lo tanto, hay que considerar todas las fuentes de desigualdad: los problemas de propiedad, los problemas de heterogeneidad como lo plantea la CEPAL, los problemas de distribución funcional del ingreso, los problemas de empleo, pues buena parte de la gente no tiene ingresos porque no tiene una ocupación productiva. Y de otro lado, hay que ver cómo se hace para que, teniendo la gente la capacidad para acceder a los consumos esenciales, haya la producción de los bienes y servicios correspondientes; es decir, cómo se reconvierte el sistema productivo con esa finalidad.

Con frecuencia cito, a propósito de México, la investigación de la Coplamar, impresionantemente elocuente en ese sentido, al mostrar cómo buena parte de todo el sistema productivo mexicano funciona para la proporción relativamente menor de la población del país. Esto se repite en las estructuras económicas de todos los demás países de América Latina. De manera que se justifica partir de esta prioridad: ¿para quién producir? Y si decimos para quién producir, de alguna manera estamos también definiendo el qué producir. Porque, en efecto, no podemos producir o consumir el mismo “surtido” de bienes y servicios de una sociedad desarrollada, por muy fuertes que sean las tendencias a reproducir el mismo patrón de consumo.

* Véase P. Vusković, “América Latina: la crisis de desigualdad”, en *Problemas del Desarrollo. Revista Latinoamericana de Economía*, IIEC-UNAM, México, vol. xx, núm. 80, enero-marzo de 1990, pp. 125-166. [N. del coord.]

Hay de por medio incluso una razón "aritmética": aquéllos son patrones de consumo que suponen un ingreso medio anual de 20 000 o más dólares por persona, mientras nuestras economías, las que están relativamente mejor, alcanzan un nivel de 2 000 dólares anuales; de manera que la única forma de reproducción en nuestras sociedades de esos patrones de consumo es que una parte de la población reúna los 20 000 dólares y financie ese patrón de consumo, pero ello quiere decir que otra parte de la población se quedó con 400 dólares.

Existen experiencias muy elocuentes en los últimos tiempos que tienen que ver con este tipo de problemas. Uno no deja de pensar, por ejemplo, en la experiencia que han vivido en unos cuantos meses los trabajadores polacos, que de alguna manera pasaron de una situación en que tenían necesidades básicas relativamente garantizadas: alimentación, educación, salud y trabajo, parte de las cuales las financiaban con una proporción relativamente menor del salario, les quedaba dinero en el bolsillo y frente a unas vitrinas vacías, no sabían qué comprar con el salario sobrante, y de ahí pasaron, digo, a una situación como la de ahora, en la que tienden a llenarse las vitrinas, pero no tienen dinero para acercarse a ellas porque bajaron sus salarios reales y comenzó el desempleo que no conocían.

¿Por dónde buscar? Creo que es el tipo de interrogantes que nosotros de alguna manera tenemos que encarar y, para lograrlo, tal vez tengamos que valorar más las experiencias que hemos tenido en la propia América Latina; debemos tal vez revisar más minuciosamente la experiencia peruana del gobierno de Velasco Alvarado, revisar la propia experiencia chilena de los años de Allende, y hacer una revisión de la experiencia de Cuba, porque creo que allí hay también muchísimo que aprender como lección.

4. UN CASO ESPECIAL: EL CUBANO

Al mencionar a Cuba el día de hoy, un 26 de julio, es casi inevitable hacer alguna reflexión también un poquito más general; porque ésta solía ser una fecha en que a lo largo y ancho de América Latina se celebraba con toda suerte de iniciativas. Temo que este año van a ser pocos los que quieran recordar el 26 de julio, porque se están presen-

tando hoy día dos grandes paradojas. Por un lado, la paradoja de que en el momento en que las tensiones internacionales parecieran debilitarse, cuando ya todo el mundo proclama extinta la “guerra fría”, cuando por lo tanto no se puede decir que Cuba sea una amenaza para la seguridad nacional de Estados Unidos, en ese mismo momento es cuando los ánimos agresivos contra Cuba en lugar de disminuir están más fuertes que nunca; una contradicción muy flagrante entre ese marco internacional que proclaman los mismos dirigentes del imperialismo estadounidense y esta agresividad contra Cuba.

La otra gran paradoja es que en los momentos en que Cuba necesita más de la solidaridad de los demás pueblos de América Latina, es cuando esta solidaridad es la menor; un espectáculo casi vergonzoso en algunos casos. Deploro, en mi caso personal, como chileno, que el primer gobierno civil después de 16 años de dictadura, se niegue todavía a reabrir relaciones con Cuba. Afortunadamente he tenido la ocasión de decirlo públicamente y escribirlo así dentro del mismo Chile, un reclamo que hay que hacer en todas partes donde podamos.

Pero uno se pregunta: ¿por qué esta agresividad tan grande? Yo creo que tiene mucho que ver con lo que estamos planteando, porque de alguna manera es en Cuba donde se ha ido *más lejos* en la realización de un proyecto social *alternativo*. Allí ha estado presente la idea de revertir lo esencial hacia dentro, hacia las necesidades de la gente. Es lo que está en el centro de la estrategia cubana, independientemente del juicio que hagamos sobre los problemas que existen hoy día. Quienes seguimos creyendo en el socialismo, tenemos que admitir que tal vez sea la sociedad que por lo menos está más próxima a la posibilidad de dar respuestas idóneas frente a los problemas que están planteados por los extremos del mercado y la planificación.

Al mirar la experiencia de los países de Europa del Este, la primera tentación ha sido atribuir sus problemas a unos aparatos burocráticos que gravitaron tanto no sólo sobre el conjunto de la economía como sobre el conjunto de vida social. Cabría pensar entonces que tal vez habría la opción de la autogestión; pero desplaza uno la mirada a Yugoslavia y, la verdad, tampoco puede hacerse un balance optimista de lo que fue la experiencia autogestionaria en ese país. En el caso de Cuba hay como la búsqueda de una fórmula en la que la participación del conjunto de la población aparece como la clave; una

participación social que sea capaz de impedir que la maquinaria burocrática gravite sobre los hombros de la sociedad, y que represente una alternativa real frente al mercado y a las frustraciones del desarrollo capitalista.

En todo caso, el desafío ha quedado planteado ante nosotros. Ojalá recuperemos, ante ese desafío, mucho de lo que se ha escrito y reflexionado en la propia América Latina; por parte de algunos con quienes nos sentimos muy identificados, pero también de otros con los que tenemos reservas críticas. Pienso en alguien como el *Che*, que habló tanto sobre el problema de la burocratización y de la participación. O en Prebisch y la propuesta de sus últimos escritos, esa suerte de síntesis, como la llamé, entre liberalismo y socialismo; esa utopía de una sociedad con propiedad privada de los medios de producción y a la vez disposición social del excedente económico. Creo que convendría que se relejera a Prebisch, que lo discutiéramos con más profundidad, reactualizando nuestras discusiones críticas de su pensamiento y recogiendo de él algunos elementos y sugerencias.

Espero que estos comentarios, algo deshilvanados, contribuyan por lo menos al intercambio de ideas entre nosotros.

RÉPLICA DE PEDRO VUSKOVIĆ

Al concluir la intervención anterior, los comentaristas Juan Arancibia y Fernando Carmona abundaron sobre distintos puntos de lo expuesto. El primero, principalmente sobre el hecho de que los cambios mundiales, la llamada globalización y la crisis del capitalismo latinoamericano nos obligan a ser más concretos y profundos sobre el funcionamiento del sistema del imperialismo —“del que ya casi nadie habla”— y en particular sobre el papel del Estado, la planificación, el mercado, los precios, la productividad, la competitividad y el sistema financiero.

El segundo también insistió en la necesidad de ser consecuentes con la cambiada y cambiante realidad internacional y nacional, sobre el carácter político e ideológico de la dominación sobre la cual descansa el impulso al neoliberalismo en el mundo y en nuestros países, y sobre la urgencia de asimilar teóricamente no sólo las experiencias de Chile y Cuba abordadas por el ponente, o la del Perú del general Velasco Alvarado mencionado por el mismo, sino también algunas más cercanas o distantes en el tiempo como la del Panamá del general Torrijos, la de Bolivia y aun la Revolución mexicana, en especial la del gobierno cardenista.

Una vez que intervinieron otros participantes en la sesión del Seminario, entre ellos la propia moderadora Ana I. Mariño, Fernando Rosa N. y Arturo Bonilla Sánchez, y respondidas al final algunas cuestiones por los propios comentaristas designados por el STD, el ponente hizo las siguientes reflexiones:

Quiero agradecer desde luego los comentarios de los amigos Arancibia y Carmona, así como las intervenciones de los distintos compañeros. Creo que nunca ha estado en el espíritu de este Seminario dar una respuesta puntual a cada uno de los comentarios, sino tratar de tomarlos en un sentido más general. Quisiera hacerlo de esa manera con una excepción, pues se ha planteado muy directamente un tema que sí me gustaría comentar un poquito más.

5. ENSEÑANZAS DE CHILE Y DE CUBA

Chile, como cada uno de nuestros países, comparte rasgos generales e inscribe también singularidades. Así, la extensión de la conciencia política en el pueblo chileno reconoce el antecedente histórico de lo que fueron las concentraciones proletarias de fines del siglo pasado en el salitre, y las condiciones de trabajo que allí imperaban. Más tarde, cuando se derrumbó la industria salitrera, hubo el peregrinaje de los proletarios a lo largo de todo Chile, portando la conciencia política que allí se había forjado. Chile ha tenido de esta manera una característica muy singular, y es que hay un grado de conciencia, de formación política muy extendida en el conjunto de todos los chilenos. Yo creo que los 16 años de dictadura no lograron de ninguna manera borrar esa conciencia.

Tal vez por lo mismo, Chile ha sido escenario de experiencias políticas muy variadas, es casi un laboratorio político en la escena latinoamericana. Uno las siente reflejadas ahí, expuestas ahí a veces con una nitidez extrema. El mismo triunfo de la Unidad Popular el año 1970 fue precedido de una variedad de experiencias, que comprendieron el reformismo ibañista, el conservadurismo de Alessandri, el sexenio de Frei y la Democracia Cristiana. Este último representó tal vez el proyecto reformista más completo, más cabal en América Latina, aplicado en las mejores condiciones políticas, con amplísimo respaldo interno y, además, constituido en el exponente en ese momento de la Alianza para el Progreso, de modo que contó también con todo el beneplácito del imperialismo estadounidense.

El pueblo chileno capitalizó las experiencias de ese proyecto, superándolas en lo que fue el programa de la Unidad Popular en los años de Allende, la fase más rica en su larga historia de lucha. Creo que no hemos hecho todo lo que debíamos hacer para rescatar auto-críticamente lo que representaron los años de Allende; hemos permitido que circulen imágenes muy distorsionadas, hay ocultamiento de la historia por parte de unos y su falseamiento por parte de otros. De manera que yo creo que hay, en la reproducción fiel de esa historia chilena, enseñanzas muy valiosas como aporte al conjunto de nuestra sociedad latinoamericana.

Creo que Cuba ofrece otra vertiente extraordinariamente rica de enseñanzas; y depende de nosotros asimilar todas esas ricas expe-

riencias. Al hacerlo, tal vez destapen el hecho de que el proceso cubano nunca fue dogmático, de que todo el proceso de la Revolución cubana siempre ha sido una búsqueda constante. En el plano de la estrategia económica se inspiró, en una primera fase, en la propuesta cepalina de la “diversificación”, para reconocer a poco andar que se necesitaba recuperar el azúcar, la exportación y la capacidad para importar. De allí para adelante fueron ajustes constantes. En otros momentos vivieron la experiencia de abrir más expresiones de mercado; se impuso la idea del cálculo económico como principio rector de la conducción de la economía y se abrió un mercado libre campesino. Más tarde, denunciaron la fuente de corrupción que aquello representaba, y no vacilaron en iniciar una política de rectificación casi coincidiendo con el comienzo de la perestroika. Creo que es un pueblo que ha buscado de una manera muy viva y muy poco dogmática las respuestas más idóneas y consecuentes con su propio proyecto político; y, por lo mismo, pienso que hay muchísimo que aprender en lo que ha sido su historia y mucho que esperar en lo que sean sus respuestas del futuro.

Esto no significa adscribirse acríticamente a todas las manifestaciones de la vida social y política cubana; hay cosas respecto a las cuales se puede tener reservas de distinta naturaleza, pero sin perder de vista lo esencial. También creo que nosotros tenemos que contribuir a que se respeten en definitiva las formas de ejercicio y las concepciones de democracia que cada pueblo latinoamericano vaya definiendo. Hasta donde yo creo entender, los cubanos han venido construyendo su institucionalidad: poder popular, participación, elecciones de distinta naturaleza en distintos niveles, etc. Tal vez un error por parte de ellos ha sido el no dar suficientemente a conocer en el conjunto de América Latina y hacia fuera toda la riqueza de la construcción institucional cubana. No podemos aceptar el criterio de que sólo son democráticos los procesos electorales que son avalados por Jimmy Carter. Nos han querido llevar a un punto en que cada proceso electoral tiene que admitir “observadores” que les dé su visto bueno, en actitud casi de indignidad.

Defender hoy día a Cuba es defendernos a nosotros mismos, el derecho a nuestra esperanza de futuro. No podemos dejar de advertir que es precisamente ahora, en una situación internacional en la que

—insisto— cabría esperar que se aflojaran las presiones contra Cuba, cuando más se acentúan la hostilidad y la amenaza, cuando ya no hay el pretexto de la “seguridad nacional” estadounidense ni la guerra fría. Lo que hay es un pueblo que no renuncia al socialismo, y que sigue siendo ejemplo de cómo se puede aspirar a una sociedad mejor. Ojalá se abran otras experiencias similares en América Latina; ojalá Chile sea escenario de otras experiencias comparables, con sus propios rasgos.

6. IMPORTANCIA DE LA PARTICIPACIÓN POPULAR

Habrá que vencer muchos obstáculos. Fernando Carmona hacía referencia a la dificultad que representan las herencias de 16 años de dictadura, no sólo por la acción de las fuerzas armadas y el poder dictatorial, sino por la aplastante intervención externa. En Chile se da, tal vez más ampliamente que en ningún otro país latinoamericano, esa perversión ideológica a que hacía referencia James Petras en un artículo sobre los intelectuales latinoamericanos. Arturo Bonilla nos ha recordado aquí esa singularidad chilena que marcó una experiencia tan interesante, tan enriquecedora, la alianza fructífera de un Partido Comunista y de un Partido Socialista arraigando en la base social y con disposición revolucionaria. Pues bien, en los últimos tiempos han sido los canales de la social-democracia, más que los canales directos del imperialismo estadounidense, los que han procurado borrar esa historia, desdibujar el significado histórico que tuvo el Partido Socialista Chileno. Resultado de esa influencia deformadora es que se proclama al “Partido Socialista Unificado”, en el cual se reúnen varias vertientes que venían del viejo “tronco socialista”, pero sin que la mayor parte de la base militante se reconozca en estas nuevas estructuras “renovadas” del partido.

Este presente, transitorio, no niega sin embargo el valor histórico de lo que se alcanzó en otro momento. No es sólo reconstrucción del pasado, es asimilación de experiencias por lo que nos preocupa hoy día. Porque aquella misma experiencia de la Unidad Popular inscribió enseñanzas muy útiles para una consideración actual de los problemas de mercado, de planificación, de autogestión, de participación.

ces en microelectrónica y su aplicación en la automatización de los procesos productivos, en la robotización, anula la triste ventaja salarial; y lo segundo, porque los avances en biotecnología e ingeniería genética anuncian que el mundo desarrollado crea condiciones para autoabastecerse en una medida sustancialmente mayor, para no depender de corrientes de importaciones del mundo subdesarrollado, ya sea produciendo por sí mismo muchos productos primarios, o reemplazando a éstos por sucedáneos que también producirán ellos mismos.

Una perspectiva de desarrollo capitalista como la que mostró el régimen de Pinochet tendría que someterse a la prueba de que no basta con la voluntad exportadora, incluso asumiendo todos los precios políticos que involucre el designio de exportar lo máximo. Hay que considerar también qué receptividad puede haber en los mercados externos para acoger esas exportaciones. Es desde este ángulo desde el que uno podría pensar en la propuesta de Bush como bastante más trascendente, porque vendría de algún modo a ofrecer una perspectiva de dilatación de ese horizonte exportador que se cierra.

No sé si en los estrategias del imperialismo estadounidense estuvo ese propósito así de explícito, pero creo que de alguna manera nosotros tendríamos que interpretarlo de este modo. Así como hay estos problemas de viabilidad económica, están también los problemas de *viabilidad política*, porque una estrategia de esa naturaleza conlleva grados crecientes de desigualdad, que terminan por hacerse intolerables, motivando la reacción social que en definitiva busca imponer cambios.

En este contexto me parece que también hay que situar, a su vez, la propuesta de la CEPAL, porque los contenidos técnicos del informe a que hicimos referencia coinciden enteramente con lo esencial de esa estrategia de desarrollo exportadora. Lo que agrega la CEPAL es que dicha estrategia no quiere decir que no se puedan compensar parcialmente los costos sociales que la misma está involucrando, de allí su enorme esfuerzo por proponer una alternativa que concilie las características económicas esenciales de ese modelo con algunas iniciativas en favor de mayor equidad.

En rigor, la CEPAL da un pequeño paso adicional, en el sentido de sostener que los problemas de equidad no se resuelven sólo con un Fondo de Solidaridad que alivie la situación de los pobres, sino que

propone, por lo menos de una manera muy general, atender algunas de las fuentes básicas de las situaciones de pobreza y desigualdad, como son las llamadas “heterogeneidades estructurales”. Por ello condiciona un poco esa modernización exportadora, y además propone que se atienda simultáneamente a los pequeños productores y al área informal de la economía, para tratar de levantar los niveles de productividad de los productores hoy día más atrasados.

En cambio, no toca para nada —podría decirse que sorprendentemente, pero quizá por exceso de autocensura política— los problemas de la llamada “distribución funcional del ingreso”; es decir, el reparto del ingreso entre salarios y ganancias del capital. Esta fuente básica de desigualdad aparece completamente omitida, no obstante la gravedad de los deterioros en los salarios reales que han tenido lugar en los países latinoamericanos y no obstante los increíbles cambios que ha habido en los años de crisis en esas proporciones del reparto funcional del ingreso. Si la participación de los salarios en países como Argentina representaba cerca del 50% hacia fines de los años setenta, ello ha llegado a reducirse puntualmente en algunos meses a 28% del total del ingreso general. Claro, si se toman periodos más largos el deterioro no es tan intenso, pero de todas maneras yo creo que en muchos países latinoamericanos proporciones que excedían del 40 o se aproximaban al 50% se han reducido a alrededor del 30%, lo cual significa una brutalidad en términos de regresividad distributiva.

Respecto a la viabilidad política de esta estrategia “intermedia” la CEPAL convoca sobre la base de una argumentación que va más o menos en este sentido: “estamos en una situación muy difícil, muy dura de superar, de esta crisis no hay salida sino con un gran esfuerzo colectivo; en consecuencia, tenemos que sentarnos todos en la mesa y negociar [...] una gran concertación social para encarar la crisis”.

La convocatoria parece idónea para trabajadores y empresarios, para intereses nacionales e intereses extranjeros. Pero claro, la mesa de concertación tiene límites, porque si tocan algunos temas, algunos de los convocados a la mesa se retirarán de ella. Es exactamente lo que está ocurriendo hoy día en las nuevas “concertaciones”, la experiencia que se está viviendo ahora mismo en Chile. Allí se logró una

gran concertación que en verdad reunió un respaldo electoral muy grande, que incluía la representación de las fuerzas populares chilenas, interesadas fundamentalmente en acabar con la dictadura. Pero las otras fuerzas impusieron la condición de que se diera por intocado todo lo ocurrido a lo largo de los 16 años de dictadura: los problemas de propiedad no se pueden tocar, porque si se tocan se separan los empresarios y se van; no se pueden tocar los problemas de la participación salarial, porque entonces los equilibrios macroeconómicos se ponen en cuestionamiento.

3. ¿HACIA DÓNDE CAMINAR?

Como quiera que sea, es preciso reconocer que actualmente hay fuerzas muy poderosas que están empujando en la dirección de ese modelo exportador a cualquier precio, y esa realidad abre interrogantes en muchísimos planos, incluso el de qué coherencia, qué compatibilidad duradera puede haber entre una estrategia económica de esa naturaleza y la aspiración democrática que se extiende y profundiza hoy día en América Latina. Es claro que no se puede construir, afirmar y desarrollar la democracia con políticas económicas que en su esencia son profundamente antidemocráticas, con la amenaza latente, por lo tanto, de regresiones políticas, un elemento que no se podría dejar de considerar en la perspectiva del futuro próximo en América Latina.

Creo que de lo dicho surgen nuestros grandes desafíos, que se resumen en cómo visualizar una estrategia distinta de desarrollo hacia el futuro. Con una dificultad adicional: cuando planteamos ese problema se nos emplaza a que nos hagamos cargo también no sólo de experiencias latinoamericanas anteriores, sino de experiencias de otras áreas; es decir, qué significa en cualquier propuesta transformadora de futuro lo que ha ocurrido en los países que en su momento constituyeron el campo del llamado "socialismo real".

Ante el argumento, creo que no debemos confundir los términos del debate. Porque uno puede comprender que esas sociedades, que sufrieron las consecuencias de aparatos burocráticos muy pesados en los marcos de un sistema totalizador de planificación, reclamen en

cierto momento alguna expresión de preferencias sociales o individuales, a las que en definitiva se les identifica con el “mercado”, como uno puede comprender que esas sociedades reclamen una vinculación mayor con un mundo capitalista desarrollado donde hay grandes avances tecnológicos, y del que han estado distantes.

Pero las circunstancias de América Latina son exactamente las inversas: aquí, nuestros problemas no vienen de aparatos planificadores totalizadores que reclamen más expresiones de mercado; nuestros problemas vienen precisamente del funcionamiento del mercado, tal y como opera entre nosotros. De igual modo, nuestros problemas no vienen de la excesiva distancia y bloqueo a la comunicación con el capitalismo desarrollado; nuestros problemas vienen precisamente del exceso de comunicación con el capitalismo desarrollado en relación subordinada. Como quiera que sea, queda abierta ante nosotros una interrogante hacia el futuro: ¿por dónde caminar?

En lo personal creo que aquí es donde tenemos que centrar mucho de nuestro empeño, tomar estos elementos de diagnóstico, de comprensión sobre lo que ha ido ocurriendo, y ver cómo podemos llevar estas enseñanzas a nuevas propuestas de futuro. Tal vez con ello no hagamos más que retomar las interrogantes más elementales, aquellas de los primeros cursos introductorios a la economía, cuando resumimos la naturaleza de los problemas económicos en términos de *para quién producir, qué producir, cómo producir*. Es exactamente lo que hay que replantearse hoy día: para quién producir, para las capas privilegiadas de cada una de nuestras sociedades y para el exterior o, por el contrario, planteando una reconversión muy fundamental hacia las necesidades y las demandas del conjunto de la población nacional. Una decisión tan elemental como ésta nos abre sin embargo todo un camino de elaboración.

Lo cierto es que América Latina históricamente ha construido, ha desarrollado una sociedad con el signo *singular* de los grados máximos de desigualdad, superiores a los que se conocen hoy día en cualquier otra parte del mundo contemporáneo, o que se conocieron en fases históricas anteriores del desarrollo capitalista. En América Latina esto ha sido una singularidad. En algunos de los trabajos míos, pequeñas notas, me he atrevido a hablar de la crisis actual para calificarla no tanto como crisis de la deuda sino más bien como *una cri-*

sis de desigualdad.* Esa imposibilidad de seguir avanzando al futuro, en términos de una desigualdad tan profunda como la que tenemos hoy día, nos plantea la necesidad insoslayable de proponer una efectiva reconversión productiva, de transformación social, que responda consecuentemente a todos los componentes del problema. Hay que responder a cómo asegurar que la gente tenga acceso al conjunto de bienes y servicios fundamentales.

Han proliferado los estudios estadísticos sobre la extrema pobreza en América Latina; y ellos muestran que la primera razón por la que hay necesidades básicas insatisfechas es porque la distribución del ingreso determina que haya un porcentaje muy grande de familias que no tienen el ingreso suficiente para acceder a esos bienes. Y por lo tanto, hay que considerar todas las fuentes de desigualdad: los problemas de propiedad, los problemas de heterogeneidad como lo plantea la CEPAL, los problemas de distribución funcional del ingreso, los problemas de empleo, pues buena parte de la gente no tiene ingresos porque no tiene una ocupación productiva. Y de otro lado, hay que ver cómo se hace para que, teniendo la gente la capacidad para acceder a los consumos esenciales, haya la producción de los bienes y servicios correspondientes; es decir, cómo se reconvierte el sistema productivo con esa finalidad.

Con frecuencia cito, a propósito de México, la investigación de la Coplamar, impresionantemente elocuente en ese sentido, al mostrar cómo buena parte de todo el sistema productivo mexicano funciona para la proporción relativamente menor de la población del país. Esto se repite en las estructuras económicas de todos los demás países de América Latina. De manera que se justifica partir de esta prioridad: ¿para quién producir? Y si decimos para quién producir, de alguna manera estamos también definiendo el qué producir. Porque, en efecto, no podemos producir o consumir el mismo “surtido” de bienes y servicios de una sociedad desarrollada, por muy fuertes que sean las tendencias a reproducir el mismo patrón de consumo.

* Véase P. Vusković, “América Latina: la crisis de desigualdad”, en *Problemas del Desarrollo. Revista Latinoamericana de Economía*, IIEc-UNAM, México, vol. XX, núm. 80, enero-marzo de 1990, pp. 125-166. [N. del coord.]

Hay de por medio incluso una razón “aritmética”: aquéllos son patrones de consumo que suponen un ingreso medio anual de 20 000 o más dólares por persona, mientras nuestras economías, las que están relativamente mejor, alcanzan un nivel de 2 000 dólares anuales; de manera que la única forma de reproducción en nuestras sociedades de esos patrones de consumo es que una parte de la población reúna los 20 000 dólares y financie ese patrón de consumo, pero ello quiere decir que otra parte de la población se quedó con 400 dólares.

Existen experiencias muy elocuentes en los últimos tiempos que tienen que ver con este tipo de problemas. Uno no deja de pensar, por ejemplo, en la experiencia que han vivido en unos cuantos meses los trabajadores polacos, que de alguna manera pasaron de una situación en que tenían necesidades básicas relativamente garantizadas: alimentación, educación, salud y trabajo, parte de las cuales las financiaban con una proporción relativamente menor del salario, les quedaba dinero en el bolsillo y frente a unas vitrinas vacías, no sabían qué comprar con el salario sobrante, y de ahí pasaron, digo, a una situación como la de ahora, en la que tienden a llenarse las vitrinas, pero no tienen dinero para acercarse a ellas porque bajaron sus salarios reales y comenzó el desempleo que no conocían.

¿Por dónde buscar? Creo que es el tipo de interrogantes que nosotros de alguna manera tenemos que encarar y, para lograrlo, tal vez tengamos que valorar más las experiencias que hemos tenido en la propia América Latina; debemos tal vez revisar más minuciosamente la experiencia peruana del gobierno de Velasco Alvarado, revisar la propia experiencia chilena de los años de Allende, y hacer una revisión de la experiencia de Cuba, porque creo que allí hay también muchísimo que aprender como lección.

4. UN CASO ESPECIAL: EL CUBANO

Al mencionar a Cuba el día de hoy, un 26 de julio, es casi inevitable hacer alguna reflexión también un poquito más general; porque ésta solía ser una fecha en que a lo largo y ancho de América Latina se celebraba con toda suerte de iniciativas. Temo que este año van a ser pocos los que quieran recordar el 26 de julio, porque se están presen-

tando hoy día dos grandes paradojas. Por un lado, la paradoja de que en el momento en que las tensiones internacionales parecieran debilitarse, cuando ya todo el mundo proclama extinta la "guerra fría", cuando por lo tanto no se puede decir que Cuba sea una amenaza para la seguridad nacional de Estados Unidos, en ese mismo momento es cuando los ánimos agresivos contra Cuba en lugar de disminuir están más fuertes que nunca; una contradicción muy flagrante entre ese marco internacional que proclaman los mismos dirigentes del imperialismo estadounidense y esta agresividad contra Cuba.

La otra gran paradoja es que en los momentos en que Cuba necesita más de la solidaridad de los demás pueblos de América Latina, es cuando esta solidaridad es la menor; un espectáculo casi vergonzoso en algunos casos. Deploro, en mi caso personal, como chileno, que el primer gobierno civil después de 16 años de dictadura, se niegue todavía a reabrir relaciones con Cuba. Afortunadamente he tenido la ocasión de decirlo públicamente y escribirlo así dentro del mismo Chile, un reclamo que hay que hacer en todas partes donde podamos.

Pero uno se pregunta: ¿por qué esta agresividad tan grande? Yo creo que tiene mucho que ver con lo que estamos planteando, porque de alguna manera es en Cuba donde se ha ido *más lejos* en la realización de un proyecto social *alternativo*. Allí ha estado presente la idea de revertir lo esencial hacia dentro, hacia las necesidades de la gente. Es lo que está en el centro de la estrategia cubana, independientemente del juicio que hagamos sobre los problemas que existen hoy día. Quienes seguimos creyendo en el socialismo, tenemos que admitir que tal vez sea la sociedad que por lo menos está más próxima a la posibilidad de dar respuestas idóneas frente a los problemas que están planteados por los extremos del mercado y la planificación.

Al mirar la experiencia de los países de Europa del Este, la primera tentación ha sido atribuir sus problemas a unos aparatos burocráticos que gravitaron tanto no sólo sobre el conjunto de la economía como sobre el conjunto de vida social. Cabría pensar entonces que tal vez habría la opción de la autogestión; pero desplaza uno la mirada a Yugoslavia y, la verdad, tampoco puede hacerse un balance optimista de lo que fue la experiencia autogestionaria en ese país. En el caso de Cuba hay como la búsqueda de una fórmula en la que la participación del conjunto de la población aparece como la clave; una

participación social que sea capaz de impedir que la maquinaria burocrática gravite sobre los hombros de la sociedad, y que represente una alternativa real frente al mercado y a las frustraciones del desarrollo capitalista.

En todo caso, el desafío ha quedado planteado ante nosotros. Ojalá recuperemos, ante ese desafío, mucho de lo que se ha escrito y reflexionado en la propia América Latina; por parte de algunos con quienes nos sentimos muy identificados, pero también de otros con los que tenemos reservas críticas. Pienso en alguien como el *Che*, que habló tanto sobre el problema de la burocratización y de la participación. O en Prebisch y la propuesta de sus últimos escritos, esa suerte de síntesis, como la llamó, entre liberalismo y socialismo; esa utopía de una sociedad con propiedad privada de los medios de producción y a la vez disposición social del excedente económico. Creo que convendría que se relejera a Prebisch, que lo discutiéramos con más profundidad, reactualizando nuestras discusiones críticas de su pensamiento y recogiendo de él algunos elementos y sugerencias.

Espero que estos comentarios, algo deshilvanados, contribuyan por lo menos al intercambio de ideas entre nosotros.

RÉPLICA DE PEDRO VUSKOVIĆ

Al concluir la intervención anterior, los comentaristas Juan Arancibia y Fernando Carmona abundaron sobre distintos puntos de lo expuesto. El primero, principalmente sobre el hecho de que los cambios mundiales, la llamada globalización y la crisis del capitalismo latinoamericano nos obligan a ser más concretos y profundos sobre el funcionamiento del sistema del imperialismo —“del que ya casi nadie habla”— y en particular sobre el papel del Estado, la planificación, el mercado, los precios, la productividad, la competitividad y el sistema financiero.

El segundo también insistió en la necesidad de ser consecuentes con la cambiada y cambiante realidad internacional y nacional, sobre el carácter político e ideológico de la dominación sobre la cual descansa el impulso al neoliberalismo en el mundo y en nuestros países, y sobre la urgencia de asimilar teóricamente no sólo las experiencias de Chile y Cuba abordadas por el ponente, o la del Perú del general Velasco Alvarado mencionado por el mismo, sino también algunas más cercanas o distantes en el tiempo como la del Panamá del general Torrijos, la de Bolivia y aun la Revolución mexicana, en especial la del gobierno cardenista.

Una vez que intervinieron otros participantes en la sesión del Seminario, entre ellos la propia moderadora Ana I. Mariño, Fernando Rosa N. y Arturo Bonilla Sánchez, y respondidas al final algunas cuestiones por los propios comentaristas designados por el STD, el ponente hizo las siguientes reflexiones:

Quiero agradecer desde luego los comentarios de los amigos Arancibia y Carmona, así como las intervenciones de los distintos compañeros. Creo que nunca ha estado en el espíritu de este Seminario dar una respuesta puntual a cada uno de los comentarios, sino tratar de tomarlos en un sentido más general. Quisiera hacerlo de esa manera con una excepción, pues se ha planteado muy directamente un tema que sí me gustaría comentar un poquito más.

5. ENSEÑANZAS DE CHILE Y DE CÚBA

Chile, como cada uno de nuestros países, comparte rasgos generales e inscribe también singularidades. Así, la extensión de la conciencia política en el pueblo chileno reconoce el antecedente histórico de lo que fueron las concentraciones proletarias de fines del siglo pasado en el salitre, y las condiciones de trabajo que allí imperaban. Más tarde, cuando se derrumbó la industria salitrera, hubo el peregrinaje de los proletarios a lo largo de todo Chile, portando la conciencia política que allí se había forjado. Chile ha tenido de esta manera una característica muy singular, y es que hay un grado de conciencia, de formación política muy extendida en el conjunto de todos los chilenos. Yo creo que los 16 años de dictadura no lograron de ninguna manera borrar esa conciencia.

Tal vez por lo mismo, Chile ha sido escenario de experiencias políticas muy variadas, es casi un laboratorio político en la escena latinoamericana. Uno las siente reflejadas ahí, expuestas ahí a veces con una nitidez extrema. El mismo triunfo de la Unidad Popular el año 1970 fue precedido de una variedad de experiencias, que comprendieron el reformismo ibañista, el conservadurismo de Alessandri, el sexenio de Frei y la Democracia Cristiana. Este último representó tal vez el proyecto reformista más completo, más cabal en América Latina, aplicado en las mejores condiciones políticas, con amplísimo respaldo interno y, además, constituido en el exponente en ese momento de la Alianza para el Progreso, de modo que contó también con todo el beneplácito del imperialismo estadounidense.

El pueblo chileno capitalizó las experiencias de ese proyecto, supeándolas en lo que fue el programa de la Unidad Popular en los años de Allende, la fase más rica en su larga historia de lucha. Creo que no hemos hecho todo lo que debíamos hacer para rescatar auto-críticamente lo que representaron los años de Allende; hemos permitido que circulen imágenes muy distorsionadas, hay ocultamiento de la historia por parte de unos y su falseamiento por parte de otros. De manera que yo creo que hay, en la reproducción fiel de esa historia chilena, enseñanzas muy valiosas como aporte al conjunto de nuestra sociedad latinoamericana.

Creo que Cuba ofrece otra vertiente extraordinariamente rica de enseñanzas; y depende de nosotros asimilar todas esas ricas expe-

riencias. Al hacerlo, tal vez destapen el hecho de que el proceso cubano nunca fue dogmático, de que todo el proceso de la Revolución cubana siempre ha sido una búsqueda constante. En el plano de la estrategia económica se inspiró, en una primera fase, en la propuesta cepalina de la “diversificación”, para reconocer a poco andar que se necesitaba recuperar el azúcar, la exportación y la capacidad para importar. De allí para adelante fueron ajustes constantes. En otros momentos vivieron la experiencia de abrir más expresiones de mercado; se impuso la idea del cálculo económico como principio rector de la conducción de la economía y se abrió un mercado libre campesino. Más tarde, denunciaron la fuente de corrupción que aquello representaba, y no vacilaron en iniciar una política de rectificación casi coincidiendo con el comienzo de la perestroika. Creo que es un pueblo que ha buscado de una manera muy viva y muy poco dogmática las respuestas más idóneas y consecuentes con su propio proyecto político; y, por lo mismo, pienso que hay muchísimo que aprender en lo que ha sido su historia y mucho que esperar en lo que sean sus respuestas del futuro.

Esto no significa adscribirse acríticamente a todas las manifestaciones de la vida social y política cubana; hay cosas respecto a las cuales se puede tener reservas de distinta naturaleza, pero sin perder de vista lo esencial. También creo que nosotros tenemos que contribuir a que se respeten en definitiva las formas de ejercicio y las concepciones de democracia que cada pueblo latinoamericano vaya definiendo. Hasta donde yo creo entender, los cubanos han venido construyendo su institucionalidad: poder popular, participación, elecciones de distinta naturaleza en distintos niveles, etc. Tal vez un error por parte de ellos ha sido el no dar suficientemente a conocer en el conjunto de América Latina y hacia fuera toda la riqueza de la construcción institucional cubana. No podemos aceptar el criterio de que sólo son democráticos los procesos electorales que son avalados por Jimmy Carter. Nos han querido llevar a un punto en que cada proceso electoral tiene que admitir “observadores” que les dé su visto bueno, en actitud casi de indignidad.

Defender hoy día a Cuba es defendernos a nosotros mismos, el derecho a nuestra esperanza de futuro. No podemos dejar de advertir que es precisamente ahora, en una situación internacional en la que

—insisto— cabría esperar que se aflojaran las presiones contra Cuba, cuando más se acentúan la hostilidad y la amenaza, cuando ya no hay el pretexto de la “seguridad nacional” estadounidense ni la guerra fría. Lo que hay es un pueblo que no renuncia al socialismo, y que sigue siendo ejemplo de cómo se puede aspirar a una sociedad mejor. Ojalá se abran otras experiencias similares en América Latina; ojalá Chile sea escenario de otras experiencias comparables, con sus propios rasgos.

6. IMPORTANCIA DE LA PARTICIPACIÓN POPULAR

Habrà que vencer muchos obstáculos. Fernando Carmona hacía referencia a la dificultad que representan las herencias de 16 años de dictadura, no sólo por la acción de las fuerzas armadas y el poder dictatorial, sino por la aplastante intervención externa. En Chile se da, tal vez más ampliamente que en ningún otro país latinoamericano, esa perversión ideológica a que hacía referencia James Petras en un artículo sobre los intelectuales latinoamericanos. Arturo Bonilla nos ha recordado aquí esa singularidad chilena que marcó una experiencia tan interesante, tan enriquecedora, la alianza fructífera de un Partido Comunista y de un Partido Socialista arraigando en la base social y con disposición revolucionaria. Pues bien, en los últimos tiempos han sido los canales de la social-democracia, más que los canales directos del imperialismo estadounidense, los que han procurado borrar esa historia, desdibujar el significado histórico que tuvo el Partido Socialista Chileno. Resultado de esa influencia deformadora es que se proclama al “Partido Socialista Unificado”, en el cual se reúnen varias vertientes que venían del viejo “tronco socialista”, pero sin que la mayor parte de la base militante se reconozca en estas nuevas estructuras “renovadas” del partido.

Este presente, transitorio, no niega sin embargo el valor histórico de lo que se alcanzó en otro momento. No es sólo reconstrucción del pasado, es asimilación de experiencias por lo que nos preocupa hoy día. Porque aquella misma experiencia de la Unidad Popular inscribió enseñanzas muy útiles para una consideración actual de los problemas de mercado, de planificación, de autogestión, de participación.

Creo que en los tres años de Allende se logró insinuar en Chile, más allá de los errores cometidos y de los problemas, las potencialidades de un esquema participativo. Pienso que pocas sociedades han alcanzado un grado tan grande, tan intenso de participación social en todas sus esferas, en la economía, en la cultura, en la educación, en la salud, incluso en la organización del abastecimiento cuando la presión imperialista empezó a causar problemas de abasto; una gran riqueza de enseñanzas que hay que recuperar en esta nueva perspectiva en que estamos ahora colocados.

7. AVANZAR HACIA LA CONCRECIÓN DE LA ALTERNATIVA

Permítanme una reflexión final. Yo siento en las intervenciones de los compañeros que han participado en esta sesión del Seminario, un grado de coincidencia muy grande. Creo que es muy satisfactorio constatar cómo vamos pensando mucho en la misma dirección, con matices y diferencias, pero diría que es casi sorprendente el acuerdo en la opción gruesa, y esto me sugiere la necesidad de dos consideraciones adicionales. Primero, para estar alertas en el sentido de no extrapolar esta coincidencia nuestra, como si fueran también ideas predominantes en nuestras sociedades. Se da aquí, en nuestro pequeño medio, entre nosotros, comunicados por lazos que no son de ayer, que vienen desde antes, con comunicación previa. Pero lo que predomina fuera, en amplias esferas sociales, es un tremendo conservadurismo; son prejuicios metidos en la cabeza a la gente de una manera impresionante: el antiestatismo en términos absolutos, la supuesta bondad de la privatización, la idealización del mercado, son cosas que están muy metidas en la cabeza de la gente.

Creo que esto nos plantea a nosotros una gran responsabilidad, a partir de esta misma coincidencia, y es cómo proyectarnos más hacia fuera; buscar nuevos canales más eficaces para transmitir y esclarecer. Si en la propia base social se hiciera una encuesta, preguntándole a la gente qué opina de determinadas cuestiones de esta naturaleza, terminaríamos bastante abrumados de hasta dónde ha llegado esa penetración ideológica en la mente de las personas. Tenemos, pues, de alguna manera, que combinar esta actividad nuestra hacia dentro con

más empeño para contribuir en el plano nacional a contrarrestar esa deformación ideológica.

La segunda reflexión es que, congratulándonos por la proximidad de nuestras ideas, también debiéramos ver cómo hacemos para no quedarnos en las generalidades. En los asuntos globales hay un altísimo grado de identificación, pero tenemos que ir mucho más lejos que eso, más al fondo de las cosas. Con toda razón hay este reconocimiento de que los problemas de que estamos hablando son problemas esencialmente políticos, de que lo que cuenta de manera decisiva es la dimensión política de ellos; pero creo que en el plano ya de nuestra propia tarea no tenemos que descuidar la profundización teórica con que tenemos que acompañar esa dimensión política.

Vinculo esto con la incitación de Fernando Carmona a que diga algo sobre Nicaragua. Claro, éste es un tema para varias sesiones del Seminario, pero sólo diría algo en relación con lo que aquí hemos hablado. Porque sugiere la experiencia sandinista una disociación entre el proyecto político y el esquema económico que se siguió, por recomendaciones sorprendentemente ortodoxas y "fondomonetaristas". Y la constatación de que, desafortunadamente, no hay opciones claras a las políticas neoliberales, de que aun con el poder político en realidad no había opciones económicas.

Sin embargo, es claro que hay alternativas; pero no las hemos trabajado. Hay necesidad de alimentar mucho más el pensamiento político, la acción política, a los dirigentes políticos con elaboraciones teóricas y técnicas más profundas. Creo que esto es otra cuestión que tenemos que reconocer entre nosotros y disponernos a buscar alguna forma eficaz de trabajar en ese sentido. Debemos tomar en cuenta que en América Latina hay una situación casi excepcional, pues se cuenta con las matrices de insumo-producto de unos cinco o seis países, entre ellos Brasil, México y Chile, que permiten análisis concretos de indudable importancia sobre nuestros procesos económicos.

Tenemos que preguntarnos, por ejemplo, qué aprovechamiento estamos haciendo de todo el enorme esfuerzo estadístico sobre encuestas de ingresos y gastos de la familia, la distribución del ingreso, los patrones de consumo, las raíces y la reproducción de la desigualdad: en fin, en qué patrón de desarrollo capitalista estamos metidos y cómo se revierten sus dinámicas antinacionales y antipo-

pulares, con qué opciones económicas para otra correlación de fuerzas políticas.

Este mismo Seminario de Teoría del Desarrollo ofrece una contribución muy interesante en esto de estar abiertos, de invitar gente a que exponga lo que está haciendo. Ojalá que alguna vez pudiéramos alternar estas reuniones con un tipo de trabajo de otra naturaleza, más colectivo, en el que el propio Seminario fuera recogiendo las aportaciones, las ordenara y sistematizara como expresión de hasta dónde hemos llegado e identificación de lo que tenemos para seguir profundizando. Este Seminario tiene un carácter que lo distingue de aquellos que ocasionalmente reúnen cincuenta expositores, con un tiempo muy rígido y sin que nadie pueda intervenir tres o más veces si es necesario y sin que se pueda levantar un punto importante a discusión.

La sugerencia tiene también una dimensión latinoamericana. Esfuerzos, empeños como éstos, de una u otra manera, en pequeña escala, se hacen en otras partes de América Latina. ¿Cómo unirnos más a esa comunicación? Quizás pudiéramos pensar, con un poquito de audacia, si no sería oportuno que fuéramos abriendo paso a la idea de crear algún instituto latinoamericano, con adhesiones voluntarias, con contribuciones voluntarias, que fuera cumpliendo este papel de transmitir siquiera lo que hacemos. ¿A cuántos lugares de América Latina llegan estos trabajos, estos documentos del Instituto de Investigaciones Económicas y del propio Seminario?, y ¿cuántos conocemos aquí lo que están haciendo compañeros en Brasil y en otros lugares?

Tal vez sólo de ese modo podremos cumplir con nuestra responsabilidad y compromiso, con el reclamo de respuestas que viene de la propia base de nuestras sociedades, que configuren, política y técnicamente, la alternativa. Pero en concreto, no sólo la gran visión.

II. UN “MODELO ECONÓMICO” DESNACIONALIZADOR Y EMPOBRECEDOR*

I. IMAGEN Y REALIDAD

Se ha difundido con sorprendente amplitud la idea de que en Chile se puso en práctica un “modelo económico” singularmente exitoso, capaz de sostener una nueva dinámica de crecimiento y de cuidar simultáneamente los “equilibrios macroeconómicos”. Si bien se reconocen sus “costos sociales”, se le atribuye el mérito de permitir un alto ritmo de crecimiento económico global, que permitiría a su vez sustentar las debidas compensaciones y recompensas por aquellos costos.

Puesto en práctica por la dictadura militar, se lo ha rodeado de tal prestigio que el gobierno civil “de transición a la democracia” lo ha mantenido prácticamente inalterado como base de su política económica. Y se ha proyectado el mismo prestigio en ámbitos internacionales, preconizando su reproducción en otros países latinoamericanos; en función de lo cual, grupos de asesores chilenos —junto a sus aspiradores estadounidenses— ofrecen sus servicios a otros gobiernos para decidir políticas similares.

Se ha logrado así construir una imagen casi mítica, que sirve muy bien a los intereses que la amparan y difunden. Se trata, sin embargo, de una imagen tan falsa como peligrosa, que obliga por lo mismo a un esclarecimiento objetivo de su real naturaleza e idoneidad. Podría muy bien comenzarse por cuestionar lo que aparece como su mayor mérito: sustentar un rápido crecimiento económico. Porque,

* El título original de este trabajo, escrito en agosto de 1991, y entregado por Pedro Vusković al STD es: “Crítica del ‘modelo económico chileno’”. [N. del coord.]

efectivamente, lo que más se invoca en apoyo a la imagen de éxito es el antecedente de que, supuestamente, la economía chilena habría logrado tasas relativamente altas de crecimiento económico global, en contraste con los deterioros que simultáneamente exhibían la mayoría de las otras economías latinoamericanas.

Es verdad, en efecto, que la economía chilena registró tasas positivas de crecimiento durante algunos años en que otros países experimentaban retrocesos: según las cifras oficiales, el crecimiento del producto geográfico bruto fue del orden de 6% en 1984, 1986 y 1987, más de 7% en 1988 y 10% en 1989.

Pero el significado de la apreciación cambia considerablemente si se colocan esos datos en una debida perspectiva histórica, más amplia. Se comprobará entonces que buena parte de ese crecimiento no hacía más que recuperar retrocesos anteriores impuestos por la misma política; en particular, las caídas del producto de 12.9% en 1975 y de 15.2% en 1982-1983. Así pues, en rigor, el “milagro económico chileno” no fue más que una recuperación de severos retrocesos anteriores, con resultados finales nada halagadores. En efecto, si se toma el conjunto del periodo 1974-1989, la tasa media anual de crecimiento de la economía chilena fue de 3.1%, mientras la del conjunto de América Latina llegó al 4%, de manera que lejos de avanzar, Chile retrocedió respecto del conjunto latinoamericano.

Otro ángulo no menos elocuente de apreciación se basa en una proyección de la tendencia del producto registrada a lo largo del periodo 1960-1973 (que comprende parcial o totalmente los gobiernos de los presidentes Alessandri, Frei y Allende), y en una comparación de los resultados de esa proyección con los valores efectivamente alcanzados por el producto desde 1974 hasta 1989. Se concluye de ese cotejo comparativo —realizado por el ingeniero José Ibarra— que en los años de la dictadura se acumuló una pérdida de producto, respecto de lo que habría sido según la tendencia, equivalente al valor de dos años de producto, o más de tres veces la deuda externa acumulada. De igual manera, se comprueba que en los últimos años de ese lapso muchos de los principales indicadores económicos globales quedaron por debajo de los niveles que registraron en los años de Allende; y que el consumo privado por persona apenas reprodujo en 1989 el nivel que tuvo en 1969, es decir, de veinte años antes.

No hay pues nada “milagroso” en los crecimientos que se registraron en la segunda mitad de los ochenta. Ni se trató tampoco de una tendencia que pudiera sostenerse hacia el futuro; porque en esa fase de recuperación, y para lograr esos resultados, se fueron agotando paulatinamente las reservas de dinamismo a que se apelaba; y creándose por lo tanto condiciones que a corto andar tendrían que manifestarse en un freno a la continuidad del crecimiento, o por lo menos en una reducción sustancial de los ritmos de crecimiento. Se podrá advertir, por ejemplo, que la expansión de algunas exportaciones estaba basada en una política de depredación de los recursos naturales —entre otras cosas, extinción de especies marinas, explotación irracional de los bosques— que no podría prologarse indefinidamente; y en la ocupación de “espacios de mercados” externos que no seguirían creciendo significativamente.

En otro ámbito, algunas de las flexibilidades y holguras en el manejo de la economía que permitieron los crecimientos mayores, provenían de que, en esa fase, buena parte de los servicios de la deuda se resolvían mediante la transferencia de propiedad de activos nacionales,* sin tener que dedicar a ellos ingresos corrientes de exportación; pero configurando así un cuadro de extranjerización de la economía nacional que ha sido llevado increíblemente lejos y que tampoco podría prolongarse al infinito. Por estas y otras razones era previsible que ese crecimiento, que por esos años llegó a ser incluso espectacular, no podría sostenerse. El primer año del gobierno civil se constituyó en una advertencia elocuente en ese sentido. En efecto, el crecimiento del producto geográfico bruto en ese año fue de sólo 2.1%, apenas superior al crecimiento de la población.

Un crecimiento lento se constituirá a su vez en un factor que acentuará las demandas sociales y que acabará por repercutir en los equilibrios macroeconómicos. En efecto, a menos que se extremen entonces los rasgos concentradores y de desigualdad (lo que en el plano político quiere decir aumento de la represión), lo más probable es que se acentúen progresivamente los desequilibrios financieros y se aceleren las presiones inflacionarias.

* Vía *swaps*. [N. del coord.]

De manera que el mantenimiento del esquema conduce a que nos quedemos con los costos sociales de un crecimiento económico cada vez menor. Se comprobaría así que en nuestro país, como en el conjunto de América Latina, el destino final de las políticas económicas neoliberales no es el crecimiento ni la equidad ni la estabilidad.

2. LA MAGNITUD DE LOS COSTOS SOCIALES

Aun quienes lo preconizan, reconocen que el esquema de política económica aplicado en Chile desde los años de la dictadura involucra, en lo inmediato, unos “costos sociales” significativos. Y justifican esas consecuencias adversas con la aseveración de que el mismo “modelo” acabaría por gestar en su aplicación unas potencialidades que llevarían a la superación de esos costos, o al menos a generar recursos suficientes para compensarlos.

El problema es, sin embargo, mucho más profundo. Lo que en verdad ocurre es que las concepciones predominantes del neoliberalismo han impuesto una estrategia económica que en lo esencial se caracteriza por concentrar todos los recursos disponibles en áreas determinadas del sistema económico nacional —y de modo más amplio, en una parte de la sociedad, hasta en una parte del territorio o de la geografía urbana—, impulsando en ellas una modernización orientada principalmente hacia las exportaciones, en un marco de amplia apertura externa, de “vigencia plena” del mercado y de privatización de empresas y servicios públicos. Y esa concentración tiene como contrapartida inevitable una agudización de las “heterogeneidades estructurales” y una acentuación extrema de la desigualdad y la pobreza, hasta el punto de motivar una abierta segregación social.

Toda la experiencia anterior desemboca en esta estrategia de preservación a toda costa del capitalismo en subdesarrollo, bajo estos signos contrapuestos de la *integración hacia afuera* y la *desintegración social interna*.

En esa naturaleza esencial de las políticas en práctica está la clave para comprender que se registren al mismo tiempo signos de prosperidad, en los que se basa la imagen de “éxito” del modelo, con dete-

rios en la condición de vida de la mayor parte de la población. Y es así como las políticas de la dictadura acabaron expresándose en la simultaneidad de un crecimiento económico global significativo con la acumulación de una gigantesca *deuda social*.

Es difícil exagerar la dimensión de esa deuda, que alteró brutalmente patrones sociales históricos de la sociedad chilena, según se expresaron en diversos planos. Desde luego, en el aumento impresionante de la proporción de pobres e indigentes: una proporción que, sólo en la condición de *indigencia*, fue de 8.4% en 1969, mientras que en 1987 se la calculó en 22.6 por ciento.

Igual ocurrió con la participación de los salarios en el total del producto geográfico bruto, que durante una larga fase histórica se mantuvo próxima al 50% (48% en 1970), aumentó por sobre 60% en 1971-1972, y descendió a menos de 40% bajo las políticas neoliberales de la dictadura (38% en 1989). Un extenso periodo a lo largo del cual se sostienen e incluso aumentan las ganancias, al precio de pérdidas enormes para los trabajadores: de acuerdo con los cálculos del propio José Ibarra, la acumulación de esas pérdidas, en términos de disminución de puestos de trabajo y contracción de los salarios reales, resulta equivalente a 3.8 veces el total de la deuda externa contraída simultáneamente con esos procesos.

No es pues de sorprender que la desigualdad en Chile sea hoy mayor que nunca. Así lo ponen de manifiesto las investigaciones estadísticas sobre la distribución del ingreso por niveles; e independientemente de ellas, esa desigualdad extrema se hace evidente en la vida cotidiana.

Además de la expansión sin precedente de las ganancias, factor fundamental en la concentración del ingreso, se han definido funciones de privilegio con unas remuneraciones ominosamente elevadas en comparación con otras: un director de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, por ejemplo, percibe por su asistencia a las reuniones de Directorio una remuneración de cuatro y medio millones de pesos al mes, frente a los treinta mil pesos que recibe una enfermera de hospital público (una relación de ingresos de 1 a 150).

3. LA LEGITIMIDAD DE LAS DEMANDAS POPULARES

La dimensión de la deuda social acumulada y esa alteración tan violenta de parámetros distributivos históricos otorgan plena legitimidad a las demandas sociales hoy día en ascenso; todavía muy lejos, aun así, de reclamar, como muy bien podrían hacerlo, la restitución de esos parámetros históricos de distribución del producto social. La expectativa prometida desde largo tiempo de que, en definitiva, esa política económica tendería a “amortizar” la deuda social, no encuentra ya ningún fundamento objetivo en la experiencia vivida; por el contrario, todo lleva en ella a mantenerla indefinidamente e incluso a aumentarla. El resultado es que esos extremos de desigualdad de que se da cuenta se constituyen en uno de los mayores desafíos que enfrenta hoy día la sociedad chilena.

Por lo mismo, resulta inaceptable la reacción oficial —ahora bajo el gobierno civil— con que se responde a los movimientos reivindicativos. Porque se trata, en rigor, de demandas de reajustes salariales con las que apenas se restituiría un poco de lo que se ha transferido a las ganancias de capital y otras fuentes privilegiadas de ingresos; o de reclamos de determinados grupos sociales —los jubilados, los exonerados,* los maestros, los trabajadores de la salud— con necesidades efectivamente apremiantes, cuya satisfacción sin embargo representaría unos montos exiguos frente a las dimensiones de los recursos que se aplican a otras finalidades, incluidos los presupuestos militares y policiales.

No es sólo la necesidad lo que legitima hoy las demandas populares; es también la justicia de esos reclamos y la posibilidad real de atenderlos, si mediara la voluntad política necesaria.

La razón de justicia es evidente, después de que los procesos concentradores han echado por tierra supuestas “normalidades económicas”. Es el caso de la relación entre salarios y empleo, tal como se la sigue proclamando por los intereses dominantes, en el sentido de que hay que cuidar que los aumentos de salario no lleven a reducir la ocu-

* Trabajadores del gobierno despedidos por la dictadura, “por simpatizar con el régimen de la Unidad Popular”. [N. del coord.]

pación, que por el contrario tendería a ampliarse con costos más bajos de la fuerza de trabajo; pero que resulta absolutamente contradictoria con la experiencia vivida de procesos que a la vez disminuyeron el empleo y deterioraron los salarios.

Igual ocurre con la relación entre salarios y productividad, bajo el argumento esgrimido constantemente de que los reajustes salariales sólo pueden basarse en aumentos de productividad, para que no tengan efectos “desestabilizadores”; frente a una realidad objetiva que muestra cómo la productividad media de la fuerza de trabajo en 1989 fue ligeramente superior a la que se registró en los años 1971-1972, mientras el salario real promedio es ahora al menos un tercio más bajo que entonces. Esa alteración así, tan violenta, de los parámetros sociales, que generó la deuda social, otorga pues plena legitimidad a las demandas sociales hoy día en ascenso.

De otro lado, están las consideraciones que tienen que ver, en relación con las reivindicaciones sociales actuales, con la posibilidad material de atender a esas demandas, restituir salarios y restablecer niveles de vida. En el presente de Chile, la respuesta sería sin duda positiva: una sociedad que ha alcanzado un nivel de ingreso promedio por persona equivalente a 2 100 dólares anuales (como fue en 1990), indicador que supone un desarrollo significativo de las capacidades productivas, tiene *potencialmente* la posibilidad de resolver la pobreza, de sustentar para todos unos consumos básicos, de asegurar el acceso a servicios razonables de salud y educación, de resolver los problemas de vivienda. A ese nivel de ingreso, no es tanto un problema de capacidad productiva, sino de distribución de ese ingreso entre distintas capas y estratos sociales.

4. LA RIGIDEZ Y LAS LIMITACIONES DEL “MODELO”

Encarar las consecuencias sociales del “modelo” y responder a las demandas consiguientes no es, en rigor, una cuestión sólo de voluntad política, aunque ésta encuentre en todo caso algún ámbito de ejercicio. Lo que ocurre es que el diseño de las políticas neoliberales responde a una concepción integral y bastante rígida de conducción de la economía, y se traduce en interrelaciones y condicionamientos

recíprocos que acaban por hacerse muy *inflexibles*; y que a su vez terminan por imponer limitaciones difíciles de sobrepasar.

El esquema representa, en su esencia, una opción muy definida que se manifiesta coherentemente en todos los planos; y que no admite conciliaciones entre algunos fenómenos que *en abstracto* podrían considerarse compatibles, o que lo serían bajo otra estrategia (exportaciones y producción para el mercado interno, desarrollo y equidad, entre otros). Su misma práctica genera dinámicas que no pueden revertirse o consecuencias que no pueden modificarse como no sea con un *cambio fundamental* del “modelo” mismo.

Lo ocurrido en Chile en 1990 ilustra de modo elocuente cómo se expresan esas dinámicas, por ejemplo, en los procesos de extranjerización y desigualdad. En efecto, el modesto ritmo de crecimiento que registró en ese año el producto geográfico bruto (2.1%), permitió un aumento del ingreso nacional bruto real de sólo 0.7%, de manera que dos tercios del aumento del producto fue transferido al exterior, dando cuenta de la dimensión de los compromisos externos en que se sustenta el esquema. Y a la vez, de lo que se pudo retener en Chile, 85% correspondió a ganancias de capital y sólo 15% a salarios, dando cuenta de su dinámica de desigualdad y mercado en definitiva una disminución del gasto por persona en consumo final.

Las mismas rigideces se manifiestan frente a los propósitos de compensar los costos sociales del modelo mediante acciones directas en favor de los grupos perjudicados o desfavorecidos por su funcionamiento “espontáneo”. En efecto, en sus repercusiones sobre la extensión y profundización de la pobreza, es también previsible que los propósitos de atenuarlas mediante acciones de “solidaridad con los pobres” encontrarán unos ámbitos de eficacia muy estrechos.

A menos que se disponga de una masa considerable de recursos y se haya preservado una capacidad de acción estatal significativa, como ha sido el caso de México, las políticas de compensación “asistencial” servirán apenas como alivios temporales a situaciones que se originan en las causas más de fondo, que son inherentes a las políticas neoliberales.

Se constata así otra faceta decisiva del neoliberalismo, en lo actual y en lo que es previsible del futuro: una concepción internamente tan articulada, que no deja lugar a adecuaciones o ajustes relativamente

menores; y que por lo mismo, sólo se le puede oponer la opción de otra concepción estratégica *alternativa*, profundamente distinta en su naturaleza esencial y en su significado económico, social y político.

5. LOS COSTOS DE LA "APERTURA" EXTERNA

Como es sabido, la estrategia neoliberal en práctica se articula en torno a un propósito de total apertura externa y de situar en las exportaciones la fuente esencial —y casi única— de dinamismo económico; de ahí su disposición a subordinar al conjunto de la política económica al objetivo de proyectar la economía nacional a los mercados externos. Puesta así, y en las condiciones de la economía contemporánea, se puede afirmar con todo rigor que tal estrategia exportadora conlleva inevitablemente altos costos nacionales y sociales.

Una primera razón para ello es que como se dijo en el apartado 2* los desarrollos científicos y tecnológicos en rápida aplicación en las economías desarrolladas han estrechado mucho el significado en la competencia internacional de las "ventajas comparativas" que tradicionalmente se reconocía al mundo subdesarrollado. En efecto, los avances de la microelectrónica, proyectados a la "automatización" de los procesos productivos (hasta culminar en la "robotización") han disminuido y tienden a disminuir aún más el significado económico para la rentabilidad de las empresas, de las diferencias salariales (es decir, las ventajas que se atribuyen a la "mano de obra abundante y barata").

De este modo, mantener competitividad externa apoyada en diferencias de salarios requiere de una baja cada vez mayor de los salarios reales; lo cual quiere decir, desde un ángulo de interpretación nacional, una transferencia al exterior cada vez mayor de los frutos del trabajo interno. Es falaz el argumento que suele esgrimirse en el sentido de que la apertura externa contribuirá a elevar los salarios internos; por el contrario, el riesgo es que, bajo el privilegio que se asigna a las exportaciones, se siga castigando a los salarios como base de permanencia en unos mercados externos cuyas economías rem-

* [N. del coord.]

plazan aceleradamente la fuerza de trabajo por técnicas superiores de automatización de los procesos productivos.

Por su parte, los avances de la biotecnología y la ingeniería genética reducen el significado de la otra fuente de ventajas comparativas de los países latinoamericanos en el comercio mundial, derivada de su dotación relativamente privilegiada de recursos naturales. La razón es que esa revolución científico-técnica está habilitando a los países desarrollados, primero, para extender rápidamente la producción por ellos mismos de productos sustitutivos de los naturales (la sustitución del cobre por las fibras óptica en la transmisión de energía eléctrica, para otros países los sucedáneos del café, el cacao y una variedad de otros productos); y segundo, para multiplicar los rendimientos en la producción agropecuaria, fortaleciendo su capacidad de autoabastecimiento aun con superficies de cultivo relativamente pequeñas.

Las ventajas tienden a reducirse así a diferencias de estacionalidad entre los dos hemisferios (Chile) o contigüidad geográfica (México); o a la defensa de tales ventajas vendiendo cada vez más baratos los frutos de esos recursos, sacrificando además los costos de preservación o ejerciendo una explotación depredatoria de ellos. Procesos, estos últimos, de los cuales Chile ha ofrecido ilustraciones muy lamentables en tiempos recientes, con el sacrificio de recursos mineros, forestales o del mar, con repercusiones irreversibles o que se proyectarán largamente en el futuro.

Otro ámbito de consideraciones tiene que ver con el hecho de que el acceso a los mercados externos lleva, directamente, a entregar las actividades exportadoras al capital extranjero o al compromiso con éste; e indirectamente, a la desprotección y la apertura indiscriminada de la economía. El resultado es un drenaje constante de ingresos y activos financieros que se transfieren al exterior en lugar de retenerlos para fortalecer la acumulación nacional o mejorar los niveles propios de vida.

Paradójicamente, el “modelo” se atribuye como mérito generar superávit en la cuenta comercial, es decir, registrar valores de exportación superiores a los de las importaciones. En 1990, por ejemplo, el crecimiento de las exportaciones chilenas fue de 7.6%, en tanto las importaciones aumentaron en sólo 0.6%. Visto en su significado real, sin embargo, lo que ese “superávit” quiere decir es que se envía

hacia afuera el producto de más trabajo nacional que lo que se trae a cambio del exterior; o sea, una transferencia neta de producto nacional hacia el exterior.

En suma, el estrechamiento creciente del horizonte exportador obliga a apoyar a las exportaciones con incentivos cada vez mayores (de salarios más bajos, de explotación abusiva de recursos naturales), así como una apertura externa cada vez más indiscriminada, con costos nacionales igualmente crecientes.

No es pues de sorprender que, en la defensa de esa perspectiva exportadora cada vez más estrecha, se acabe por llevar al país a su adscripción a una “zona de libre comercio” con la economía estadounidense, lo que vendría a representar la etapa superior de la *extranjerización* de la economía que han venido imponiendo las políticas neoliberales. Una perspectiva hacia la que, dentro del esquema vigente, vamos caminando inexorablemente; y además, *silenciosamente*, sin dar lugar a un debate nacional en torno a una decisión que tiene sin embargo proyecciones históricas incalculables.

El análisis objetivo sugiere, en efecto, que ese desenlace a que apunta la continuidad de las políticas neoliberales tendría consecuencias graves para Chile, en términos incluso de identidad nacional y capacidad de autodeterminación. Sus perjuicios serían además muy extendidos, no sólo para los trabajadores, sino también para amplios estratos de pequeños y medianos empresarios.

6. UNA SÍNTESIS DE PREVISIONES

Un análisis como el que se acaba de proponer permite anticipar lo que serían algunas tendencias futuras, y el significado social de ellas, si se mantienen las políticas en práctica. La referencia parece pertinente particularmente en *tres planos*: la evolución probable de la economía y los indicadores macroeconómicos en el futuro próximo; las crecientes contradicciones entre las demandas sociales en ascenso y la incapacidad para satisfacerlas dentro del esquema imperante, y la contradicción también creciente entre ese esquema y los intereses nacionales, en términos de autodeterminación y de defensa del patrimonio nacional.

En efecto, en lo que se refiere a lo primero, la continuidad de la actual política económica conduce muy probablemente a que los ritmos de crecimiento económico global tiendan a mantenerse en niveles bastante exiguos, apenas equiparando el crecimiento de la población. Así ocurrió ya en 1990, no son mejores los pronósticos para 1991 y nada autoriza a esperar una recuperación de la intensidad del crecimiento económico global en los años siguientes. El mantenimiento de una fuerte corriente de inversiones extranjeras no asegura nuevos impulsos dinámicos, puesto que las más de las veces son compras de empresas ya existentes; y nos estamos aproximando a un punto en que las remesas de ganancias de ellas van a representar tanto o más de lo que hubieran sido los pagos por intereses de la deuda que se convirtió en enajenación de los patrimonios nacionales.

En definitiva, lo más probable es que en los próximos años se logren unas tasas apenas modestas de crecimiento económico y que la mayor parte de sus frutos se sigan transfiriendo *al exterior*, en lugar de servir para recuperar el nivel de vida de la mayoría de la población.

En segundo lugar, se concluye que la política económica en práctica no conduce de ninguna manera a revertir las tendencias de extrema concentración y desigualdad que han caracterizado la evolución de la economía chilena en los últimos lustros. Por el contrario, lleva a acentuar y prolongar aún más las condiciones de pobreza e indigencia que afectan a proporciones muy grandes de la población chilena. Los programas de “solidaridad con la pobreza” apenas aliviarán en forma transitoria algunas de sus consecuencias; pero resultarán abiertamente insuficientes frente a situaciones que se generan más que nada en el desempleo y los bajos niveles salariales. Dicha evolución previsible ilevaría a su vez a acentuar cada vez más contradicciones entre unas demandas sociales en legítimo ascenso y una incapacidad o ausencia de voluntad política oficial para satisfacerlas, configurando en definitiva el mantenimiento de un esquema en su esencia *anti-popular y antidemocrático*.

Y respecto del tercer plano señalado, se concluye que la forma en que la conducción oficial de la política económica se aferra al esquema neoliberal heredado de la dictadura y la orientación esencialmente exportadora de ese “modelo” inducirán acciones de mantenimiento o incluso aumento de las concesiones a intereses extranjeros. Con ello,

además de seguir castigando a los salarios como base de competitividad externa, se corre el riesgo de que se siga incurriendo en una explotación depredatoria de los recursos naturales. El desenlace de una adscripción de Chile a una “zona de libre comercio” con Estados Unidos culminaría el proceso de subordinación de la economía chilena a la economía estadounidense, de renuncia a bases fundamentales de identidad nacional y de limitación extrema de la capacidad de autodeterminación. Todo lo cual autoriza a calificar también a este esquema económico como profundamente *antinacional*.

Así se identifican al menos estos tres planos de consecuencias del neoliberalismo tal como se lo impone en Chile: desnacionalización, acentuación de la desigualdad y pobreza, y en definitiva esterilidad, incluso como estrategia de crecimiento global y haciendo abstracción de sus costos sociales. Y ello, para remitirnos sólo al plano de los resultados materiales; porque está también, en el plano *ético*, la perversión de valores: la difusión del individualismo, el sentido de competencia personal, el egoísmo, hasta la delación, en lugar de solidaridad y dignidad.

Que no obstante todas estas constataciones se persista en este esquema de política económica, sólo tiene una explicación: es el modo, único e indispensable, de preservar privilegios del capital y de sus servidores, apenas disimulado en un “discurso” de apariencia técnica y “modernidad”.

III. VEINTE PROPOSICIONES DE SÍNTESIS SOBRE POBREZA Y DESIGUALDAD EN AMÉRICA LATINA*

POBREZA Y POTENCIALIDAD ECONÓMICA**

I. La evolución dramática de la pobreza ha llegado a constituirse en razón principal de las luchas sociales latinoamericanas y en el mayor de los desafíos que encara la América Latina de fines del siglo.

Fenómeno universal, tema central del *Informe 1990* del Banco Mundial, el reconocimiento de la pobreza adquiere singular relevancia en el presente de América Latina. Desde luego, por el grado en que afecta a proporciones muy altas de la sociedad en casi todos los países; pero también porque ha venido a acabar con la ilusión de que esta región, sustentada en el logro histórico de un grado relativamente mayor de desarrollo de las fuerzas productivas en comparación con otras áreas del Tercer Mundo, estaba en camino de resolver las carencias más graves en la condición esencial de vida de sus poblaciones. Tiene que aceptar, en cambio, el registro de severos deterioros,

* Estas notas forman parte de las contribuciones del autor al proyecto sobre "productos básicos" que se lleva a cabo bajo la conducción del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades (CIHH) de la Universidad Nacional Autónoma de México. Tienen además el propósito de servir como introducción a un texto más amplio sobre estos temas, en cuya presentación se indentificarán las citas y referencias bibliográficas que aquí se omiten. PVB.

** Este trabajo fue la base de una conferencia dictada por Vusković en el CIHH, en enero de 1991, y se reproduce con la autorización de la señora Ana María Ruymayor, viuda del autor, y del propio CIHH. Subtítulos de la edición. [N. del coord.]

a los que tiene que enfrentar, además, en medio de una crisis que se agudizó al extremo en el curso de la década de los ochenta y que sigue proyectando sus signos hacia el futuro.

Las cifras que dan cuenta de la dimensión cuantitativa del fenómeno y las manifestaciones ostensibles de sus consecuencias configuran un cuadro global impresionante, tanto con referencia a América Latina en su conjunto como a cada uno de los países.

En relación con 1989, la CEPAL informó sobre más de 180 millones de latinoamericanos en condición de pobreza —70 millones más que en 1970—, equivalentes a 44% de la población total, y de ellos, 88 millones en condición de franca indigencia. Por su parte, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), toma como base de proyecciones para la última década del siglo una medición integrada de la pobreza (según ingreso y necesidades básicas): la cifra de 270 millones de pobres en 1990.

Podrían recorrerse uno a uno los países de la región y tomar nota en cada caso de la intensidad que exhiben las situaciones de pobreza y sus consecuencias. Así, por ejemplo, respecto de Argentina —la sociedad latinoamericana que había alcanzado el grado más alto de desarrollo relativo de la región— se afirma que la condición de pobreza, que afectaba a uno de cada cinco hogares a comienzos de la década de los ochenta, lo hacía a uno de cada tres hogares siete años más tarde. Como expresión, entre otras, de sus consecuencias sociales, un informe de la ONU denuncia la creciente extensión del comercio de menores, confirmada por dirigentes políticos que hablan del tráfico tenebroso de miles de niños.

En Brasil, el país más industrializado de América Latina, el saqueo de tiendas de víveres se ha constituido en amenaza constante; los índices de delincuencia llegan a niveles elevadísimos y se calcula que 8 millones de niños viven sin protección en las calles.

Centroamérica registra desnutrición endémica de altas cuotas de la población. Todos los indicadores de bienestar social —los ingresos, la educación, la esperanza de vida, la salud— han retrocedido gravemente; y las condiciones de pobreza comprometen a proporciones muy mayoritarias de la población. Se advierte cómo “después de años de guerra en Guatemala, El Salvador, Nicaragua, con sus repercusiones indirectas en Honduras y Costa Rica, se ha dañado el

aparato productivo, profundizado la desconfianza de los inversionistas, ensanchando la brecha social y alejadas las esperanzas de una real democratización económica”.

En Colombia, el mejoramiento de importantes indicadores sociales coincide con una alta y creciente concentración en la distribución del ingreso; y las frustraciones consiguientes se asocian a la expansión acelerada de conflictos y de violencia de todo tipo.

En Chile, uno de los países de mayor desarrollo relativo de América Latina y no obstante los supuestos éxitos del “modelo económico”, 5 y medio millones de personas —45% de la población nacional— califican en situación de pobreza y un cuarto de los chilenos lo hacen en condición de indigencia. Una descripción vívida de las consecuencias habla del “ejército inagotable de los pobres dedicados a actividades perfectamente inútiles, para sobrevivir apenas en la periferia de nuestro cotidiano uso de tarjetas de banco, mensajes por fax, transacciones eléctricas, etcétera”.

Respecto de México, después de crecimientos relativamente espectaculares, un estudio preparado por el Consejo Consultivo del Programa Nacional de Solidaridad informa que cerca de 40% de la población está por debajo de los mínimos nutricionales, más de la tercera parte de las muertes serían evitables con servicios médicos adecuados, el analfabetismo funcional alcanza al 39% de la población adulta; hay déficit de entre 6 y 7 millones de viviendas y el 77% de la población habita viviendas sobrecupadas.

En Perú, el empobrecimiento es ostensible. Un estudio de amplia circulación continental habla de cómo

cataratas de basura se acumulan por todas partes. Legiones de pordioseros, lavacarros y “pájaros fruteros” se abalanzan día y noche sobre los transeúntes pidiendo una propina. Enfermos mentales desnudos pululan por calles que apestan a orina. Niños, madres solteras y tullidos reclaman en cada esquina una limosna.

Respecto a Venezuela, se afirma que un año después de las protestas que costaron decenas de muertes empeoró aún más el nivel de vida, con aumentos dramáticos de la desnutrición y el subempleo. Un estudio realizado por la Oficina Central de Información habla de 10

millones de venezolanos, más de 50% de la población nacional, situados por debajo de los límites de la pobreza; según otras fuentes, Venezuela experimentó en 1989 niveles alimentarios “hipercríticos”, a la vez que aumentaban el maltrato infantil y la prostitución.

No se excluyen pues, respecto del cuadro dramático de la pobreza, ni siquiera los países de la región de más alto nivel de ingreso promedio por habitante. Sólo la sociedad cubana aparece exhibiendo índices de nivel de vida, en sus componentes esenciales, relativamente aceptables y generalizados.

2. La presencia inocultable de la intensidad y expresión de la pobreza en América Latina está abriendo reconsideraciones muy profundas del pensamiento predominante respecto de la esencia misma del desarrollo económico, de las relaciones entre crecimiento y distribución, de los términos de la “inserción exterior” de las economías latinoamericanas; en última instancia, de la viabilidad misma —económica y política— de la continuidad del modo de desarrollo capitalista que la viene caracterizando desde largo tiempo.

Nuevas categorías —la “deuda social”, la identificación de distintos grados de pobreza, la noción más reciente de “desarrollo humano”— se incorporan al análisis de los científicos sociales, motivan esfuerzos generalizados de nuevas mediciones estadísticas y se trasladan rápidamente al discurso de los dirigentes políticos y a la formulación de las demandas de las poblaciones afectadas.

La pobreza ha acabado así por constituirse en el tema dominante del debate y de los proyectos de acción social en América Latina. Marcando una fase, todavía, en la que las aportaciones positivas que comienzan a surgir de esos empeños y controversias contrastan flagrantemente con la defensa empecinada de corrientes del pensamiento conservador y, sobre todo, con las políticas efectivamente en práctica, que prolongan e intensifican las mismas consecuencias que condujeron a la situación actual.

Como quiera que sea, se viene disponiendo de un acervo cada vez mayor de antecedentes estadísticos, de diagnósticos e interpretaciones, de propuestas de estrategias y políticas, que contribuyen tanto a

superar formulaciones interesadamente equívocas como a avanzar hacia otras más veraces y constructivas.

3. Toda la evidencia disponible lleva a concluir que la pobreza actual en América Latina no se puede explicar como resultado, en relación directa, del grado relativo de desarrollo de las fuerzas productivas. Ello es así, en parte, porque las economías de la región no registran correspondencia estricta entre la potencialidad productiva alcanzada y el producto que generan; y sobre todo, por la forma que asume el reparto social del producto obtenido, es decir, por los extremos de desigualdad que caracterizan a las sociedades latinoamericanas.

El capitalismo latinoamericano exhibe, en efecto, un alto grado de ineficiencia en el aprovechamiento de los factores productivos acumulados o disponibles. Así lo sugiere claramente el cotejo presentado en una investigación reciente, que compara los datos promedio de seis países latinoamericanos —Argentina, Brasil, Colombia, Chile, México y Venezuela— con la economía estadounidense. Tomando las cifras de esta última como iguales a 100, los promedios latinoamericanos resultan ser de 31 para la productividad de la fuerza de trabajo, 48 en los niveles educacionales de ella, 140 en la disponibilidad de tierra de cultivo por habitante, 36 en la dotación de capital físico por persona ocupada y en 31 en las exportaciones per cápita, pero menos de 26 en el total del producto generado por persona. Dicho de otro modo, ese mismo acervo de factores productivos podría permitir la obtención de un producto anual per cápita no menos de 50% superior al que hoy se alcanza.

Por otra parte, el capitalismo latinoamericano ha inscrito el rasgo singular de asumir y preservar términos de extraordinaria desigualdad en la distribución del ingreso, en grado sustancialmente mayor al que registraron otras experiencias históricas de desarrollo capitalista o al que exhiben hoy incluso sociedades capitalistas de menor desarrollo relativo. Por lo mismo, en América latina la condición de pobreza es inseparable de la desigualdad; no habrá diagnóstico certero ni políticas o estrategias idóneas si no se reconoce esa causalidad fundamental que es la extrema desigualdad.

También a este respecto los antecedentes estadísticos son concluyentes. Datos de la misma fuente anterior indican que la distribución del ingreso es mucho más desigual en América Latina que en países de Asia o en los países desarrollados capitalistas. En efecto, si se expresa el ingreso per cápita del decil de población de más alto ingreso como múltiplo del que corresponde al quinto más pobre de la población, esa relación resulta ser de 20.8 veces como promedio de los seis países latinoamericanos mencionados, casi el triple de la que se da en Corea (7.6 veces) y Taiwan (7.0), y próxima al doble (10.6 veces) de la correspondiente a un promedio de Japón y seis países de Europa Occidental.

Probablemente desde fuera de la región se aprecia con más perspectiva este rasgo singular del capitalismo latinoamericano. Como ocurre con la observación de Alain Touraine en el sentido de que

la principal característica de Iberoamérica es la de constituir el continente de las mayores desigualdades sociales. Mientras en Japón o en la República de Corea la renta del 20% de los más ricos no llega a ser cinco veces superior a la del 20% de los más pobres, en Brasil la sobrepasa en más de treinta veces.

En México, se estima que en la actualidad el decil más alto percibe aproximadamente 36% del total de ingreso disponible, mientras el decil más bajo de familias percibiría menos del 0.7%. Proporciones similares se reproducen en muchas otras situaciones latinoamericanas, con la excepción de Cuba (donde la participación del decil inferior pasó de 0.6% en 1953 a 5.1% en 1978, mientras la del decil superior se reducía de 39.8 a 21.1% entre iguales años).

Se justifica así la afirmación hecha por la División de Desarrollo Social de la CEPAL, en el sentido de que

las tendencias concentradoras y excluyentes del proceso económico han dado lugar en algunos países a una tan profunda desigualdad entre grupos sociales que la misma se manifiesta no sólo en el consumo (coexistencia del consumo privilegiado con el infraconsumo) sino en todas las dimensiones de la vida dando la impresión de constituir dos mundos diferentes y superpuestos.

Apreciación similar a aquella que, con relación a Chile —donde las proporciones del ingreso personal percibidas en Santiago por los deciles extremos en 1989 fueron de 1.2 y 41.6%— advierte que “la idea de que ésta es una nación escindida entre ‘los de arriba’ y ‘los de abajo’, entre ‘los que cuentan’ y ‘los marginales’, entre la ‘sociedad de mercado’ y ‘los pobres’, sigue presente con sospechosa vitalidad”.

CRISIS Y POLÍTICA ECONÓMICA

4. La trayectoria histórica de largo plazo enseña que el tiempo, el crecimiento económico y la “modernización” no tienden automáticamente ni a resolver la pobreza ni a atenuar la desigualdad; incluso puede contribuir a agudizarlas, en los términos en que se han dado en la experiencia latinoamericana.

América Latina ha conocido fases de expansión económica relativamente rápida, de cambios importantes en la distribución urbano-rural de sus poblaciones y en las estructuras sectoriales de la economía, la incorporación de progreso técnico y la articulación exterior. En el curso de ellas, sin embargo, no logró afirmar una dinámica de crecimiento autónomo ni resolver los problemas de la condición esencial de vida de grandes contingentes de las poblaciones nacionales.

Diagnósticos surgidos desde organismos internacionales han dado cuenta elocuente de ese proceso. Así, por ejemplo, ya a fines de los años setenta se señalaba que

las décadas del 60 y 70 registraron índices de crecimiento del producto bruto per cápita en mucha partes de América Latina sustantiva y rápidamente incrementados en relación a periodos anteriores. Sin embargo, algunas de sus características [...] determinaron que este crecimiento no fuera capaz de disminuir las desigualdades económicas y sociales. En algunos casos el dinamismo económico trajo aparejada una creciente desigualdad [...] los modelos tradicionales de crecimiento no pudieron disminuir la pobreza extrema, y el contingente de sectores que no acceden a la satisfacción de sus necesidades mínimas ha crecido en términos absolutos.

La apreciación regional se reitera respecto de cada país o grupos de países. La crisis social y política de Centroamérica fue precedida por casi treinta años de crecimiento económico acelerado. Ecuador es uno de los países que ha registrado los mayores crecimientos y cambios económicos en las décadas de posguerra, sin que ellos se expresaran correspondientemente en la transformación social. Torres-Rivas llamó la atención acerca de cómo en Guatemala

el crecimiento económico produjo mayores factores de desigualdad social. La sociedad guatemalteca fue adaptándose por pedazos a la modernización relativa de su estructura productiva. La prosperidad y las desigualdades convivieron para subrayar así el carácter contradictorio del crecimiento económico.

México entre 1940 y 1980 exhibió una tasa de crecimiento anual del producto interno superior en promedio al 6%, es decir, próxima al 3% anual por habitante. Sólo en algunos casos, como es el de Argentina, el debilitamiento del crecimiento global venía manifestándose desde largo tiempo, contribuyendo a procesos de empobrecimiento que se los consideraba superados a los niveles de desarrollo relativo que habían alcanzado con anterioridad.

De modo general, no cabe duda de que hay suficiente evidencia estadística en respaldo de aquella caracterización que se hizo del patrón de crecimiento económico de América Latina como “concentrador y excluyente”. De hecho, las economías latinoamericanas se han desenvuelto en una suerte de “dinámica de desigualdad”, en la que las potencialidades de dinamismo tendían progresivamente a reducirse o a hacerse cada vez más dependientes de la demanda externa, incubando paulatinamente las condiciones de una crisis —en su esencia, una crisis de desigualdad— cuya proximidad era ya ostensible hacia fines de los años sesenta.

La respuesta se buscó entonces en el diseño de unas políticas compensatorias que, principalmente por la vía de los servicios sociales públicos, actuaran sobre la condición de vida de los estratos sociales a los que no alcanzaban los frutos espontáneos del crecimiento. La experiencia demostró, sin embargo, que tales políticas, en ausencia de otras de mayor alcance, tenían un horizonte de eficacia relativamente muy limitada.

5. La manifestación abierta de la crisis desde comienzos de la década de los ochenta, motivó que no sólo los factores reales de incidencia tradicional siguieran afectando negativamente las condiciones de pobreza y desigualdad, sino que agregó consecuencias en igual sentido de las propias políticas económicas puestas en práctica para encarar la crisis. Así, en el curso de esa década los problemas de la pobreza y la desigualdad se agravaron extraordinariamente; esta vez no se trata sólo de las dificultades para atenuar la pobreza prevaleciente, sino de un proceso activo de rápido empobrecimiento, que ha afectado a variados estratos y modificado a veces significativamente las estructuras sociales, como resultado en parte de la propia política económica.

La magnitud de los retrocesos ocurridos desde 1980, tanto en los indicadores globales como en la distribución de ellos según estratos sociales, es bien conocida y sigue proyectándose a la década de los noventa: las primeras estimaciones de la CEPAL para 1990 anticipan una caída del producto interno bruto de 3%, reconocen una dramática pérdida del poder adquisitivo de la población y advierten sobre la posibilidad de "convulsiones sociales" como consecuencia de tales tendencias.

Entre tanto, los diagnósticos iniciales sobre la naturaleza esencial de la crisis, que circunscribieron sus causas a factores de orden externo, han demostrado ser por lo menos incompletos, aunque sigan, siendo la base de sustentación de las políticas "de ajuste" que se mantienen en práctica. Como resultado de ellas, no sólo no se ha recuperado una dinámica de crecimiento, sino que se han fortalecido tendencias recesivas, con severas consecuencias sobre los niveles de empleo y los salarios reales, han reducido el gasto público en servicios sociales y concentrado aún más el ingreso, acentuando las desigualdades y precipitando procesos todavía más generalizados de empobrecimiento. Desde los propios organismos internacionales se ha llegado a decir que "los intentos de ajuste recesivo han sido esencialmente inocuos" y que "los retrocesos sociales tienen la dimensión de un retorno al pasado que ningún indicador puede reflejar".

Se habla de "un retroceso de 25 años en el proceso de absorción productiva de la fuerza de trabajo", al dar cuenta del aumento de las

tasas de desempleo abierto y subempleo y el refugio creciente de la población en edad activa en variadas formas de empleo informal.

Un descenso dramático de los salarios reales es característica generalizada. En Brasil, por ejemplo, el valor real del salario mínimo, medido en cruzeiros de marzo de 1986, desciende desde un máximo de 849 en 1980 a 584 en 1987, con una modesta recuperación —a menos de 620— en 1988. En Chile, se calcula que durante el periodo de la dictadura los trabajadores perdieron por reducción de los puestos de trabajo y por descensos de los salarios reales un monto equivalente a casi cuatro veces la deuda externa del país. En Ecuador, la participación de los salarios en el producto, que era de 31.9% en 1980, bajó a 21% en 1986; y el salario mínimo, con base 100 en el primero de esos años, bajó a 61.8 en el último.

En México, el salario mínimo acumula una pérdida a lo largo de los últimos 14 años equivalente a 62% de su valor real inicial, mientras el “salario indirecto” —inversiones en educación, protección social y médica— cayó 40% entre 1982 y 1990; entre 1980 y 1988, la participación de los ingresos del trabajo en el total del producto interno se redujo de 36.2 a 24.8%, y las proporciones respectivas respecto del ingreso nacional fueron de 43.3 y 31%. En Perú, la participación porcentual de las remuneraciones en el ingreso nacional, registrada desde 1950, llegó a marcar su máximo en 1972, con algo más de 51%, para exhibir luego oscilaciones en torno a una tendencia decreciente hasta un mínimo de menos de 32% en 1985 y 34% en 1987. En Uruguay, entre 1968 y 1981, es decir, aun en periodo de precrisis, “el salario promedio descendió un tercio y, en los tres años siguientes, la caída se situó en 28% sobre el nivel de 1981 [...] a partir de 1984, la recuperación parcial permitió el ascenso de la participación salarial que puede estimarse en algo más de 31% para el año 1987”.

Los cambios de signo regresivo en la estructura del empleo y en las cuotas de acceso a la distribución del ingreso han motivado a su vez fuertes modificaciones en la posición de los distintos estratos sociales. Algunos grupos han sido abiertamente beneficiados por la crisis y las políticas de ajuste; en los estratos medios, los más perjudicados han sido los asalariados; los obreros urbanos han sido los más afectados, por la disminución del empleo y el deterioro del poder adquisi-

sitivo de los salarios; otras capas pobres de población urbana —“informales”, marginales, desocupados— han aumentado enormemente y acentuado procesos de empobrecimiento; sectores de agricultores, incluso pequeños, se han beneficiado de los cambios en los precios relativos, pero la mayoría de los trabajadores rurales han experimentado fuertes retrocesos, han perdido la tierra y su propia estabilidad en el campo como asalariados.

REGRESIVIDAD DISTRIBUTIVA ESTRUCTURAL

6. Las tendencias regresivas en la distribución del ingreso se han extendido también al ámbito de la distribución de la riqueza, principalmente de la propiedad de los medios de producción. En particular, la supuesta “libertad de mercado” y las políticas de “privatización” han contribuido a acelerar los procesos de concentración y centralización del capital, así como “extranjerización” de las economías nacionales, a la vez que han debilitado la posición de los productores medianos y pequeños.

Se afirma, por ejemplo, que “en la mayor parte de los países se ha producido, ya sea por la importancia que adquieren bancos y financieras o por la conformación de conglomerados, una importante acumulación de capital en pocas manos. Esto implica un fuerte grado de control por tales grupos, puesto que el capital financiero es en esencia capital de crédito”.

Por su parte, las operaciones de “conversión” de deuda en inversión extranjera directa se han constituido en mecanismo principal de extranjerización de actividades económicas clave, tanto en la esfera directamente productiva como en la financiera, con la característica adicional de que en la mayor parte de los casos no se las vincula a la instalación de nuevas empresas, sino a la simple transferencia de propiedad de empresas ya existentes. No se dispone de un recuento sistemático de la dimensión que han llegado a tener estos procesos, indispensable sin embargo para apreciar el grado de dominio que han llegado a tener las transnacionales y lo que ello puede representar en

el futuro próximo como incidencia de las remesas de ganancias en el conjunto de la balanza de pagos.

El mismo balance corresponde hacer respecto de las operaciones de “privatización” de empresas y servicios públicos, motivadas por supuestas razones de eficiencia o como medio (muy transitorio en todo caso) de resolver problemas de financiamiento estatal.

En países donde se habían dado con anterioridad cambios significativos en las situaciones de propiedad, al llevarse a cabo reformas agrarias y la promoción de formas cooperativas o sociales de propiedad en actividades urbanas se revirtió completamente el sentido de tales cambios.

A su vez, la “apertura externa” y las condiciones de mayor “competitividad” que han involucrado las políticas de ajuste, significaron en muchos casos el cierre de empresas pequeñas y medianas, ante la expansión de las unidades mayores y de los abastecimientos importados.

El destino que se viene dando a recursos provenientes de la explotación de recursos naturales, aunque no se la asocie directamente a cambios en la propiedad de ellos, tiene en algunos casos efectos similares a los de la concentración de la propiedad, en tanto termina por beneficiar exclusivamente a los estratos sociales privilegiados. Es claro, por ejemplo, que el conjunto de la sociedad chilena recibía indirectamente muchos más beneficios de la exportación de cobre hace veinte años que los que recibe hoy día: como fuente de ingresos fiscales, se aplica hoy día mucho menos al financiamiento de servicios sociales; y como fuente de divisas, se emplea ahora en financiar importaciones mucho menos relacionadas con las demandas básicas de la mayoría. Es decir, hay también un fenómeno de apropiación de recursos naturales; reflejado igualmente en el hecho de que esa población se beneficiaba mucho más de una superficie agrícola que producía alimentos para las necesidades internas, que de las que ahora se dedican a satisfacer demandas externas.

7. La crisis no sólo ha agravado al extremo las manifestaciones económicas de la pobreza; la ha constituido de hecho en un fenómeno mucho más amplio y complejo que se proyecta sobre el conjunto de la vida social, a partir de diferencias crecientes entre “el mundo de los pobres” y “el mundo de los ricos”. El propio fenómeno de la violencia forma parte de esas manifestaciones no económicas, en su doble condición de resultado y de causa de la desigualdad y la pobreza.

Con razón se ha dicho que “la pobreza material presenta no sólo características sociales sino culturales y psicológicas que frustran a los individuos, que supone situaciones de alienación, encono y rebeldía”; que ha llegado a “socavar los cimientos de la integración social”. Con dificultades enormes y crecientes para transformar la exclusión en integración, pues

no existe un cuadro político común entre privilegiados y excluidos, lo que a su vez implica la no existencia de canales institucionales a través de los cuales el conflicto pueda expresarse [...] pueden existir largos periodos en que el conflicto no adquiere visibilidad, puesto que no se trata de una negociación cotidiana de intereses. Pero cuando el conflicto surge, se transforma en crisis. De ahí se desprende que para los grupos privilegiados el recurso a la coerción es casi inevitable, del mismo modo en que también es inevitable —por parte de los excluidos— el recurso a la violencia.

Es el cuadro en que se alcanzan los elevadísimos índices de delincuencia que vienen caracterizando la vida urbana de América Latina. Pero como lo advierte el sacerdote brasileño Leonardo Boff, también es la violencia

la verdadera causa, muchas veces escondida, de la existencia de los pobres como fenómeno colectivo [...] Nuestras sociedades se caracterizan por la expropiación violenta de la plusvalía del trabajo. Las clases pudientes perpetuaron la idea de que todo les está permitido [...] No hay que confundir la violencia de los pobres con la violencia de los ricos, la causa principal de la violencia de los pobres no está en ellos, sino en las condiciones históricasociales en las cuales son obligados a sobrevivir. La violencia de los ricos es la violencia primera.

El desafío de la pobreza termina por constituirse así en el obstáculo principal a superar como condición para la aspiración de democracia. Como bien se ha dicho, “la economía aparece cada vez más como un límite a la opción democrática”.

8. La crisis no puede constituirse en excusa para postergar la superación de la pobreza ni justifica la secuencia de los objetivos aparentes de las políticas en práctica: “primero crecer y luego resolver la pobreza”. Lo que sí es preciso reconocer es que los hechos objetivos de la crisis y algunos de los contenidos de las políticas en práctica vienen acumulando secuelas que hacen más difícil el enfrentamiento a la pobreza y definen bajo nuevos términos las relaciones entre crecimiento y distribución —entre concentración del ingreso y dinámica económica— y entre la propia pobreza y la superación de la crisis. Aquellas secuelas se manifiestan también en un considerable debilitamiento de la capacidad institucional para encarar los desafíos acrecentados de la pobreza. La propia pobreza ha generado, además, unas relaciones de circularidad que tienden a mantenerla y profundizarla.

A pesar de los retrocesos, sigue siendo ostensible el contraste entre necesidades básicas insatisfechas y disponibilidad de recursos y potencialidades productivas suficientes para satisfacerlas. Ese es claramente el caso de la desnutrición y el hambre en coexistencia con abundancia de alimentos o de posibilidad de producirlos, a nivel latinoamericano tanto como a nivel mundial, incluidas las áreas del más profundo subdesarrollo: un 2% de las cosechas mundiales de granos —ha calculado un economista del Banco Mundial— proporcionaría alimentos suficientes para más de los mil millones de subalimentados. Los problemas mayores son de capacidad de acceso y de uso de los recursos, como ocurre con los criterios de “rentabilidad” que desplazan la dedicación de tierras desde producciones para la población propia a cultivos de exportación.

La concentración del ingreso dejó de ser en América Latina un incentivo para la diversificación y la expansión productiva, como pudo serlo en fases anteriores de su desenvolvimiento, sustentadas en las demandas de las minorías de alto ingreso. Por lo mismo, la supera-

ción de la crisis tiene que comenzar por reconocer una relación positiva, y no a la inversa, entre crecimiento y distribución; hay que buscarla resolviendo la pobreza y no entendiéndola como precondición para encararla.

Entre tanto, la dinámica de desigualdad imperante y el diseño predominante de las políticas en práctica acrecientan progresivamente los obstáculos. El imperio del “mercado”, en los términos en que se da en la economía contemporánea, es por sí mismo una fuente de aumento y reproducción de la desigualdad; tanto en las relaciones de la nación subdesarrollada con su “marco externo” como en las diferenciaciones internas de clases y capas sociales, lo cual contrasta completamente con la noción en boga del mercado como la gran panacea frente a la crisis.

Mientras tanto, el principio de “subsidiariedad” del Estado invocado en su nombre ha llevado a deshacer estructuras, recursos y experiencias institucionales, privando a la sociedad de instrumentos tal vez imprescindibles en otra jerarquización de objetivos.

La reversión de los procesos de empobrecimiento supone también, desde otro ángulo, tareas de dimensión superior a las de los fenómenos objetivos que lo ocasionaron. Las formas y los lugares de abastecimiento de las familias más pobres —compras fraccionadas, en comercios que no pueden aprovechar las operaciones de gran escala— impuestos por su propia condición de pobreza, encarecen aún más los productos y reducen consiguientemente sus presupuestos familiares. La carencia de ingresos inmediatos ha obligado frecuentemente a las familias más empobrecidas a vender parte de su equipamiento domiciliario adquirido con anterioridad —cocinas o estufas, electrodomésticos— alejando aún más la posibilidad de recuperar niveles anteriores de vida.

Como bien se ha hecho notar, “la insatisfacción de las necesidades básicas puede en sí misma ser causa fundamental de la incapacidad de los pobres para incrementar sus ingresos. Es difícil que una población desnutrida, enferma y con escasa educación pueda elevar rápidamente su productividad o utilizar correctamente los activos que se le pudiera transferir”.

Hay también distorsiones significativas en los hábitos de consumo, que llevan a que la satisfacción de las necesidades básicas no

siempre dependa sólo de que estén disponibles los bienes y servicios necesarios y que los usuarios tengan la capacidad de acceso a ellos —el ingreso—, sino que haya también su disposición a jerarquizar en función de esas necesidades básicas la distribución de sus escasos presupuestos. Cuestión que tiene poco que ver con la afirmación frecuente de que la pobreza es resultado de hábitos equivocados: lo que ocurre más bien “es que los patrones o hábitos de consumo distorsionados que muchas veces se observan entre los pobres son el resultado de la pobreza misma; son la consecuencia de la privación económica, social y moral en que viven las familias pobres”.

RESPUESTAS POPULARES DEFENSIVAS, ESTRATEGIA INFLEXIBLE

9. Se acepta hoy día de modo bastante generalizado que la crisis ha clausurado un patrón de desarrollo que caracterizó una larga fase de la historia latinoamericana, y que bajo las nuevas circunstancias no es prorrogable hacia el futuro. De modo explícito y con más frecuencia implícitamente, se bosquejan nuevas respuestas, que involucran directa o indirectamente redefiniciones sustantivas de las estrategias de desarrollo y de las políticas correspondientes, con significados distintos e incluso contrapuestos respecto de los procesos de pobreza y desigualdad. El signo de los cambios correspondientes es, en efecto, muy variado, en correspondencia con los respectivos intereses de clase.

En el cuadro actual de América Latina, las opciones se expresan de modo muy diverso: como políticas ya en práctica, formalizadas o no en términos de una estrategia global; como propuestas de modificación o corrección de aquéllas, promovidas o puestas en práctica por gobiernos, entidades políticas o técnicas; como programas políticos de fuerzas sociales opositoras que aspiran al poder; o como conductas de hecho de determinadas capas sociales, al margen del gobierno y del aparato estatal. Por lo mismo, su grado de elaboración y la gravitación que han adquirido es también muy variado.

Para los efectos de la caracterización y análisis de tales propuestas, y sobre todo para apreciar su viabilidad económica y su viabilidad política, se puede atender a un conjunto de elementos de diferenciación estratégica, en cada uno de los cuales se identifican opciones más o menos definidas.

Un primer rasgo de diferenciación fundamental se refiere a las prioridades en los destinos del flujo productivo; en particular, qué grado de orientación exportadora o de orientación hacia los mercados internos; y en este último caso, cómo se jerarquizan las demandas de distintas capas de la sociedad, son las intencionalidades que con frecuencia quedan involucradas en la noción de “reconversión —o transformación— productiva”.

La definición anterior se proyecta también directamente a un segundo plano de opciones, referido a las relaciones económicas externas. De un lado, se propone una estrategia esencialmente “aperturista”, de integración plena en la economía capitalista mundial en los términos a que en definitiva conduzcan “las fuerzas del mercado”, y de otro, a una estrategia de “selectividad”, de búsqueda activa de determinados términos de “inserción” y de preservación de algún grado de autonomía del desarrollo nacional. En uno y otro caso, se plantean también distintas propuestas para encarar el problema de la deuda externa, reconociendo que en sus términos actuales representa un obstáculo tal vez insalvable para la eficacia de cualquier estrategia de desarrollo.

En un plano siguiente y muy vinculado con los anteriores se sitúan las opciones que tienen que ver con las relaciones entre crecimiento y distribución, es decir, lo que más directamente incide sobre la pobreza. En lo esencial, se identifican tres alternativas: una, de relativa “neutralidad” de la estrategia global respecto de la distribución, entendida ésta como resultado espontáneo y necesario del mercado; una segunda, que propicia acciones específicas para compensar a los estratos sociales perjudicados por ese funcionamiento “espontáneo” del mercado, asociada a la idea de “desarrollo con equidad”; y una tercera, que asume el propósito de colocar un proceso de redistribución progresiva del ingreso como eje de una estrategia global que se articula a partir de ese objetivo básico y en torno a él.

Las formas de absorción y aplicación del progreso técnico definen otro elemento estratégico importante. De un lado, se propicia un es-

fuerzo intenso de “modernización” que sustente la competitividad externa, lo que lleva a concentrar el progreso técnico en áreas determinadas de la economía, por lo general ya más “tecnificadas”. La alternativa, en cambio, tiende a privilegiar el avance técnico de los estratos relativamente más rezagados, vinculados en general al mercado interno de bienes de consumo básico, y con el objetivo adicional de procurar una reducción de las “heterogeneidades estructurales”, fuente a su vez de desigualdad y de pobreza.

Finalmente, se identifican opciones estratégicas respecto de la ponderación y funcionamiento de los distintos “agentes económicos”. La responsabilidad estatal y la “privatización”, el tratamiento a la inversión extranjera, el papel de las grandes y las pequeñas empresas, las concepciones sobre la “economía informal”, la difusión de la propiedad de los medios de producción y las áreas e intensidad de participación de los trabajadores, constituyen contenidos concretos que diferencian aquellas opciones.

Cualquier estrategia global de desarrollo involucra, explícita o implícitamente, decisiones en cada uno de los ámbitos señalados. Se trata, además, de un conjunto de elementos que no se pueden combinar de cualquier manera: es preciso reconocer interrelaciones a veces muy estrechas, de las que depende también la coherencia interna de las estrategias que se propongan.

10. Ante la prolongación de la crisis y la ausencia de políticas eficaces, el “mundo de los pobres” ha debido buscar y poner en práctica una estrategia propia, cuya significación esencial se resume en la denominación de “estrategias de sobrevivencia”. Se trata de acciones de naturaleza primordialmente defensiva y sustitutiva de la acción de los poderes formales, que por lo mismo no podrían —ni deberían— conformar una estrategia nacional duradera; aunque estas conductas hayan inscrito entretanto experiencias extraordinariamente valiosas y susceptibles de enriquecer nuevos proyectos populares de nivel nacional.

Una forma de acción defensiva bastante generalizada ha sido procurar la compensación del deterioro de los salarios reales con la incor-

poración a cualquier forma de trabajo de otros miembros del grupo familiar. Se ha dicho, por ejemplo, respecto de México, que “los pobres han podido sobrevivir porque se han incorporado en números crecientes a la fuerza de trabajo [...] la llamada economía informal ha funcionado como una válvula de escape [...] una estrategia de sobrevivencia familiar; una sobrevivencia, sin embargo, que está en los límites de los mínimos de subsistencia”.

En algunos casos, la iniciativa de los pobres ha llegado a extenderse a una variedad impresionante de modalidades, conformando un amplio rango de lo que se ha llamado “organizaciones económicas populares”, caracterizadas como

un grupo de personas, correspondientes a un número variable de familias residentes en áreas cercanas y vecinas que, en razón de los problemas y necesidades compartidos, deciden poner en común algunos recursos mínimos monetarios y/o materiales (cuotas, aportes en dinero, algunos instrumentos o herramientas de trabajo, esfuerzos e iniciativas personales, víveres y materias primas, etcétera), pero básicamente su propia capacidad de trabajo, esfuerzos e iniciativas personales, para resolver en conjunto (manufacturando, cocinando, comprando, etcétera) alguna o algunas necesidades insatisfechas.

En Chile se ha dado, durante los años de la dictadura, la experiencia tal vez más amplia en este sentido. Sólo en Santiago llegaron a registrarse alrededor de 1 400 organizaciones de esta naturaleza, con unos 200 000 beneficiarios directos organizados. Incluyen actividades de tipo productivo: *talleres laborales* nacidos de sindicatos territoriales de cesantes, *talleres laborales por ramas* de actividad económica, *amasanderías** populares. Por su parte, los grupos más numerosos y empobrecidos promovieron principalmente organizaciones para el consumo: los comedores infantiles, que luego se transformaron en comedores populares, en los que se garantiza a través del consumo colectivo el mínimo de alimentación necesaria para sobrevivir o evitar la desnutrición; las ollas comunes, que consisten básicamente en la preparación centralizada de una ración alimenticia

* Pequeñas panificadoras. [N. del coord.]

diaria que se distribuye a todas las familias de un sector poblacional que lo requieran y se inscriban; los comités de abastecimiento, para canalizar la raciones alimenticias ofrecidas por instituciones solidarias; los “comprando juntos”, para adquirir bienes en cantidades mayores a fin de obtener mejores precios; las bodegas populares de alimentos, constituidas por diversas organizaciones sociales que forman un fondo común; los huertos familiares y minigranjas, para aprovechar terrenos de las propias poblaciones en hortalizas y crianzas para autoconsumo; los grupos de autoayuda. Finalmente, estas iniciativas se proyectan también a organizaciones de servicios: grupos poblaciones de salud, de deudores habitacionales, de servicios de luz y agua, comités de los sin casa de allegados, así como organizaciones con carácter de autoayuda: grupos de autoconstrucción, de ahorro o precooperativos, comités de damnificados, comités de adelanto.

Se trata, en síntesis, de “una lógica de acción que sobrepasa la pura sobrevivencia económica para abarcar la sobrevivencia moral y social en una situación marcada por el desempleo y el bloqueo de los mecanismos históricos de participación [...] no obstante, se sostiene en una lógica de enfrentar la crisis más que en una de proyecto de cambios”.

11. Fracciones importantes de los intereses dominantes han venido propiciando y poniendo en práctica una estrategia de concentración de recursos en áreas determinadas del sistema económico, impulsando en ellas una modernización orientada principalmente hacia las exportaciones, en un marco de amplia apertura externa, de vigencia “sin interferencias” del mercado, y de privatización de empresas y servicios públicos bajo el principio de “subsidiariedad” del Estado. Independientemente de los éxitos parciales y temporales que puedan exhibir, sus consecuencias económicas y sociales configuran una estrategia de abierta segregación, que conlleva la agudización de las heterogeneidades estructurales y una acentuación extrema de la desigualdad y la pobreza.

Es la propuesta prioritaria de los intereses dominantes; y por lo mismo, la más próxima a las políticas actualmente en práctica. En parte, su justificación aparente descansa en la noción del “chorreo”, es de-

cir, del crecimiento global como única fuente potencial de mejoramiento generalizado en la condición de vida; expectativa que no sólo contrasta con la evidencia de la experiencia histórica, sino que queda aún más limitada por pronósticos relativamente muy adversos respecto del futuro próximo: el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, por ejemplo, en los análisis prospectivos que establece en su “Informe sobre el desarrollo humano”, propone dos escenarios de evolución económica entre los años 1990 y 2000: uno “optimista”, que supone un crecimiento anual del producto por habitante de apenas 1.3%, y otro según el cual continuaría “el pobre desempeño de la mayoría de las economías de la región” y el PIB por habitante permanecería estancado; de ahí que concluya que “en los dos escenarios las cifras absolutas de pobreza son considerables y difícilmente podrán disminuir de no mediar una estrategia específica contra la pobreza”.

En igual sentido, diversos análisis nacionales incluyen cálculos hipotéticos sobre los tiempos que requeriría resolver la pobreza, incluso a partir de tasas relativamente altas y sostenidas de crecimiento global, si no se modifican los términos actuales de la distribución del ingreso, con resultados extraordinariamente negativos. Respecto de Chile, por ejemplo, se ha calculado que

con tasas de expansión del PGB* levemente inferiores al 7%, se necesitarían alrededor de 20 años para reducir tan sólo el sector indigencia al 5%. Si se consideran tasas más realistas de 2 o 3% de crecimiento per cápita, dicha disminución tomaría de 30 a 50 años. El tiempo necesario para reducir el tamaño del sector de pobreza total a poco menos de la mitad de su magnitud actual sería de 26 años si se supone una tasa de aumento del ingreso per cápita de 3 por ciento.

Otra línea de justificación de esta estrategia pasa por una suerte de “idealización” de la economía informal, suponiéndole atributos —de creatividad personal, de libertad, de independencia— que justificarían promover la expansión y su coexistencia permanente con un estrato “formal” fuertemente tecnificado. El prólogo de Mario Vargas Llosa al conocido libro de Hernando de Soto sobre la economía informal en el Perú es la expresión más elocuente de esa idealización.

* Producto geográfico bruto (producto interno bruto). [N. del coord.]

Como quiera que sea, no cabe duda de que se trata de una estrategia que apunta “hacia una dualización permanente de la sociedad más que a su real integración”. Los nuevos lazos que se perciben en ocasiones entre estratos “modernos” (grandes empresas, incluso transnacionales) y el sector informal —por ejemplo, con formas de producción a destajo, incluso trabajo domiciliario, y de comercialización mediante vendedores ambulantes— no parecen suficientemente fuertes y extendidos como para modificar sustantivamente esa tendencia a la “dualización”.

VIABILIDAD EXTERNA DÉBIL, AJUSTES INTERNOS SUPERFICIALES

12. La viabilidad económica a mediano y largo plazo de una estrategia de modernización exportadora y segregación social, depende decisivamente de las posibilidades de mercados externos para absorber una corriente creciente de exportaciones desde los países subdesarrollados. Respecto de su viabilidad política, ella supone regímenes de fuerza capaces de imponer la segregación económica y social y reprimir las demandas de las capas sociales segregadas.

En las condiciones de la economía mundial contemporánea, constituir a las exportaciones en la principal expectativa redinamizadora para superar la crisis y, sobre todo, en el eje de una estrategia de largo plazo, resulta ser cuando menos una apuesta de muy dudosas posibilidades.

Es bien sabido que la revolución científico-técnica en marcha —particularmente en los campos de la microelectrónica y su proyección en la automatización de los procesos productivos, y de la biotecnología e ingeniería genética— tienen entre otras la consecuencia de debilitar las dos fuentes de “ventajas comparativas” del mundo subdesarrollado: su disponibilidad de “mano de obra abundante y barata” y su dotación relativamente favorecida de recursos naturales, afectando así el horizonte exportador tanto de productos básicos como de manufacturas.

De otra parte, los mercados de las sociedades desarrolladas para exportaciones "no tradicionales" como frutas, flores y otras similares son relativamente limitadas y rápidamente tienden a competir en ellos diversos productores, que con frecuencia tienen que incurrir además en fuertes inversiones de infraestructura para sustentar tales exportaciones.

La propia evidencia estadística confirma estas tendencias, con una marginación relativamente creciente de América Latina en las corrientes del comercio mundial. Entre tanto, más que cumplir una función dinamizadora, los esfuerzos de exportación resultan apenas suficientes para prolongar la capacidad de pago de la deuda externa.

La viabilidad económica de esta estrategia queda pues condicionada al sostenimiento de un orden político capaz de imponer las condiciones de segregación, superexplotación y prolongación indefinida de la pobreza que le son inherentes. Y desde este ángulo, no se puede confiar en que la hora de los regímenes represivos haya pasado sin retorno posible en América Latina; ni dejar de advertir que no puede extenderse mucho más la disociación tan flagrante hoy día, en situaciones nacionales latinoamericanas entre la aspiración política de democracia y la vigencia de unas políticas económicas que no podrían de ninguna manera sustentarla.

13. Como estrategia alternativa, sin exceder los límites del sistema económico-social imperante, ha ganado considerable terreno la propuesta que se simboliza en la expresión “desarrollo —o transformación— productiva con equidad”, sustentada tanto por organismos internacionales como por expresiones nacionales políticas y sociales. Su fundamento central radica en la posibilidad de combinar un crecimiento económico basado esencialmente en la apertura externa y la vigencia del mercado, que privilegia la modernización en las áreas de bienes “transables”,* con acciones complementarias encaminadas a compensar sus efectos en las capas sociales desfavorecidas, mediante programas específicos de “solidaridad con la pobreza”. Identifica así el desarrollo con “transformaciones productivas” en la dirección señalada, y la equidad con acciones de responsabilidad principalmente estatal y de naturaleza predominantemente “asistencial”.

Como en todas las caracterizaciones de que se viene dando cuenta se trata de una descripción muy general, en cuyo interior no dejan de reconocerse diferenciaciones significativas; a veces incluso desde la misma fuente institucional, como es el caso de la CEPAL, al exhibir notorias diferencias en documentos recientes emanados de ella o de funcionarios representativos de la misma. En efecto, en el interior de esta concepción estratégica se suelen jerarquizar y ponderar de distintos modos diferentes grupos de políticas, desde las que en lo esencial se circunscriben a la “compensación” de la pobreza por la vía de los servicios sociales y las subvenciones públicas a consumos básicos, hasta las que proponen conjuntos de medidas para ayudar a los pobres a superar por sí mismos sus situaciones de pobreza: servicios técnicos, financieros y de comercialización, programas de capacitación para “microempresarios” o “trabajadores por cuenta propia”, apoyo a organizaciones de ayuda mutua y otras similares.

Con frecuencia, estas proposiciones se apoyan en cálculos que supestandamente demuestran que una asignación bastante modesta de los recursos nacionales disponibles sería suficiente para una acción eficaz de erradicación de la pobreza. De ahí que tienda a traducirse en

* Comercializables. [N. del coord.]

la propuesta de constituir con ese propósito unos “fondos de solidaridad”, a partir a veces de reformas tributarias relativamente limitadas o la simple reasignación de cuotas del gasto público.

El propio respaldo político a que convoca, invocando el mismo concepto de “solidaridad social”, limita necesariamente los alcances de su sentido transformador. En particular, se soslayan las cuestiones relativas a la propiedad de los medios de producción, así como los términos del reparto básico del ingreso entre la remuneración del trabajo y las ganancias del capital.

14. La viabilidad política de una estrategia, en última instancia, de “capitalismo subdesarrollado con equidad”, descansa en la posibilidad de estructurar en torno a ella una amplia alianza social, que en las expresiones latinoamericanas recientes ha asumido la forma de compromisos de “concertación”, en los que se ha buscado además combinar propósitos económicos con objetivos políticos generales, vinculados principalmente a expectativas de “democratización”. La viabilidad económica, por su parte, sigue siendo altamente dudosa, en tanto depende, además del horizonte exportador, de la capacidad de neutralizar mediante acciones complementarias las tendencias a la reproducción de la desigualdad que en las condiciones actuales son inherentes a las fuerzas del mercado, así como de la eficacia redistributiva que puedan tener los servicios sociales públicos.

El concepto de “concertación” y la puesta en práctica de fórmulas políticas que la expresen han venido cobrando extendida actualidad en América Latina; en verdad, acumulando distintos tipos de motivaciones. Su origen en varios países de la región ha estado vinculado principalmente al propósito de reunir una amplia fuerza social, para sustituir regímenes dictatoriales por procesos de “reconstrucción” democrática, y dar a éstos el sustento necesario, ámbito en el que han podido registrar sus mayores éxitos. En otros casos, es el llamado a poner término a largas fases de conflictos y luchas, que han desgastado severamente al conjunto de la sociedad. Y en unos y otros, proyectándose además al conjunto de los países de la región, ha contribuido la difusión de la idea de que la crisis, tal como se la per-

cibe desde inicios de los ochenta, sólo podrá superarse merced a grandes esfuerzos y sacrificios, que deben ser repartidos entre las distintas clases y estratos sociales. Se ha extendido así desde finalidades esencialmente políticas a compromisos de orden económico, bajo la forma de "pactos" a cuya suscripción se convoca a empresarios y trabajadores para que, con la mediación del gobierno, armonicen demandas y aspiraciones y acepten las renunciaciones o postergaciones necesarias para conciliar los respectivos intereses.

Es precisamente esta extensión desde el plano político al económico lo que lleva a la concertación los elementos mayores de fragilidad e insuficiencia. En parte, porque su base de referencia objetiva es por lo general la situación inmediata, la del presente, lo cual implica la convalidación de la mayor parte de lo hecho por los regímenes militares en unos casos y, en todos, la aceptación de las transformaciones regresivas ocurridas a lo largo de la crisis y la vigencia de las políticas de ajuste. Dicho de otro modo, es la aceptación como punto de partida de los mejores términos para el capital y los peores para los trabajadores.

De otra parte, las modalidades concretas que asume la concertación constituye en participantes efectivos de ella a los empresarios y a representaciones, supuestas o efectivas, de los trabajadores organizados del sector "formal" de la economía. El "mundo de los pobres", no obstante la enorme significación que ha llegado a tener, queda de hecho fuera de ese escenario, ausente o crítico de las representaciones políticas tradicionales y vinculado casi en su totalidad al "sector informal".

En lo que hace a su viabilidad económica, actúan en desfavor de esta estrategia todas las relaciones de reproducción y dinámica de la desigualdad que caracterizan al patrón esencial de desarrollo capitalista prevaleciente en América Latina; tanto más acentuadas cuanto más se favorece el predominio de las "fuerzas del mercado". Frente a ellas, las acciones específicas de combate a la pobreza pueden aliviar transitoriamente la situación de los pobres de hoy, pero volverán a serlo mañana o surgirán nuevos contingentes de pobres.

Sus mayores esperanzas quedan así depositadas en los efectos directos e indirectos de la expansión de los servicios sociales públicos. Pero también a este respecto la evolución reciente levanta serios in-

terrogantes respecto de su eficacia actual y potencial. Ya a comienzos de los años ochenta, el PREALC (OIT) advertía que

si la distribución generada por el mercado es por esencia competitiva y desigual, no es necesariamente cierto que la asignación de recursos por parte del Estado exhiba el signo contrario. Diversos estudios [...] han puesto de relieve que incluso allí donde los servicios públicos se proponen específicamente concentrar los beneficios en los pobres, con frecuencia terminan favoreciendo, al menos en igual medida, a los grupos ricos y de medianos ingresos, exacerbando a veces las desigualdades ya existentes y, en ocasiones, dando origen a otras nuevas. Se diría que hay una arraigada tendencia a que los beneficios escurran hacia arriba antes que hacia abajo en la escala social.

La advertencia tiene hoy día aún mayor relevancia. En efecto, en la última década en la mayoría de los países, el gasto en educación, por ejemplo, se redujo drásticamente, junto a los deterioros de la calidad de la enseñanza y del nivel de vida del magisterio; y su efecto redistributivo ha disminuido considerablemente en la educación básica y ha terminado por favorecer ampliamente a los sectores de más altos ingresos, más que a los medios, en el caso de la educación superior. Un proceso similar ha ocurrido con el gasto en salud, a la vez que probablemente ha aumentado aún más la regresividad del gasto en vivienda. Y respecto del conjunto del gasto social, dos investigaciones referidas a Chile, en dimensiones distintas pero coincidentes en la significación cualitativa del asunto, muestran resultados sorprendentes: según una, el 20% más pobre de la población habría sido destinataria del 22.7% de los desembolsos del gobierno, mientras el 20% más rico lo era del 26.4% del gasto total; según la otra, esas proporciones eran sólo 14.8% para el quintil inferior y de 30.2% para el quintil más alto.

REPRODUCCIÓN DE LA DESIGUALDAD Y LA POBREZA

15. Las consecuencias políticas de una estrategia de crecimiento y exclusión, de una parte, y de otra las frustraciones económicas a que parece conducir el intento de combinarla con acciones complementarias en favor de mayor equidad, configuran el desafío actual del diseño y puesta en práctica de otro proyecto social alternativo capaz de abrir caminos eficaces de superación de la crisis y de resolver los problemas de la pobreza en los marcos de un nuevo patrón de desarrollo económico y social. Bajo distintas denominaciones, la idea de un nuevo proyecto social —y de las estrategias y políticas consiguientes— viene siendo reconocida como exigencia del presente y el futuro de América Latina y adquiere creciente ponderación tanto en el debate intelectual como en las demandas políticas.

Es legítimo reconocer a este respecto la aportación de los últimos trabajos de Pedro Paz, dedicados a promover la idea de un nuevo “proyecto nacional”. Recordó que

cuando la democracia se abría paso dificultosamente frente a las dictaduras militares y a modelos económicos inspirados en la ideología neoliberal monetarista, en América Latina, a partir de 1982, la idea de Proyecto Nacional comenzó a recobrar vigencia [...] Esta situación también se manifiesta como una crisis de los paradigmas del desarrollo que prevalecieron en América Latina.

Anticipó cómo “la incapacidad de la concepción neoliberal monetarista para encontrar una salida a la crisis se tornará más evidente”. Sostuvo que “las nuevas concepciones deberán tener como ingredientes fundamentales las tareas de consolidar la democracia, las tareas de liberación y ruptura de la dependencia, las tareas de organizar y dar papel protagónico a los sectores populares”.

Habló sobre la necesidad, en los contenidos económicos del Proyecto, de recuperar viejos objetivos y agregar nuevos; identificó entre los primeros detener la inflación, crear oportunidades crecientes de empleo, redistribuir el ingreso, elevar la productividad de la agri-

cultura en beneficio de los productores directos y de los campesinos, defender los precios de las materias primas, modernizar y hacer eficaz la acción del Estado, ampliar en cantidad y calidad la cobertura de los servicios de educación, salud y vivienda, diversificar las exportaciones, avanzar en la industrialización orientándola hacia la satisfacción de las necesidades primordiales de la población; y entre los últimos, avanzar hacia la autosuficiencia alimentaria, proteger el medio ambiente, evitar la depredación de los recursos no renovables, absorber y adaptar los beneficios de la revolución científico-técnica contemporánea, sentar las bases para una nueva cultura nacional y regional, rearticular la base energética de la economía y la sociedad, crear nuevas formas de convivencia social, redefinir las relaciones económicas y políticas internacionales y luchar por un nuevo orden económico internacional. En ese marco de diagnóstico y de propósitos, esbozó lo que podría ser un conjunto de acciones estratégicas.

Por su parte, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, en su estudio más reciente, reconoce que “la superación de la pobreza no puede seguirse viendo como un programa o una tarea parcial a cargo de la política social, sino que debe concebirse como un objetivo central del desarrollo”; y al formular sus propuestas sobre “desarrollo sin pobreza” sostiene que “entre las oportunidades del individuo debe estar desde luego el acceso a los ingresos, pero no como un fin en sí mismo sino como medio de adquirir bienestar [...] incluyendo una vida prolongada, conocimientos, libertad política, seguridad personal, participación comunitaria y derechos humanos garantizados”.

De manera general, para las organizaciones políticas latinoamericanas que buscan representar los intereses populares, la capacidad para proponer un nuevo proyecto social, que cumpla a la vez con dar respuesta a demandas y aspiraciones y convencer sobre su viabilidad política y económica, es una exigencia perentoria. Enfrentan hoy día esas organizaciones una convicción, errónea pero muy extendida, en el sentido de que no habría una alternativa “realista” a las estrategias y políticas en práctica; y necesitan ofrecer respuestas positivas frente a las interpretaciones que desde la óptica de otros intereses se busca difundir sobre el significado de los procesos en Europa del Este y de

varios proyectos que quedaron inscritos en la propia experiencia latinoamericana. Por lo mismo, las respuestas tienen que ir mucho más allá de los enunciados generales.

16. Una referencia inicial, clave para las nuevas formulaciones que se sienten necesarias, radica en el reconocimiento de que el desarrollo capitalista de América Latina conformó históricamente un complejo de interrelaciones entre pobreza y desigualdad, composición del consumo y estructura productiva, inserción exterior y mercado interno, progreso técnico y ocupación de la fuerza de trabajo, cuyo efecto ha sido la reproducción constante de la desigualdad y la pobreza. El esclarecimiento de esas interrelaciones resulta ser así un requisito fundamental para la certeza de los diagnósticos y la idoneidad de las propuestas consiguientes; lo cual, en el plano conceptual, involucra la necesidad de un avance mucho mayor en la dirección de lo que Prebisch llamó “una teoría del capitalismo periférico”.

Culminar debidamente la tarea de contribuir al diseño de un nuevo proyecto social implica, en efecto, en América Latina, un trabajo sistemático incluso en el plano estrictamente teórico.

Una parte importante del trabajo de los economistas de la región que se sitúan en corrientes críticas a las formulaciones dominantes del “neoliberalismo” ha estado dedicada a los problemas del capitalismo a nivel mundial, de las leyes generales del desarrollo capitalista, con lo cual han contribuido a una mejor comprensión de la posición de América Latina en el marco de esos procesos globales de los que forma parte, pero con un desarrollo mucho menor en la identificación de los rasgos específicos del capitalismo latinoamericano.

Por su lado, el trabajo en torno a líneas de contribución original desde la perspectiva de la experiencia regional —como fueron las aportaciones de la CEPAL, en su época, a un “pensamiento económico latinoamericano”, las posteriores en torno a la “teoría de la dependencia” y los escritos últimos de Prebisch— ha quedado inconcluso. Es fundamental retomarlo ahora, cuando el desafío teórico, en rigor, no se limita a la comprensión del pasado y el diagnóstico del presente: se proyecta también a las exigencias del futuro.

17. El reconocimiento de que, en América Latina, el fenómeno de la pobreza es inseparable de la desigualdad, lleva a concluir que una estrategia eficaz de combate a la pobreza termina por conformar toda una estrategia de desarrollo global alternativa. En ella, se revierten por completo los signos de las estrategias parciales: en lugar de una reconversión productiva que privilegia las producciones de exportación, una reconversión de la economía hacia las necesidades básicas de la propia población; en lugar de la concentración del ingreso como supuesta condición para favorecer la acumulación privada, una redistribución progresiva del ingreso que sustente el mejoramiento en la condición de vida del conjunto de la población y genere nuevas demandas como estímulo a la inversión privada y a la formación pública de capital; en lugar de impulsar la máxima tecnificación posible de los sectores ya más “modernizados”, prioridad al avance técnico de los estratos rezagados; en lugar de procurar los “equilibrios macroeconómicos” mediante políticas restrictivas y recesivas —que a la postre no los aseguran—, procurar el mínimo de desequilibrios compatibles con una política expansiva, de aprovechamiento pleno de los recursos productivos disponibles.

Se trata, en cada caso, de opciones reales, que configuran efectivamente dos concepciones estratégicas antagónicas y de significación social muy diferente. Frente a ellas, los intereses dominantes han procurado difundir la idea de que una, la más próxima a las políticas actualmente en práctica, representa una respuesta nueva ante las condiciones del mundo contemporáneo, mientras la otra supondría insistir en formulaciones añejas, que en el pasado inscribieron su fracaso y de algún modo condujeron a la crisis del presente.

La realidad es, sin embargo, exactamente lo opuesto. El empeño exportador estuvo siempre como parte importante de la estrategia latinoamericana de desarrollo e influyó decisivamente en la conformación de las estructuras económicas regionales, incluso en la fase de la “industrialización sustitutiva”. La orientación hacia el mercado interno, que cobró más fuerza en esa fase, tuvo como referencia central las demandas y apetencias de consumo de las capas sociales de alto ingreso, mucho más que las necesidades básicas del conjunto de la población.

El patrón de acumulación se basó históricamente en una elevada y creciente concentración del ingreso, sin alcanzar aun así coeficientes relativamente altos en la comparación internacional, bloqueando a su propio horizonte de justificación ante una demanda interna masiva cada vez más deprimida, y esterilizando en definitiva su potencialidad en consumos superfluos excesivos y fuga de capitales al exterior. Cómo favorecer, en cambio, una alta cuota de formación de capital en el marco de una estrategia “desconcentradora”, representa por su parte un desafío nuevo, sin precedente en la evolución anterior.

La concentración del avance técnico no sólo en determinados sectores definidos con amplitud, sino también en determinados estratos de cada sector, ha sido igualmente una constante del desarrollo histórico, particularmente visible en el caso de la agricultura, con la diferenciación entre los subsectores que suelen caracterizarse como de agricultura “moderna” y “campesina”; pero también presente en la economía urbana, incluida la distinción entre los sectores “formal” e “informal”. En contraposición a esa tendencia del pasado, se concibe un enfoque nuevo, distinto, que llevaría directamente a atenuar las “heterogeneidades estructurales”, reconocidas precisamente como una de las raíces principales de los altos grados de desigualdad.

Tampoco son preocupación nueva los “equilibrios macroeconómicos”, objetivo desde mucho tiempo de las “políticas de estabilización” que periódicamente se restablecen bajo distintas denominaciones.

El verdadero desafío, en verdad, no radica en asegurar tales equilibrios a cualquier costo —aun así no logrados— sino en hacerlos compatibles con una dinámica positiva de crecimiento y diseminación de sus frutos al conjunto de la población.

ESTRATEGIA ALTERNATIVA VIABLE

18. Una estrategia transformadora de la naturaleza sugerida y lo que ella supone en términos de estructura de la economía y de funcionamiento del sistema económico, modificaría en sentido positivo la incidencia de varios de los escollos más importantes al crecimiento que exhiben los patrones de desarrollo actualmente prevalecientes. Entre otras cosas, requeriría, por unidad de producto, un esfuerzo de inversión relativamente menor, abriría más oportunidades de trabajo productivo a la población en edad activa, y exigiría menos insumos y abastecimientos importados. De ahí que sea, a la vez, quizás el único camino idóneo para superar efectivamente la crisis.

Una distribución muy concentrada del ingreso se asocia directamente a un perfil determinado de consumo y a una correspondiente estructura productiva. En efecto, esa composición del consumo induce una composición correspondiente del flujo productivo y por lo tanto determinadas ponderaciones de sectores y ramas de la economía, influyendo así en la dimensión, la naturaleza y la asignación de las inversiones necesarias y en la composición de los insumos requeridos en el funcionamiento del sistema económico.

Los antecedentes estadísticos disponibles demuestran que las actividades que en ese marco resultan prioritarias tienen en general la triple característica de requerir relativamente más inversiones por unidad de producto, utilizar más insumos importados por unidad de producción y absorber relativamente menos mano de obra.

Es decir, afecta precisamente a tres de las cuestiones más sensibles de los patrones de crecimiento en vigencia: las limitaciones que encuentra su dinámica de expansión en los recursos disponibles de ahorro e inversión, las restricciones derivadas del desequilibrio externo para acrecentar o sostener la corriente de importaciones, y la incapacidad para abrir oportunidades de empleo productivo en correspondencia con el crecimiento de la población en edad activa.

Por el contrario, ejercicios econométricos aplicados a algunas economías de la región sugieren que, a partir de un perfil de consu-

mo correspondiente a una distribución más progresiva del ingreso, los mismos montos actualmente disponibles de inversión y capacidad para importar permitirían ritmos mayores de crecimiento del producto y del consumo global, y absorberían contingentes también mayores de fuerza de trabajo en empleos productivos.

19. Una estrategia de esta naturaleza supone también una responsabilidad y una participación mucho mayor del Estado. Es incompatible con las concepciones llamadas “neoliberalismo” o “economía social de mercado”. Reclama, en cambio, una combinación creativa, con amplia capacidad de conducción social de la economía, de mecanismos de planificación y expresiones de mercado, integrados en un esquema global de extendida y profunda participación social.

En contraste con una percepción muy difundida, la canalización de recursos a través del “sector público” ha sido en América Latina relativamente muy moderada, en comparación con la mayoría de las sociedades capitalistas desarrolladas. No es sostenible pues el argumento de un supuesto “sobredimensionamiento” de los aparatos estatales como base para reclamar reducciones del gasto público y achicamiento de la esfera de acción del Estado, independientemente de que sea justa la denuncia de ineficiencia de su funcionamiento en los términos actuales. Entre tanto, las acciones sustentadas en el principio de “subsidiariedad del Estado” han debilitado extraordinariamente la capacidad de conducción social de la economía y por lo tanto de superar la crisis y resolver las situaciones de pobreza.

A efectos de una estrategia alternativa, de signo nacional y popular, no resultaría suficiente o idónea, sin embargo, la simple reconstrucción del Estado previo al estallido de la crisis y a la vigencia de las políticas de ajuste: se requiere también una concepción nueva del Estado, coherente tanto con la estrategia económica como con las demandas democráticas.

Parte del desafío consiguiente tiene que ver con los significados actuales de la planificación y del mercado, y de las posibilidades de integrar elementos de una y otro en una nueva concepción de dirección social de la economía. Única forma, por lo demás, de abrir una

alternativa distinta ante lo que se presenta hoy como dos opciones inescapables: o una planificación “totalizadora”, que supone centralización y autoritarismo, y a la postre ineficacia, o un “mercado” que, a cambio de determinados éxitos parciales, genera y reproduce constantemente desigualdad y pobreza.

En la integración de planificación y mercado, probablemente la clave esté en una concepción muy amplia de la participación social, de la participación popular activa en todas las instancias de decisión y conducción de las políticas económicas y sociales.

20. Los avances de procedencias muy variadas, en torno a líneas como las que han quedado sugeridas, vienen desmintiendo el mensaje ideológico todavía predominante en el sentido de que no habría alternativas “realistas” a las políticas actualmente en práctica. Por el contrario, parece llegada la hora, en el plano intelectual, de emprender un reconocimiento sistemático de la diversidad de contribuciones parciales orientadas en esa dirección, para integrarlas en la concepción plena de un nuevo proyecto social, popular y nacional: única respuesta eficaz a la aspiración de erradicar la pobreza y sustentar un desarrollo auténticamente democrático.

Es notoria la aportación cada vez mayor de análisis, reflexiones y propuestas que contribuyen al proceso en marcha de diseño de un nuevo proyecto social alternativo, ya sea en relación con sus rasgos globales o con contenidos específicos llamados a conformarlo. Forma también parte de esas aportaciones exploraciones hechas en torno a las formas de propiedad —la “economía social”— y las políticas de corto plazo.

Como se ha dicho,

el nuevo paradigma que surge puede ser contemplado en esta etapa, como un cuerpo en búsqueda de consolidación [...] Conocemos los principales componentes de este cuerpo, pero aún no sabemos cómo deben interrelacionarse para que el todo funcione armoniosamente. Un retorno a la escala humana, una participación pública activa y creativa, la satisfacción de las necesidades humanas fundamentales, restricciones ecológicas, autodependencia local, son algunas de sus metas esenciales [...]

Todas las piezas parecen hallarse presentes [...] la gran incógnita es cómo ensamblarlo todo.

En esa tarea corresponde también recuperar críticamente, pero con sentido constructivo, la rica diversidad de experiencias acumuladas en América Latina: las realizaciones de la Revolución cubana, las enseñanzas que dejaron los proyectos “no capitalistas” de comienzos de los setenta —el gobierno de Allende en Chile, el de Velasco Alvarado en Perú—, los postulados y formas de realización del proyecto sandinista en Nicaragua, así como algunos empeños recientes por poner en práctica políticas no convencionales.

IV. ESQUEMA PARA LA DISCUSIÓN DE UN PROYECTO SOCIAL ALTERNATIVO*

I. LA NECESIDAD Y LOS ALCANCES DE UN NUEVO PROYECTO SOCIAL

El desenlace de crisis en que acaban desembocando los proyectos de desarrollo capitalista, en los términos en que ellos se han dado en el conjunto del mundo desarrollado y particularmente en América Latina, está abriendo —en los hechos y en las formulaciones intelectuales— una reconsideración ineludible sobre las “estrategias de desarrollo” necesarias para superar efectivamente aquella crisis. El agotamiento del modo específico de desarrollo capitalista que ha caracterizado una larga fase de la historia de nuestros países es ostensible incluso para quienes son sus principales beneficiarios.

Vivimos, por eso, una fase de búsqueda de nuevos patrones de desarrollo. De modo explícito y con más frecuencia implícitamente, se bosquejan nuevas respuestas, que involucran redefiniciones sustantivas de las estrategias de desarrollo y de las políticas correspondientes, con significados distintos e incluso contrapuestos, en correspondencia con los respectivos intereses de clase desde cuya óptica se formulan.

En el cuadro actual de América Latina, las opciones se expresan de modo muy diverso: como políticas, ya en práctica, formalizadas

* En este escrito, concluido en marzo de 1991, el autor lleva adelante los planteos basados en los trabajos anteriores y fue la base de algunas conferencias dictadas por el autor. El Seminario de Teoría del Desarrollo agradece al maestro chileno José Ibarra el que le haya hecho llegar el texto y a la señora Ruymayor de Vusković su autorización para publicarlo en la presente obra. Se hicieron breves cortes para evitar reiteraciones innecesarias y se añadieron cursivas. [N. del coord.]

o no en términos de una estrategia global; como propuestas de modificación o corrección de aquéllas, promovidas o puestas en práctica por gobiernos, entidades políticas o técnicas; como programas políticos de fuerzas opositoras que aspiran al poder; o como conductas de hecho de determinadas capas sociales, al margen del gobierno y del aparato estatal. Por lo mismo, su grado de elaboración y la gravitación que han adquirido, es también muy diverso.

Esas diversas concepciones o prácticas estratégicas, según se las percibe en la realidad actual de América Latina, pueden resumirse de modo general en la caracterización de una “estrategia de capitalismo salvaje”, propiciada y puesta en ejecución por los intereses dominantes; unas “estrategias de sobrevivencia”, a que han sido forzadas las capas sociales más empobrecidas y castigadas; y una “estrategia de humanización del capitalismo”, promovida por las fuerzas políticas que buscan conciliar la defensa de los intereses dominantes con algún ámbito de democracia formal.

Entre tanto, las consecuencias políticas de una estrategia de crecimiento y exclusión —como lo es la primera—, y las frustraciones económicas a que está condenado el intento de combinar lo esencial de aquélla con acciones complementarias de “solidaridad con la pobreza” —como ocurre con la última—, configuran el desafío actual del diseño y puesta en práctica de otro proyecto social alternativo, capaz de resolver los problemas en el marco de un nuevo patrón de desarrollo económico y social.

De ahí que, aunque pudiera parecer distante de la realidad inmediata, la idea de un nuevo proyecto social de signo esencialmente popular y nacional —y de las estrategias y políticas consiguientes— viene siendo reconocida, bajo distintas denominaciones, como exigencia del presente y del futuro de América Latina y adquiere creciente ponderación tanto en el debate intelectual como en las demandas políticas.

El desafío concierne especialmente a las organizaciones políticas que buscan representar los intereses populares. Para ellas, la capacidad de proponer una nueva estrategia social, que cumpla la doble condición de dar respuesta eficaz a demandas y aspiraciones y de convencer sobre su viabilidad política y económica, es una exigencia perentoria.

La tarea, por cierto, es muy grande, enfrentada como está a severos obstáculos tanto subjetivos como objetivos. Entre los primeros está el supuesto, erróneo pero de aceptación muy extendida, en el sentido de que no habría una alternativa “realista” a las estrategias y políticas en práctica; supuesto que aparecería avalado por las interpretaciones que, desde la óptica de otros intereses, se ha difundido sobre el significado de los procesos recientes en Europa del Este, así como de varios proyectos que han quedado inscritos en la propia experiencia latinoamericana. Hay pues que demostrar que la continuidad ilimitada de las políticas actualmente predominantes no es un hecho fatal, ineludible, que hay otras opciones viables, y expresar esas opciones en términos de propuestas no sólo generales sino también específicas, no sólo de largo plazo sino también de realización inmediata.

Entre los obstáculos *objetivos*, por su parte, está la pesada herencia que han dejado largos años de imposición de las políticas “neoliberales” y los regímenes políticos que las han sustentado. La herencia, desde luego, de unas sociedades escindidas por extremos de desigualdad económica y social entre distintos sectores de la población nacional, y por graves deterioros en la condición de vida de la mayoría; de la que deriva la exigencia, por el contrario, de colocar a la *integración social interna* como uno de los ejes centrales de una estrategia alternativa, y de que los esfuerzos se orienten ante todo, con absoluta prioridad, al propósito de elevar la condición de vida del conjunto de la población.

Hay que enfrentar también una herencia de acentuada *concentración y extranjerización del capital*. Los avances hacia una mayor difusión de la propiedad que se alcanzaron en fases anteriores, con los apoyos a pequeños y medianos productores, los procesos de reforma agraria, de extensión de empresas estatales en sectores clave de la economía, el surgimiento de nuevas formas de propiedad social o colectiva, se revirtieron por completo. Se ha favorecido, por el contrario, una extraordinaria concentración del capital y la “privatización” ha contribuido aún más a la formación o fortalecimiento de poderosos grupos económicos que en nombre del “mercado” se justifican y ejercen su poder; una proporción significativa de las pequeñas y medianas empresas ha sido arrasada por la competencia o subsiste empobrecida; en algunos casos se han reconstituido nuevas formas de

propiedad capitalista sobre la tierra; el capital financiero se ha impuesto sobre el capital productivo. Y buena parte de todo ese proceso ha significado un dominio creciente del capital extranjero, favorecido por la "apertura" de la economía y el tratamiento preferencial que se le ha acordado, así como por las operaciones de "conversión" de deuda externa en inversión extranjera directa.

Con herencias de esta dimensión y profundidad, es claro que una propuesta alternativa que se proponga imprimir otro sello al desarrollo económico y social no puede circunscribirse a cuestiones más o menos superficiales o accesorias: tiene que asumir unos alcances y una naturaleza transformadora que *guarde correspondencia* con ese orden de dificultades y desaffos.

2. LOS ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DE DIVERSAS OPCIONES ESTRATÉGICAS

Para los efectos de la caracterización y análisis de las propuestas en boga, y sobre todo para apreciar su viabilidad económica y su viabilidad política, así como su significado social, se puede atender a un conjunto de elementos de *diferenciación estratégica*, en cada uno de los cuales se identifican opciones más o menos definidas. Y el mismo esquema de conceptos puede servir también al propósito del diseño y la evaluación de una política alternativa.

Un primer rasgo de diferenciación fundamental se refiere a las prioridades en los *destinos* del flujo productivo, de la producción de bienes y servicios. En particular, qué grado de orientación exportadora o de orientación hacia los mercados internos; y en este último caso, cómo se jerarquizan las demandas y necesidades de distintas capas de la sociedad, es decir, cuál es el signo de la "reconversión" o transformación productiva que se propone. Son las respuestas alternativas al interrogante elemental de "para quién producir", en qué proporciones: para otras sociedades, para el consumo excesivo de las capas ricas de la población nacional, o para las necesidades básicas de la mayoría de esta población.

La definición anterior se proyecta también directamente a un segundo plano de opciones, referido a las relaciones económicas exter-

nas. De un lado, se propone una estrategia esencialmente “aperturista”, de integración plena a la economía capitalista mundial, según se dice en los términos a que en definitiva conduzcan “las fuerzas del mercado”. Desde otro ángulo, se propicia una estrategia no de autarquía, pero sí de “selectividad”, de búsqueda activa de unos términos de “inserción exterior”, de modo que se preserve algún grado de autonomía del desarrollo nacional. En uno y otro caso se plantean también distintas propuestas para encarar el problema de la deuda externa, reconociendo que si no se lo supera constituye un obstáculo tal vez insalvable para la eficacia de cualquier estrategia de desarrollo.

En un plano siguiente y muy vinculado con los anteriores se sitúan las opciones que tienen que ver con las relaciones entre el crecimiento económico global y la *distribución* de sus frutos entre las distintas clases y capas de la sociedad. En lo esencial, se identifican a ese respecto tres alternativas: *una*, que invoca una relativa “neutralidad” de la estrategia global respecto de la distribución, argumentando que ésta debe ser resultado espontáneo y necesario del “mercado”, primero crecer y luego distribuir, si es el caso; *una segunda* que propicia acciones específicas para compensar a los estratos sociales perjudicados por ese funcionamiento del mercado, crecer de la misma manera pero repartir un poco más, propuesta que se asocia a la idea de “solidaridad con la pobreza”; y *una tercera* que plantea directamente el propósito de colocar un proceso de redistribución progresiva del ingreso como eje de una estrategia global que se articula a partir de y en torno a ese objetivo básico redistribuir como objetivo social y para poder crecer.

Las formas de absorción y de aplicación del *progreso técnico* definen otro elemento estratégico importante. De un lado, se propicia un esfuerzo intenso de “modernización”, al que se le justifica además como requisito de competitividad externa, lo que lleva a concentrar el progreso técnico en áreas determinadas de la economía y categorías determinadas de productores, por lo general las ya más tecnificadas y orientadas preferentemente hacia la exportación. La alternativa, en cambio, tiende a privilegiar el avance técnico de los estratos relativamente más rezagados, de los productores menores y más pobres, vinculados en general al mercado interno de consumos esenciales; con lo cual se busca el doble propósito de fortalecer la ca-

pacidad de producción de bienes y servicios básicos y de acortar las diferencias de productividad de esos estratos respecto de los más adelantados, diferencias que constituyen una de las principales fuentes de la desigualdad actual.

Finalmente, se identifican opciones estratégicas respecto de la ponderación y funcionamiento de los distintos *agentes económicos*. La responsabilidad estatal y la “privatización”, el tratamiento a la inversión extranjera, el papel de las grandes y pequeñas empresas, las concepciones sobre la “economía informal”, la concentración o difusión de la propiedad de los medios de producción y las áreas, formas e intensidad de participación de los trabajadores, constituyen contenidos concretos que diferencian aquellas opciones.

Es fácil advertir que cualquier estrategia global de desarrollo ha de involucrar, explícita o implícitamente, decisiones en cada uno de los ámbitos que se ha venido señalando. Se trata, además, de un conjunto de elementos que no se pueden combinar de cualquier manera: es preciso reconocer interrelaciones a veces muy estrechas, de las que depende también la coherencia interna de las estrategias que se proponga. Por ejemplo, es lo más probable que una orientación productiva que privilegie las exportaciones, favorezca salarios bajos y una modernización concentrada en determinados sectores, con la tendencia consiguiente a deteriorar aún más los términos actuales de la distribución del ingreso, [y] requiera mayores inversiones de capital, emplee relativamente menos fuerza de trabajo y necesite más insumos importados por unidad de producción de bienes.

3. LOS LÍMITES DE LAS ESTRATEGIAS EN PRÁCTICA

La prolongación de la crisis manifiesta desde comienzos de los años ochenta, junto a la experiencia histórica anterior, sugiere que las estrategias en práctica reconocen límites relativamente estrechos en su aplicación; en unos casos por razones de viabilidad económica, en otros por sus implicaciones políticas. A efectos del diseño de un proyecto social alternativo, es importante tener en cuenta la naturaleza esencial de cada una de aquellas propuestas y sus respectivos horizontes de viabilidad.

a) *La estrategia del “capitalismo salvaje”*

Ante la profunda crisis en que culmina la larga experiencia de desarrollo capitalista de las naciones latinoamericanas, fracciones importantes de los intereses dominantes han venido propiciando y poniendo en práctica una estrategia que bien puede calificarse de “capitalismo salvaje”. Con ella se busca concentrar todos los recursos disponibles —financieros, de personal altamente calificado, tecnológicos, de capacidad para importar— en áreas determinadas del sistema económico, impulsando en ellas una modernización orientada principalmente hacia las exportaciones, en un marco de amplia apertura externa, de vigencia “sin interferencias” del mercado, y de privatización de empresas y servicios públicos bajo el principio de “subsidiariedad” del Estado.

En esencia, se trata pues de una estrategia que diferencia cada vez más dos partes de la sociedad, la incorporada y la segregada, la que recibe y concentra todos los beneficios de la modernización y la que queda libre a su propia suerte, la economía que importa y el sector informal, “los que sobran”.

Mientras más se avanza en ese proceso, más se amplifica la desigualdad económica y social entre clases y capas de la sociedad, y más se deterioran las condiciones de trabajo y de vida de la mayor parte de la clase trabajadora. El desempleo, la reducción de los salarios, la disminución drástica de los servicios públicos, la supresión de toda forma de protección social a los más desposeídos, el retroceso y el empobrecimiento, configuran esa imagen de “capitalismo salvaje” que se asocia a esa estrategia de desarrollo capitalista. La segregación se manifiesta por todas partes, incluso en la conformación física de las ciudades.

Es evidente que la viabilidad económica de una estrategia de esta naturaleza, a mediano y largo plazo, depende decisivamente de las posibilidades de los mercados externos para absorber una corriente creciente de exportaciones hacia ellos. Y es precisamente allí donde radica su principal debilidad, ya que, en las condiciones de la economía mundial contemporánea, constituir a las exportaciones en la principal expectativa redinamizadora para superar la crisis y, sobre todo, en el eje de una estrategia de largo plazo, carece de fundamento económico serio.

Tal apreciación sobre las posibilidades a mediano y largo plazo de sostener una estrategia de esa índole no significa desconocer su viabilidad económica durante una fase inicial, que puede prolongarse por algún tiempo. En efecto, la concentración extrema de recursos que se pone en práctica puede generar un proceso dinámico de expansión y avance del sector “moderno” que se privilegia con esa concentración, hasta el punto de exhibir índices económicos globales que sugieren avances espectaculares, como ha sido por unos años en el caso de la propia economía chilena.

Pueden registrarse entonces altas tasas de crecimiento del producto y el ingreso, ampliación y diversificación considerables de las exportaciones, e incluso mantenimiento razonable de los “equilibrios macroeconómicos”: la inflación, el financiamiento de las cuentas fiscales, los saldos positivos de las cuentas con el exterior; la imagen, en fin, del “milagro económico”, visible en la sensación de abundancia y bienestar que proyectan determinados estratos sociales y determinadas partes de la ciudad. Pero tendrá que advertirse a la vez la contrapartida de esos éxitos, en el retroceso y el empobrecimiento que sufren simultáneamente otras capas de la sociedad, en rigor mayoritarias. Y lo que es menos visible en lo inmediato, pero que inexorablemente se irá poniendo cada vez más de manifiesto: la imposibilidad de sostener por mucho tiempo esas mismas bases de crecimiento, las dificultades cada vez mayores para seguir expandiendo las exportaciones, las tendencias al estancamiento, y poco después, las amenazas a los mismos equilibrios macroeconómicos que recibieron tantas felicitaciones.

Se advertirá también con creciente evidencia sobre las condiciones de viabilidad política de esta estrategia, el grado en que ella supone la vigencia de regímenes de fuerza capaces de imponer la segregación económica y social y reprimir las demandas de los segregados, de imponer la superexplotación y la prolongación indefinida de la pobreza que le son inherentes. Una cuestión particularmente grave, puesto que quiere decir que no se puede confiar en que la hora de los regímenes represivos haya pasado sin retorno posible en América Latina.

La amenaza estará en verdad latente mientras persista la disociación, tan flagrante hoy día en situaciones nacionales latinoamericana-

nas, entre la aspiración política de democracia y la vigencia de unas políticas económicas y unas estrategias de desarrollo que no podrían de ninguna manera sustentarla.

b) *La estrategia de “sobrevivencia” de los pobres*

Las consecuencias de las políticas “neoliberales” y la adopción progresiva de estrategias de franca segregación social —de “capitalismo salvaje”— han llevado a amplios sectores populares a situaciones de extrema dificultad para sostener niveles mínimos de vida. La reducción de los salarios reales, las pérdidas de puesto de trabajo, la supresión de subsidios y otras formas de protección social, la disminución de servicios sociales públicos (de educación, de salud) y la privatización y encarecimiento de ellos, han amplificado las situaciones de pobreza y aun de completa indigencia. La lucha por la vida diaria, en niveles incluso de los mínimos de alimentación, se transforma en exigencia perentoria y en el mayor de los desafíos para una alta proporción de las familias.

Frente a ello, incapacitado para influir significativamente en el cuadro político global para que se modifiquen esas estrategias y políticas, el “mundo de los pobres” ha debido buscar y poner en práctica una estrategia propia, cuya significación esencial se resume en la denominación de “estrategia de sobrevivencia”. El desafío que enfrentan los grupos populares afectados es enorme, acrecentado por el hecho de que la misma pobreza acaba por generar unas relaciones de circularidad que tienden a mantenerla y profundizarla.

En ese cuadro, una forma de acción defensiva bastante generalizada ha sido procurar la compensación del deterioro de los salarios reales con la incorporación a cualquier forma de trabajo de otros miembros del grupo familiar. Aumentar la participación de la mujer en la búsqueda de trabajos remunerados, y la “economía informal” funciona como una válvula de escape para los jefes de hogar que perdieron su empleo asalariado, o para otros componentes de la familia incluyendo jóvenes y niños [se va]* conformando un amplio rango de lo que se ha llamado “organizaciones económicas populares”.

* Añadido al original. [N. del coord.]

Desde una perspectiva global y política, no se dejará de advertir en la puesta en práctica de estas estrategias de sobrevivencia dos aspectos básicos contradictorios. De una parte, además de responder a una exigencia dramática del presente, ellas dan cuenta de la extraordinaria capacidad de organización e iniciativa del pueblo en la base social.

[...] si no se las combina con una propuesta global y con una lucha política consecuente con ella, se acaba de algún modo favoreciendo los propósitos del “capitalismo salvaje” y su idealización de la “economía informal”: la resolución de los problemas inmediatos de sobrevivencia mediante las iniciativas y las acciones propias no puede ni debe llevar a que se renuncie a reclamar del conjunto de la sociedad el derecho a la oportunidad de trabajo dignamente remunerado y el suministro de servicios esenciales; ni a dejar de denunciar los extremos de desigualdad e injusticia en el reparto de producto social, ni a abstenerse de rechazar la separación tajante entre dos mundos —el de los ricos y el de los pobre— cada vez más separados y diferenciados.

Puesto en sentido positivo: la estrategia de sobrevivencia de los pobres tiene que llevar a la propuesta de ellos de una estrategia nacional alternativa, en la que asuman un papel igualmente activo pero en una perspectiva de transformación de la sociedad y no de resignación ante sus términos actuales de organización y funcionamiento.

c) *La estrategia de “humanización” del capitalismo*

La creciente resistencia social que inevitablemente suscitan las estrategias de “capitalismo salvaje” y el temor de los intereses dominantes de que la lucha contra ellas pueda conducir a salidas que excedan los marcos del sistema, motivan propuestas que tienden a proteger los mismos intereses adoptando una estrategia más flexible que ofrezca algunas formas de compensación a las capas sociales más afectadas, con lo cual se busca atender también al objetivo político de conciliar unos patrones de desarrollo económico esencialmente concentradores y excluyentes, con esquemas relativamente democráticos de convivencia social.

De ahí que gane terreno, como estrategia alternativa, la propuesta que en sus expresiones más recientes se define como “desarrollo con

equidad”, sustentado tanto por organismos internacionales como por expresiones nacionales políticas y sociales. Su fundamento central radica en la posibilidad de combinar un patrón de crecimiento económico muy similar al del “capitalismo salvaje”, basado en la apertura externa y la vigencia del mercado, con acciones complementarias encaminadas a compensar parcialmente sus efectos sobre las capas sociales desfavorecidas, mediante programas específicos de “solidaridad con la pobreza”.

Dentro de esta concepción general se reconocen diferenciaciones secundarias pero a veces significativas, en las que se jerarquizan y ponderan de distintos modos diferentes grupos de políticas, desde las que en lo esencial circunscriben a la “compensación” de la pobreza por la vía de los servicios sociales y las subvenciones públicas a determinados consumos básicos, hasta las que se proponen conjuntos más vastos de medidas para ayudar a los pobres a superar por sí mismos sus situaciones de pobreza.

Las posibilidades de que una estrategia de esta naturaleza pudiera constituirse en un patrón de desarrollo capaz de proyectarse a una fase histórica significativa de las sociedades latinoamericanas tienen que apreciarse reconociendo que sus términos son muy distintos según se trata de su viabilidad política y de su viabilidad económica.

En las condiciones *subjetivas* actuales, en medio de los agobios de la crisis, con la herencia dejada por la frustración de proyectos sociales de transformaciones más profundas, y en muchos casos después de experiencias dictatoriales con su secuela de represión y violencia, el discurso político que convoca a un gran acuerdo social para impulsar formas de “desarrollo con equidad” encuentra fácil acogida. En su nombre, se busca estructurar una amplia alianza social, que en las expresiones latinoamericanas recientes ha asumido la forma de acuerdos de “concertación” que suscriben diversas representaciones políticas.

La experiencia concreta viene mostrando, por el contrario, la inviabilidad económica de una estrategia de esta naturaleza. Como no reconoce, ni puede hacerlo por sus compromisos políticos, la necesidad de transformaciones importantes de las estructuras económicas, de las situaciones de propiedad, de las relaciones entre capital y trabajo, asume pasivamente las mismas relaciones de reproducción y

dinámica de desigualdad que caracterizan al patrón esencial de desarrollo capitalista prevaleciente [...] Al no tocar nada de lo esencial del funcionamiento del sistema actual, lo cual es condición para el mantenimiento de la “concertación”, no puede ofrecer sino compensaciones muy mínimas o promesas incumplibles: las acciones específicas que propone frente a la pobreza podrían a lo más aliviar transitoriamente la situación de los pobres.

4. LOS PRINCIPALES CONTENIDOS DE UNA ESTRATEGIA ALTERNATIVA

La formulación de un proyecto social alternativo, y particularmente el diseño de la estrategia y de las políticas económicas que debieran sustentarlo, es una tarea todavía no cumplida y un desafío urgente para las representaciones políticas de los intereses populares. Entre tanto, desde diversos ángulos se ha venido contribuyendo con experiencias, reflexiones e investigaciones a acumular antecedentes y propuestas parciales que es necesario valorar como ayudas importantes a ese propósito. Cabe así, al menos, ir ordenando un esquema de ideas que facilite asumir un esfuerzo más sistemático, en el entendido, además, de que la conformación de un nuevo *proyecto social* tendrá que ser expresión de la propia base social, de la experiencia de la misma lucha popular, con el auxilio imprescindible del trabajo intelectual, pero no para desconocerla ni pretender sustituirla.

En lo que hace a sus contenidos propiamente económicos, tal vez el eje central de una estrategia alternativa, de sello nacional y popular, se resuma en el concepto de que es necesario —y es viable hacerlo— pasar de una economía de minoría como es la actual, a una economía para la mayoría, a una economía para todos. Afirmación que, puesta así en sus términos más simples, pudiera parecer obvia y abstracta, excesivamente general y por lo mismo inútil.

Sin embargo, involucra la síntesis de un aspecto fundamental del “diagnóstico” sobre lo que ha sido el desarrollo capitalista de nuestros países, y ofrece un punto de partida para avanzar en la identificación de lo que habría que hacer en el futuro en los marcos de un proyecto social de otra naturaleza.

De modo general, los contenidos de una estrategia alternativa, en esa concepción de economía para todos, pueden referirse a dos grandes categorías de cuestiones: las que tienen que ver con el ingreso y su distribución, es decir, con los grados de desigualdad imperantes; y las modificaciones en la estructura económica que deben acompañar a los cambios en la distribución del ingreso y sus efectos en los perfiles de consumo del conjunto de la población.

En efecto, las economías latinoamericanas se conformaron históricamente como unas economías de privilegio [...] Por ello, una estrategia alternativa tiene que reorientar enteramente la dirección misma del crecimiento y el desarrollo económico, actuando también en los dos planos fundamentales: de una parte, poner en marcha una redistribución sustancial del ingreso; de otra, encauzar una *reconversión* de la economía con vistas a fortalecer *prioritariamente* la capacidad de producción y suministro de bienes y servicios básicos.

a) *La desigualdad y sus fuentes de origen*

Una estrategia redistributiva, concebida como política de largo plazo, tiene que considerar las distintas fuentes que conducen a los grados actuales de desigualdad: las situaciones de propiedad, las proporciones en el reparto de los frutos del esfuerzo productivo entre remuneración del trabajo y ganancias de capital, el acceso al trabajo, y las diferencias de productividad entre distintos estratos de trabajadores determinados por la asimetría en la acumulación de capital y progreso técnico en diferentes sectores de la economía.

Las relaciones directas entre la *propiedad* de los medios de producción y la *apropiación* de los ingresos son evidentes, y dan cuenta actualmente de las consecuencias de un proceso de concentración del poder económico en manos de intereses privados que se ha agudizado extraordinariamente. Los cambios en la propiedad influyen también indirectamente: la "privatización" ha tenido como contrapartida un severo *debilitamiento* de la capacidad de conducción social de la economía; y la *extranjerización* que ha formado parte de esas transferencias de propiedad a manos privadas representa a su vez una seria limitación a la autonomía nacional para decidir sobre las estrategias y políticas de desarrollo.

Las cuestiones de propiedad no pueden pues estar ausentes de los contenidos y propuestas de una estrategia alternativa de sello nacional y popular. Y ellas involucran, cuando menos, una reconsideración sobre el papel del Estado en la propiedad y el control de las actividades económicas clave; sobre la función que estarían llamadas a cumplir diversas expresiones de "propiedad social", incluidas cooperativas, empresas de autogestión y otras modalidades; y sobre el papel de los pequeños y medianos productores y empresarios.

Supone, en consecuencia, una revisión de los procesos de privatización conducidos con anterioridad y de los grados de dominio que en el curso de ellos llegaron a tener las inversiones extranjeras directas. Las políticas específicas de regulación de los monopolios, de remesas de ganancias al exterior, de créditos y franquicias tributarias y de estímulos, de capitalización pública, social y privada, tendrían que contribuir activamente a esa recomposición del cuadro general de la propiedad de los activos y medios de producción.

Respecto del *reparto del ingreso* entre ganancias de capital y remuneración del trabajo, el punto de partida es una situación extraordinariamente desventajosa para los trabajadores, puesto que la participación de los salarios en el ingreso nacional registra una proporción extremadamente baja, tanto en comparación con otras sociedades subdesarrolladas como con las sociedades capitalistas más desarrolladas; y las políticas neoliberales en práctica han deteriorado aún más esa relación. Hay por lo tanto lugar a un aumento muy considerable de la participación de los salarios, con lo que en buena medida no se haría más que recuperar tasas de participación que ya se había alcanzado en fases anteriores. La propuesta debiera encaminarse, por lo tanto, a restablecer términos de distribución que mejoren sustancialmente la posición relativa de los trabajadores; y la materialización de ella tiene que expresarse en el diseño de unas políticas alternativas de salarios, precios y ganancias.

La afirmación frecuente de que un aumento de los salarios sólo acentuaría las presiones inflacionarias y en definitiva no beneficiaría a los trabajadores envuelve, más que un juicio técnico, un juicio político. En efecto, presupone que no hay capacidad social para imponer a los empresarios, a los dueños del capital, la aceptación de unos términos de participación en el producto que se genera comparables

a los que hubo en fases anteriores o las que se fundan actualmente en otras sociedades; en cambio, sí hubo la capacidad de los intereses dominantes para imponer a los trabajadores la drástica reducción en la participación de los salarios que se ha dado en los últimos lustros.

No hay razón “técnica” para que estos sistemas económicos no pudieran funcionar con términos mucho menos desiguales de la distribución del ingreso; aún más, ello ofrecería la posibilidad de que amplios sectores empresariales mantuvieran su *masa* de ganancias con *tasas* de ganancias mucho más bajas, compensadas por las oportunidades que abriría un mayor poder de compra de los trabajadores para el aumento de la producción y el comercio.

El mejoramiento de los salarios no tendría por qué tener hacia el futuro más efecto inflacionario que el que pudo tener el vertiginoso aumento de las tasas de ganancias que se ha registrado en la evolución económica anterior. Lo que sí ocurre es que no se puede conducir una política expansiva de salarios con *absoluta libertad de precios*; y por lo mismo —no sobra repetirlo— modificar las relaciones de distribución del ingreso no constituye propiamente un problema técnicoeconómico, sino predominantemente político, de correlación de fuerzas sociales.

Como se dijo, otra parte importante de la desigualdad proviene de las llamadas “heterogeneidades estructurales”, es decir, de las grandes diferencias de avance técnico, disponibilidad de capital y productividad entre distintos estratos de productores. Las formas de “modernización” en curso acentúan aún más esas diferenciaciones. Por lo tanto, forjar una sociedad *más integrada* requiere también disminuir progresivamente esas heterogeneidades. Y ello supone, entre otras cosas, redefinir las estrategias de avance técnico y asignación de capital e inversiones, encauzar la modernización hacia los sectores más rezagados en lugar de concentrarla en los ya más tecnificados; y acomodar a esos propósitos las prioridades de apoyo técnico, las políticas crediticias y de asignación de inversiones, de formación de recursos humanos, etcétera.

Frente a una realidad de heterogeneidades tan grandes, las políticas globales, indiscriminadas, terminan por favorecer solamente a los más adelantados; en consecuencia, hay que discriminar, diferenciar políticas según estratos productivos y las condiciones específicas de las distintas clases de productores.

Además, no se trata sólo de las diferencias entre pequeñas y grandes empresas o productores, sino también de esa altísima proporción de la fuerza de trabajo que ha quedado *fuera* de la economía “formal”, en ocupaciones precarias con ingresos mínimos e inestables.

En lugar de dejarla librada a su propia suerte —como lo supone de hecho la estrategia de “capitalismo salvaje”—, o de extenderle una ayuda puramente “asistencial” —como lo propone la estrategia de “solidaridad con la pobreza”—, hay que definir una estrategia que la incorpore progresivamente a otras condiciones de trabajo; lo cual puede suponer, en parte, ampliar las oportunidades de empleo en la economía “formal”, pero también, en muchos casos, una reorganización de sus actividades y un apoyo decidido para que superen su condición actual de exclusión y marginación.

Enfrentar la desigualdad desde el punto de vista del ingreso, supone pues *mucho más* que un compromiso de atender a la extrema pobreza: para ser eficaz, tiene que llegar a representar toda una estrategia global alternativa de desarrollo y de transformaciones económicas y sociales.

b) *La estructura productiva y las prioridades de producción*

El desafío de caminar hacia una sociedad más integrada y con menos desigualdad entre distintas capas de la población nacional supone, en primer lugar, cambios importantes en la distribución del ingreso y en los factores que la determinan, pero la misma redistribución abre de inmediato el problema de adecuar a las nuevas pautas de distribución del ingreso y las nuevas demandas de consumo que ellas determinan la estructura económica, la capacidad para producir los bienes y servicios correspondientes. Es decir, el desafío de no incurrir en las situaciones de agobio que han enfrentado otras experiencias históricas: ni vitrinas llenas con bolsillos vacíos, por bajos salarios y falta de trabajo, ni salarios sobrantes con escasez de productos básicos.

En los patrones de desarrollo prevaecientes, las estructuras económicas se han ajustado a la desigualdad y a la concentración del ingreso; la mayor parte del flujo productivo de bienes y servicios se ha orientado hacia las demandas de las capas sociales minoritarias bene-

ficiadas por esa concentración (directamente o a través de las exportaciones y las importaciones que éstas financian).

Una estrategia alternativa, en correspondencia con una distribución más progresiva del ingreso, supone por lo tanto una *transformación productiva profunda*, que jerarquice ante todo la producción de bienes y servicios básicos orientada principalmente al mercado interno y al conjunto de la población. Respecto de los criterios actualmente predominantes, involucra así cambios sustanciales en las prioridades sectoriales, en el papel que se atribuye a las exportaciones y en la función de los distintos "agentes productivos" que coexisten en el interior de cada sector.

La agricultura, la agroindustria y en general la producción de alimentos, las industrias de bienes de consumo difundido, los servicios de educación y salud, los productos farmacéuticos, la actividad editorial, los materiales de construcción y la vivienda, el transporte público, los servicios populares de recreación y cultura estarían llamados a constituirse en sectores económicos clave de la estructura alternativa; y a partir de ellos, los bienes de capital para mantener y ampliar su capacidad productiva, y los productos intermedios necesarios en la elaboración o suministro de los mismos.

En una primera fase, las capacidades productivas de esas ramas actualmente *ociosas* pueden contribuir a facilitar la armonización entre la vieja estructura productiva, que sólo puede modificarse gradualmente, y las nuevas demandas que con bastante rapidez hacen manifiestas la nueva distribución del ingreso. En algún grado, hay también la posibilidad de *reconvertir* el uso de otras capacidades productivas, desplazándolas de sus producciones actuales a las de otras líneas de consumos básicos. Pero en definitiva los desajustes tienen que resolverse mediante cambios en la propia estructura productiva y, en consecuencia, mediante *programas de inversión* que respondan muy directamente a esas nuevas prioridades.

Por su parte, en ese contexto cambia también la significación que se atribuye a las *exportaciones*: ya no se trataría tanto de qué función dinámica podrían cumplir para prolongar las estrategias actualmente en práctica (es decir, cuánto es el máximo que se podría exportar), sino más bien qué capacidad para importar resultaría indispensable para sustentar los nuevos términos de funcionamiento y crecimiento

del sistema económico en una estrategia alternativa (o sea, cuál es el *mínimo* necesario de exportaciones para acompañar un esfuerzo de desarrollo volcado principalmente hacia las demandas y aspiraciones internas).

Una estrategia productiva de esa naturaleza no es de ninguna manera ilusoria. Supone, eso sí, una política muy activa de asignación de recursos y orientación de las inversiones, articulando en esa dirección el uso de los distintos instrumentos de la política económica. Aún más, es previsible que tal estrategia contribuya a generar nuevas fuentes de dinamismo económico y nuevas relaciones —esta vez positivas— entre crecimiento y distribución.

En efecto [es muy diferente el resultado de esta estrategia]* en comparación con una economía que privilegia las exportaciones y las demandas muy diversificadas de consumo no esenciales de capas minoritarias de la población [que]* conduce a un funcionamiento del sistema económico que requiere montos relativamente muy altos de capital por unidad de producto, cuotas igualmente elevadas de insumos importados por unidad de producción, y absorbe poca mano de obra. En una economía orientada esencialmente hacia las necesidades básicas del conjunto de la población, esas relaciones son exactamente las opuestas y en consecuencia se pueden sostener, con la *misma* disponibilidad global de recursos, *tasas* mayores de crecimiento del producto y de ocupación de la fuerza de trabajo (es decir, con economías de inversión y de capacidad para importar), favoreciendo al mismo tiempo el avance constante hacia pautas de distribución del ingreso cada vez menos desiguales.

Dicho proceso se ve favorecido porque en una evolución de esa naturaleza tendrían participación relativamente mayor las empresas pequeñas y medianas, los pequeños productores y comerciantes, los campesinos y los “trabajadores por cuenta propia”, y amplificarían mucho más las oportunidades ocupacionales.

La *reconversión* que involucra esa propuesta no se refiere sólo a las ponderaciones “sectoriales”. En un sentido más amplio, vendría a representar un esfuerzo decidido para revalorar la función directamente productiva frente al enorme espacio que han ganado las activi-

* Las palabras entre corchetes fueron añadidas al original. [N. del coord.]

dades financieras; fortalecer la base de producción material y la capacidad de suministro de servicios básicos en lugar de que se sigan ampliando las actividades de naturaleza esencialmente especulativa.

Desde otro ángulo, una propuesta de este signo no supone en modo alguno sacrificio de la “eficiencia económica” o despreocupación por ella; en verdad, en ninguno de los dos sentidos en que puede definirse esa eficiencia. Primero, porque representaría un esquema de prioridades cuya eficacia no puede medirse por las reglas del mercado, por la capacidad para generar ganancias a los dueños del capital, sino por un criterio central de *eficiencia social*, del grado en que cumple una función útil para los destinatarios naturales del producto económico, el conjunto de la población.

Y segundo, porque es perfectamente compatible con la *modernización* de toda esa esfera de actividad, procurando en ella los niveles más altos posibles de productividad. No tiene por qué perdurar una situación como la actual, en la que quienes producen para el exterior o para las demandas internas de los estratos ricos de la población sean los productores “modernos y eficientes”, mientras quienes producen para los consumos esenciales del conjunto de la población permanecen rezagados e ineficientes. Se puede —y es legítimo hacerlo— aspirar a que el progreso técnico, la productividad y la eficiencia favorezcan ante todo a los productores que están llamados a cubrir esas necesidades básicas.

No se trata, en aras de una eficiencia mal identificada con “competitividad externa”, de exponer las fuentes propias de producción al riesgo de la desaparición, que es lo que en los hechos ha venido ocurriendo con la práctica de las políticas neoliberales llevadas al extremo. Fue en Chile la consigna de los conductores de la economía durante la dictadura, “que perezcan los ineficientes”, en cuyo nombre se rebajaron los aranceles aduaneros a un nivel generalizado de 10%, como si esa tasa fuera suficiente para compensar los abismos de diferencias de productividad que nos separan del capitalismo desarrollado; y cuya consecuencia previsible fue la quiebra de cientos y miles de empresas industriales.

La ineficiencia está inscrita de *antemano* en un esquema de industrialización que busca diversificar cada vez más los aparatos industriales para que respondan a demandas cada vez más diversificadas de

grupos minoritarios de la población que concentran altas cuotas del ingreso, en lugar de pensar en las industrias para los mercados masivos del pueblo, que sí pueden alcanzar escalas de producción suficientes para registrar niveles razonables de productividad y eficiencia en las ramas correspondientes.

Con el conjunto de los elementos reseñados, se trata, en definitiva, de configurar una propuesta que se inspira en la imagen futura de una sociedad que acaba con la extrema pobreza; que asegura a todos los consumos básicos; que sostiene sistemas incluso ejemplares de salud y educación; que resuelve los problemas de una vivienda digna para todos.

Se caracterizaría así como una nación integrada socialmente, con rangos moderados de diferenciación en los niveles de vida de distintas capas y estratos sociales, sin indigencia ni pobreza extrema, con niveles básicos de vida asegurados para todos. A cambio de lo cual tendría que ser también una sociedad de sobriedad en el consumo, sin excesos de consumo superfluo ni "fiebres consumistas", y con una capacidad de conducción social de la economía que asegure el uso más eficiente posible de todos los recursos disponibles o susceptibles de movilizarse. Y que asume al mismo tiempo el compromiso de cuidar y defender los recursos, para hoy y para mañana, preservar el medio ambiente, proteger al aire y las aguas, actuar con plena conciencia sobre los fenómenos ecológicos.

5. LA VIABILIDAD DE UN PROYECTO SOCIAL ALTERNATIVO

Una economía para todos, con los atributos que le son inherentes a ese concepto, es perfectamente alcanzable como producto de una estrategia alternativa de desarrollo, en un proceso difícil pero técnicamente viable de cambios profundos respecto de las estrategias y políticas actualmente predominantes. Los mayores obstáculos, más que económicos, son esencialmente políticos, sin que ello implique desconocer la dimensión y trascendencia de los primeros.

a) *Las condiciones de viabilidad económica*

Se ha difundido la idea de que, en las condiciones del mundo contemporáneo, no habría viabilidad económica para un nuevo proyecto social; y cualquier propuesta en ese sentido tiende a ser descalificada por “utópica”, “poco realista”, induciendo al “pragmatismo” y la resignación.

Las *potencialidades* son, sin embargo, al menos tan grandes como las dificultades y los desafíos. Un rasgo específico del subdesarrollo capitalista del presente es el *desperdicio* de toda suerte de recursos y posibilidades, desde recursos naturales hasta recursos humanos, pasando por los recursos de capital ya acumulados. La mala utilización de ellos arranca de su subordinación a determinadas pautas de relaciones sociales, a la lógica del mercado imperante; de modo que un proyecto alternativo que rompa esas limitaciones institucionales y sociales puede movilizar energías y potencialidades que ahora están esterilizadas por aquella subordinación.

La infraestructura ya construida, las capacidades productivas disponibles, la dimensión y variedad de los recursos naturales, la capacitación de la fuerza de trabajo, permitirían con *otra conducción* del sistema económico generar una corriente significativamente mayor de bienes y servicios. En muchos casos, los déficit en la condición de vida no provienen tanto de la imposibilidad de alcanzar los suministros necesarios, sino de la carencia de ingresos para acceder a ellos de las familias afectadas.

No habría pues razón objetiva para negar la posibilidad de que bajo otra dirección y conducción de la economía se pudieran generar unas dinámicas positivas de crecimiento en beneficio directo de la mayoría de la población nacional.

El problema es esencialmente político. Hoy día, las clases dominantes imponen en todas sus manifestaciones la dirección que conviene a sus intereses. Pero no es la única dirección posible. En función de los intereses nacionales y populares, es perfectamente posible revertir por completo los signos de las estrategias parciales. Como ya se dijo: en lugar de una “reconversión productiva” que privilegia las producciones de exportación, una reconversión de la economía hacia las necesidades básicas de la propia población; en lugar de la concen-

tración del ingreso como supuesta condición para favorecer la acumulación privada, una redistribución progresiva del ingreso [...] prioridad al avance técnico de los estratos rezagados, vinculados a los consumos básicos internos; [...] procurar el mínimo de desequilibrios compatibles con una política expansiva, de aprovechamiento pleno de los recursos disponibles. El verdadero desafío no radica en asegurar tales equilibrios a cualquier costo, sino en hacerlos compatibles con una dinámica positiva de crecimiento y de diseminación de sus frutos al conjunto de la población.

Cabría decir, de paso, que no desvirtúa la viabilidad económica de una propuesta de esta índole, una evaluación objetiva de las experiencias que inscribieron los países “de orientación socialista” del Tercer Mundo; sus avances en la descolonización y la atenuación [y diversificación]* de la dependencia, en la defensa de su soberanía [...], en la distribución del ingreso y el desarrollo social, y a la vez, sus problemas y frustraciones.

Es indudable que la llamada “crisis del socialismo real” tiende a debilitar la fuerza potencial de propuestas transformadoras que se orienten en sentido exactamente inverso al de un capitalismo a toda costa; pero aquella crisis no podría hacernos olvidar que el mismo capitalismo no ha logrado forjar una perspectiva duradera de desarrollo para el mundo subdesarrollado, hasta desembocar en esta crisis actual del capitalismo en América Latina que no es menos trascendente que aquella otra crisis.

Como quiera que sea y a partir de la evaluación de aquellas experiencias, es indudable que parte del desafío para las nuevas formulaciones tiene que ver con los significados actuales de *la planificación* y *el mercado*, y de las posibilidades de integrar elementos de una y otra en una nueva concepción de dirección social de la economía. Porque, en efecto, una estrategia alternativa supone necesariamente una responsabilidad y una participación mucho mayor del Estado, pero sin identificarlo con una planificación “totalizadora” y a la postre ineficaz, sino con una concepción también nueva del Estado, coherente tanto con esa estrategia económica como con las demandas de democracia.

* Añadido al original. [N. del coord.]

En este sentido, para una integración eficaz de planificación y mercado probablemente la clave esté en una concepción muy amplia de la participación social, de la *participación popular activa* en todas las instancias de decisión y conducción de las políticas económicas y sociales.

b) *La viabilidad política*

Las condiciones de viabilidad política son por cierto muy complejas. Como ocurre con toda propuesta transformadora, ella no podría ser asumida y conducida por los mismos intereses actualmente dominantes; supone la capacidad para reunir una fuerza social a la vez muy amplia y con objetivos inequívocos de cambios —marcando así una diferencia fundamental con las fórmulas actuales de “concertación”— que gane el *poder político* necesario, requerimiento que encuentra por supuesto no sólo grandes escollos reales, sino que tiene que encarar también las consecuencias de influencias ideológicas extensamente difundidas, que llevan a que variados segmentos de la sociedad asuman conductas políticas contradictorias con sus intereses objetivos, reduciendo los ámbitos de lo que debería ser una amplísima mayoría social de respaldo a los cambios.

Para acrecentar el escepticismo se citan con frecuencia antecedentes de otras experiencias históricas. En efecto, fueron propósitos similares a los que sugiere hoy día la idea de un proyecto social alternativo los que guiaron procesos que inscribieron fases muy importantes de la lucha popular: las realizaciones *perdurables* de la Revolución cubana, con sus éxitos en asegurar al conjunto de la población un nivel básico de vida, incluso excepcionalmente rico en aspectos como la educación y la salud, y también con sus insuficiencias y problemas; otros proyectos sociales que *no perduraron*, ~~apoyados~~ por las fuerzas opositoras o frustrados en sus objetivos, como fue el caso de los proyectos “no capitalistas” de fines de los sesenta y comienzos de los setenta —el gobierno de Velasco Alvarado en Perú y sobre todo el de Allende en Chile—, o los postulados y formas de realización del proyecto sandinista en Nicaragua, así como algunos empeños más recientes por poner en práctica otras políticas no convencionales.

Tanto para responder a las falsedades respecto de esos procesos que difunde el discurso ideológico de los intereses dominantes, como y sobre todo para recoger de ellas enseñanzas muy valiosas, es esencial que la formulación de un nuevo proyecto social se apoye en una evaluación *sistemática y profunda* de aquellas experiencias, de los aciertos y errores que se inscribieron en el curso de su aplicación; y también, para aprender de sus advertencias sobre el papel que llegan a desempeñar frente a tales procesos intereses externos e internos, incluso su apelación a la fuerza para entorpecerlos y derrotarlos.

Esa revisión de experiencias del pasado llevará muy probablemente a concluir que —aparte el caso de Cuba— en algunos procesos no se llegó a disponer de formulaciones programáticas y políticas concretas suficientemente elaboradas y concordantes con la naturaleza política global del proyecto; otros, no obstante su derrota, demostraron la viabilidad económica de sus postulados y alcanzaron a poner de manifiesto las enormes potencialidades que abría hacia el futuro; y en todos, quedó de manifiesto la gran capacidad de obstrucción de los intereses afectados, de dentro y de fuera, con frecuencia bajo la forma de “programas de desestabilización económica” diseñados y respaldados por los intereses del imperialismo estadounidense.

Aunque tales apreciaciones confirman de modo general que las grandes dificultades provienen de factores políticos más que de posibilidades económicas, hay que valorar sus enseñanzas en el ámbito propiamente tal, incluidas las dudas que levantaron respecto de la idoneidad de los esquemas teóricos y los instrumentos de análisis en que sigue apoyándose el pensamiento transformador.

Además de los aspectos técnico-políticos hay, tal vez, de manera general, *otras tres órdenes* de consideraciones *que hacer* respecto de la viabilidad propiamente política de un proyecto social alternativo de sello popular y nacional. Teniendo en cuenta además que la viabilidad política de cualquier proyecto social no es un dato que esté dado de antemano: hay que entenderla como un proceso de construcción progresiva de viabilidad, de acumulación constante de fuerzas y respaldos que se va ganando en el curso mismo de la lucha por el nuevo proyecto social.

En *primer lugar*, es un hecho que el carácter concentrador y excluyente del patrón de desarrollo capitalista prevaleciente ha acaba-

do por castigar y perjudicar a un espectro extraordinariamente amplio de intereses sociales. Ello quiere decir que quienes, en razón de sus intereses *objetivos*, deberían estar en favor de cambios profundos, constituyen una mayoría abrumadora de la sociedad. El desafío, en ese sentido, es el de neutralizar los efectos de la difusión ideológica que han impuesto otras disposiciones *subjetivas*, que inducen a muchos de ellos a solidarizarse con intereses que no son los suyos.

Incluso grupos sociales que probablemente no tendrían mucho que ganar a corto plazo de un proyecto transformador en su acceso a bienes materiales, pueden legítimamente movilizarse en su favor en función de otros valores y aspiraciones; por ejemplo, en la seguridad de su vida diaria, expuestos como están en la sociedad actual a la violencia cotidiana, que con frecuencia les impide disfrutar de las ganancias materiales que han obtenido.

En *segundo lugar*, es preciso forjar condiciones de solidaridad internacional, de relación entre las fuerzas progresistas de los diversos países, que defienda y apoye el ejercicio pleno del derecho a la autonomía nacional, el respeto a la voluntad de cada pueblo para decidir sobre el signo que quiera imprimir a su desarrollo económico, social y político. Quizás sea ésta, a la vez, la condición más difícil pero irrenunciable, ya que han sido el atropello y la agresión desde fuera, la violencia económica y militar desatada por el imperialismo estadounidense, el factor decisivo en la derrota de proyectos sociales de esta naturaleza, como ha venido quedando registrado en la experiencia histórica.

Finalmente, está la fuerza del simple hecho de que la puesta en práctica de un proyecto social alternativo, inspirado en los intereses populares y nacionales, es una necesidad objetiva e insoslayable. No obstante el clima preponderante de desesperanza, de conservadurismo, de apelación constante a un supuesto "realismo" que busca desautorizar por "utópico" todo lo que involucra cambios significativos, lo cierto es que, hoy día, tal vez no haya nada *más utópico* que suponer o procurar que las cosas puedan seguir como están o como han venido ocurriendo.

Uno de los obstáculos mayores al cambio —no sobra repetirlo— queda pues colocado en el plano ideológico, incluida la necesidad de deshacer mitos sobre las cuestiones económicas profusamente difun-

dados por el discurso dominante. Y reclama consecuentemente la organización de un gran esfuerzo colectivo, sustentado directamente en la base social, para la elaboración del nuevo proyecto que anime las luchas populares del futuro.

V. LA LUCHA POR UNA ESTRATEGIA ALTERNATIVA

1. ALTERNATIVAS SOCIALES EN EL FUTURO DE AMÉRICA LATINA*

a] *Después del neoliberalismo*

La aplicación rigurosa de los principios del neoliberalismo, en sus formas más “salvajes” como se las ha calificado, cumplió en América Latina una etapa que quedará inscrita por mucho tiempo en el registro de la evolución histórica de la región.

Apareció en su momento atribuyéndose la condición de ser la única respuesta posible a una crisis económica que se prolongaba largamente, y ha reclamado el reconocimiento de “éxitos” particularmente en el plano de los equilibrios macroeconómicos; pero no pudo atenuar sus consecuencias sociales y llegó, en razón de ellas, a poner en riesgo la estabilidad política de las naciones correspondientes. En todo caso, cualesquiera que terminen por ser los tiempos de su aplicación, la vigencia del neoliberalismo no ha sido de ningún modo intrascendente, ni en sus resultados inmediatos ni en sus consecuencias para el futuro: deja la herencia de graves penurias de hoy y severos obstáculos para superarlas mañana.

La imposibilidad de persistir en su aplicación plena, reconocida así por los propios intereses dominantes, deja abierta la exigencia de definir y aplicar alternativas. Una dirección en ese sentido se la puede identificar con la concepción del “crecimiento con equidad” esbozada por la CEPAL; de ahí que desde las propias instancias de gobierno

* Tomado de *Estrategia. Revista de Análisis Político*, México, año XVIII, núm. 109, enero-febrero de 1993.

se venga intentando sustituir la estrategia neoliberal en práctica por una más flexible y “humanizada”, que busca complementar y condicionar los contenidos básicos del neoliberalismo con acciones que reconozcan una responsabilidad social más allá del mercado. De otra parte, si los intereses dominantes procuran así la continuidad de su predominio, los sectores sociales perjudicados y castigados por el neoliberalismo tienen no sólo el derecho, sino la obligación, de dar forma a su propia respuesta, con una propuesta de cambios y transformaciones profundos, de alcance revolucionario en el sentido estricto de la expresión.

En la viabilidad y eficacia potencial de una u otra de esas estrategias, aquellas “herencias” del neoliberalismo desempeñan un papel determinante, que obliga a considerarlas detenidamente.

Facilita comprender la urgencia de nuevas propuestas estratégicas la confrontación de dos imágenes absolutamente contradictorias sobre el presente de América Latina. De una parte, el discurso oficial, al que se suman varios organismos internacionales, sugiere una América Latina que ya pasó lo peor de la crisis, que ha conseguido “ordenar” sus economías, que con mucho realismo las ha abierto al exterior para incorporarlas a un proceso incontenible de “globalización” de la economía mundial, y que satisface así las condiciones para recuperar una dinámica de crecimiento, esta vez con estabilidad.

Pero de otra parte está la evidencia de una realidad que exhibe, entre otros rasgos, altas cuotas de población en condición de pobreza o de franca indigencia, con graves retrocesos en su condición básica de vida, hasta el punto de configurar una abierta *desintegración* social interna; unos compromisos con el exterior que limitan severamente no sólo la disponibilidad interna de recursos sino la propia capacidad de autodeterminación nacional; unas economías segregadas entre un sector “formal”, que busca la modernidad y la eficiencia, y un sector “informal” enormemente amplificado, que sirve de refugio en la miseria a proporciones muy elevadas de la fuerza de trabajo; una capacidad estatal fuertemente disminuida por procesos “privatizadores”, en la esfera productiva y de los servicios básicos, que ha desaparecido o debilitado instituciones y desaprovechado calificaciones y experiencias de los empleados que se ocupaban en ellas; y una apuesta económica a un dinamismo exportador de dudosa permanencia.

Son estas últimas las razones que han puesto en el orden del día el remplazo de la estrategia neoliberal, y abierto el interrogante acerca de los caminos de futuro para las sociedades latinoamericanas. Vivimos pues una fase de búsqueda de nuevas alternativas sociales, como desafío planteado tanto a los gobiernos y las fuerzas políticas que los sustentan como a los movimientos y organizaciones de oposición a ellos; una búsqueda, además, de la que las propias instituciones académicas y técnicas no pueden quedar ausentes.

b) *Las propuestas desde el interior del sistema*

La responsabilidad como gobierno, por las acciones inmediatas, ha apresurado respuestas de la propias instancias de poder actual respaldadas además por organismos internacionales llamados a asesorarlas. Es así como han comenzado a ponerse en práctica nuevos enfoques, que reconocen un compromiso social frente a los más castigados por las políticas neoliberales, sustituyendo el principio de “subsidiariedad del Estado” por uno de “solidaridad con la pobreza”, buscando combinar “crecimiento” con “equidad”, es decir, legitimando acciones distributivas reconociendo que el mercado no resuelve “espontáneamente” los problemas de distribución de los frutos del crecimiento.

Diferenciados así en su propósito social del neoliberalismo, preservan sin embargo la mayor parte de los componentes económicos de la estrategia neoliberal: la inserción exterior y la prioridad a las exportaciones, y en consecuencia la jerarquización de la “competitividad externa”; la función del mercado como principal instrumento de asignación de recursos; el mantenimiento de los equilibrios macroeconómicos como eje central de la política económica, de manera que más que plantearse una redefinición del conjunto de la política económica identifica algunos ámbitos de acciones *complementarias* que no la comprometen en aspectos sustantivos.

Cabe afirmar, con fundamento, que es en esos elementos de continuidad con el neoliberalismo donde radican a la vez la fuerza política y la debilidad económica de esta propuesta. En efecto, puesta en estos términos, la estrategia de solidaridad con la pobreza no supone un remplazo de las orientaciones dominantes; pueden asumirla ellas

mismas e incluso convocar a una amplia “concertación social” de apoyo a programas que contienen promesas a los estratos excluidos o perjudicados en la evolución anterior. El problema central está en qué posibilidades económicas reales se tienen para cumplir esas promesas.

La pregunta tiene indudable importancia en esta fase de América Latina y reclama por lo tanto algunas reflexiones, aunque sea todavía a título muy provisional. Cabe pensar, por ejemplo, que las mismas herencias del neoliberalismo estrechan de hecho su horizonte de viabilidad económica, en ausencia de transformaciones más profundas que excederían sus límites políticos. En efecto, no se trata ahora de resolver la pobreza de unos cuantos grupos minoritarios marginados, sino de una condición que afecta a proporciones muy elevadas de la población nacional, incluso en muchos casos la mayoría de ella; con la dificultad adicional de que el mismo neoliberalismo debilitó la capacidad de acción pública al suprimir o achicar instituciones, prescindir de la capacitación y experiencias de los empleados públicos correspondientes, privatizar funciones e instrumentos así como empresas susceptibles de generar recursos, disminuir la base tributaria, reducir la capacidad de autodeterminación nacional ante los compromisos externos y el dominio creciente del capital trasnacional. Todo un conjunto de factores que estrechan severamente el horizonte de eficacia y la propia viabilidad económica, en una perspectiva de tiempo suficientemente larga, de una estrategia “intermedia”.

La previsión merecería un análisis amplio y riguroso, puesto que este tipo de propuestas viene imponiéndose como orientación central del quehacer oficial. Análisis que debiera diferenciar además los pronósticos sobre la dimensión de ese horizonte, con referencia a las variadas situaciones relativas de los distintos países de la región. Como quiera que sea, hay suficientes antecedentes para al menos poner seriamente en duda que tal estrategia pudiera constituir una respuesta de vigencia histórica a los problemas actuales de América Latina.

c) *Los alcances de un nuevo proyecto social*

Lo cierto es que, más allá del optimismo que se busca infundir, la variedad e intensidad de los desafíos del presente latinoamericano resultan casi abrumadores. La extensión de la pobreza y los deterioros

en la condición de vida de amplio estratos sociales han llegado a ocasionar una verdadera desintegración social, con una *polarización extrema* de la sociedad. Su proyección social se expresa, entre otras manifestaciones, en índices alarmantes de delincuencia; y su proyección política se refleja en una democracia formal, con escaso contenido real, muy inestable, así como en elevados grados de corrupción en diversas esferas del poder.

No se acaba de superar la grave crisis económica ostensible desde comienzos de los ochenta, ni se recupera una dinámica significativa de crecimiento. La apuesta a la exportación como principal fuente de dinamismo condiciona al conjunto de la política económica y amenaza con llevar la apertura externa a límites que comprometen la independencia de las decisiones nacionales. Y si se trata de enfrentar todo eso, la capacidad de acción estatal ha sido severamente disminuida, en sus instrumentos y en sus recursos; y sigue gravitando una deuda externa cuyos compromisos reducen gravemente los excedentes que podrían fortalecer la inversión nacional.

Se explican pues las dificultades para concebir y poner en práctica un proyecto social alternativo, que a la vez sea viable y represente una respuesta que se corresponda con la dimensión de aquellos desafíos. Un empeño que sin embargo viene motivando contribuciones desde diversas fuentes, de personas, de organizaciones políticas y movimientos sociales; y también desde instancias técnicas y académicas, que no podrían permanecer indiferentes ante cuestiones que inciden tan decisivamente en el futuro próximo de las sociedades latinoamericanas.

La evidencia de los problemas legitima su dedicación y desautoriza los mensajes del neoliberalismo: que en las condiciones del mundo contemporáneo no habría otra opción que insertarse en la “globalización” de la economía mundial y aceptarlo que sean los resultados del “libre” funcionamiento del mercado; que proponer una alternativa es un utopía inútil y significa volver a las fracasadas fórmulas del pasado del populismo y el desarrollismo; que el derrumbe de los “socialismos reales” demuestra que no hay futuro sino en este capitalismo que conocemos.

No obstante la importancia y la urgencia de un proyecto social verdaderamente alternativo, no ha llegado a madurar una propuesta glo-

bal coherente, constituyéndose en una tarea apenas en curso de realización. Por lo mismo, hay que valorar debidamente las denuncias sobre la situación presente que surgen desde fuentes muy variadas, incluidas instancias del pensamiento cristiano —la Conferencia Episcopal Latinoamericana, por ejemplo— y de los propios impulsores de los principios ideológicos del “liberalismo social”. Y abordar un empeño sistemático para recoger los aportes que han venido surgiendo de las plataformas programáticas de partidos y movimientos y de reuniones técnicas y académicas en diversos países de América Latina.

Particularmente en estas últimas, se han venido esbozando al menos algunos lineamientos económicos básicos que deberían sustentar una concepción alternativa. A una economía de minorías como es la actual, que privilegia las exportaciones y los consumos de los estratos de alto ingreso, se opone la imagen de una economía para todos, que da prioridad a los bienes y servicios básicos de consumo masivo, marcando así una dirección distinta a la “reconversión” de la economía y privilegiando las necesidades internas.

A la preservación de los “equilibrios macroeconómicos” como objetivo fundamental, se opone como objetivo central el ascenso en las condiciones de vida material del conjunto de la población, constituyendo el bienestar generalizado el criterio para juzgar los éxitos o fracasos de la política económica. En lugar de la precedencia rígida (y en definitiva no cumplida), “primero crecer, luego distribuir”, una política económica que se sustente en una política de *distribuir para crecer*. En lugar de la concentración extrema de los medios de producción en unos cuantos grupos privados, se preconiza una difusión de la propiedad, reconociendo un espacio legítimo a la propiedad estatal y sobre todo promoviendo diversas formas de propiedad social cooperativa. En lugar del dominio del capital trasnacional y de grandes grupos de concentración económica, se busca favorecer el desarrollo de la mediana y pequeña empresa, así como formas de incorporación efectiva de la “economía informal”. A una política tecnológica que privilegia a los estratos técnicamente ya más adelantados, con vistas a sostener la “competitividad externa”, se opone el criterio de dar prioridad al avance técnico de los sectores más rezagados y de favorecer la productividad de las ramas productoras de bienes y servicios básicos.

Al principio de subsidiariedad del Estado y dominio absoluto del mercado, se opone una responsabilidad social indeclinable en la conducción de la economía, intuyendo las posibilidades de una nueva relación eficaz entre planificación y mercado. En lugar de una apertura externa indiscriminada, que propicia principalmente la integración con los países más desarrollados, se sugiere una apertura más selectiva y procurar la *integración en el plano latinoamericano*.

En definitiva, en lugar de una sociedad desintegrada socialmente, con extremos de diferenciación en los niveles y formas de vida entre un minoritario “mundo de los ricos” y un mayoritario “mundo de los pobres”, la aspiración a una sociedad integrada, con diferencias moderadas y socialmente tolerables, capaz de erradicar la pobreza a cambio de la moderación en los niveles generales de consumo, coherente con el grado general de desarrollo de las fuerzas productivas, sin excesos “consumistas”.

Se puede argumentar positivamente sobre la viabilidad económica de propuestas opositoras de esta naturaleza, reconociendo por supuesto que necesitan todavía de una elaboración amplia y rigurosa. Los mayores obstáculos no están en las potencialidades de su eficacia económica, sino en el enorme esfuerzo que entraña construirle *viabilidad política*. Entre otras razones, porque esa alternativa económica se proyecta necesariamente a ámbitos sociales mucho mayores, que obligan a llevar a la propuesta de *todo* un proyecto social alternativo: otra concepción del Estado, nuevas formas de participación social, incluso otras escalas de valores, y las modalidades mismas de la práctica democrática más allá de sus aspectos formales, son todas cuestiones que quedan igualmente involucradas.

Por lo mismo, la tarea no es sólo construir un “programa de los pobres”, ni mucho menos “para los pobres”, sino ofrecer a toda la sociedad un *nuevo proyecto nacional*, llamado a marcar una nueva fase histórica de la evolución latinoamericana.

2. HACIA LA UNIDAD Y MOVILIZACIÓN DEL PUEBLO CHILENO*

Próxima a cumplirse la mitad del periodo de “gobierno de transición”, se advierten al menos tres rasgos centrales que caracterizan la situación política nacional: el agotamiento de la transición, el gobierno y la *concertación*; la consolidación temporal de las fuerzas de la derecha y de Pinochet al imponer la convalidación de casi todo lo hecho por la dictadura; y un notorio ascenso de las luchas populares en respaldo a las demandas políticas y a las reivindicaciones sociales del pueblo.

El propio presidente de la República hizo público su criterio en el sentido de que concluyó la transición, lo cual involucra no sólo desconocer aspiraciones sociales muy legítimas, sino también la renuncia a realizaciones que formaron parte del programa con que convocó a respaldar su postulación.

El resultado final de todo ello es la convalidación de casi todo lo que se hizo durante la dictadura, en todos los planos [...] De ahí derivan los criterios restrictivos, y en ocasiones francamente mezquinos, con que se responde a las demandas y reivindicaciones sociales. La recuperación de los salarios reales se condiciona al aumento de la productividad, desestimando el hecho de que a lo largo de más de quince años aumentó la productividad y disminuyeron los salarios, amplificando consecuentemente unas tasas y una masa de ganancias que ahora no las quieren ver afectadas.

Las instancias oficiales resisten y negocian la recuperación y el ejercicio de los derechos [...], bloquean los reajustes de los bajísimos montos de las pensiones y jubilaciones, así como de los sueldos de gremios [...] como los maestros y los trabajadores de la salud. Se levanta oposición violenta a cualquier aumento de los impuestos a las ganancias y al capital.

* Fragmentos del informe político rendido por Pedro Vusković a la Asamblea Nacional de los Comités de Unidad de Izquierda, efectuada en Santiago de Chile en diciembre de 1991. Tomado de la versión publicada en la revista *Estrategia*, México, año XVII, núm. 103, enero-febrero de 1992.

Ante esas conductas oficiales y de la derecha, aun las reivindicaciones más elementales sólo pueden alcanzarse con una activa movilización popular, con el respaldo en cada caso de una amplia y combativa solidaridad social [...] Es cada día más flagrante esta oposición entre la pasividad o la actitud negativa del gobierno y un movimiento social [...] que, por los más diversos medios, busca abrir paso a demandas y aspiraciones de reconocida legitimidad y urgencia.

Con [una] triple exigencia [...]: de vincular sus demandas específicas con una propuesta más general, esencialmente política; de proyectar la participación y la acción local y gremial —a menudo de carácter defensivo, de sobrevivencia autónoma— al conjunto de la sociedad y de la lucha social; y de forjar y desarrollar los instrumentos políticos orgánicos que contribuyan a la coordinación y a la conducción eficaz de esas movilizaciones.

a] *Las restricciones y los límites de la acción oficial*

En rigor, las frustraciones de la transición se originan no sólo en la insuficiente decisión y voluntad política del gobierno y la concertación: vienen también poniendo de manifiesto los límites relativamente muy estrechos que restringen objetivamente los alcances que puede tener en el Chile de hoy un proyecto de cambios más graduales, en el marco de las “herencias” políticas, sociales y económicas que dejó la dictadura.

La imposición de la ideología neoliberal y el compromiso con ella de las fuerzas actualmente gobernantes, así como su expresión en la estrategia económica de integración hacia afuera y desintegración social interna, reduce extraordinariamente el horizonte de los cambios posibles sin enfrentar directamente los contenidos básicos de tal ideología. En efecto, el imperio del mercado conduce inevitablemente a agudizar la desigualdad social, hasta conformar, como es el caso del presente de Chile, una sociedad escindida, un “mundo de los pobres” cada vez más diferenciado y distante de un “mundo de los ricos” que se identifica más con las sociedades capitalistas desarrolladas que con la mayor parte de la sociedad chilena.

Junto al dominio del capital extranjero, la privatización de actividades productivas y servicios básicos ha estrechado aún más las po-

sibilidades de acción autónoma del gobierno. El Estado chileno fue llevado y continúa siéndolo a la imposibilidad de cumplir cualquier función social relevante. Por lo mismo, son insignificantes los resultados que ha obtenido y puede obtener este gobierno, no obstante el despliegue demagógico de publicidad, en sus “programas sociales” o en el “programa de oportunidades para los jóvenes”.

b) *La necesidad de una alternativa global*

Los hechos mismos vienen así demostrando que [para] atender a las demandas y aspiraciones populares [...] sólo puede ser eficaz un nuevo proyecto social de cambios y transformaciones relevantes, con otro esquema de alianzas sociales que le abra viabilidad política.

A la herencia de una sociedad escindida hay que oponer un proyecto de verdadera integración social interna, de corrección de los extremos de desigualdad socioeconómica a que se ha llegado, actuando decididamente en las raíces mismas de esos procesos y no sólo en sus manifestaciones más ostensibles. A la herencia de una institucionalidad antidemocrática en su esencia, hay que responder con una propuesta alternativa, a partir de una nueva Constitución Política de la nación; y en ese marco, rechazar la impunidad y reabrir los juicios de esclarecimiento y castigo por los crímenes y atropellos cometidos.

Frente a los “valores” del neoliberalismo y el imperio del mercado bajo las conveniencias del capital, hay que rescatar los valores de la solidaridad y la equidad; al antiestatismo absoluto y dogmático, hay que responder con una propuesta que entregue capacidad de control público sobre los procesos sociales fundamentales, en un esquema de amplia participación popular en todas las expresiones de la vida social. En ese marco, hay que abrir juicio a lo que ha sido el proceso de privatizaciones; rescatar para el control de la sociedad producciones y servicios básicos, esclarecer los términos de traslaciones a particulares de empresas y actividades que eran patrimonio de todos los chilenos, y recuperar lo que hayan sido transferencias indebidas y lesivas para el interés general.

A los efectos depredadores y a los deterioros ecológicos que involucra este sistema de *capitalismo salvaje*, hay que responder con una

política intransigente de defensa de los recursos naturales, así como de prevención de toda forma de contaminación del aire y las aguas. A la subordinación exterior hay que oponer una propuesta de recuperación de autonomía nacional, de rescate de los patrimonios nacionales que han sido enajenados, esclareciendo además la responsabilidad de quienes participaron en las operaciones de desnacionalización y los términos en que ellas se hicieron.

En lugar de una estrategia económica que coloca a las exportaciones como su objetivo central, hay que impulsar una estrategia que privilegie ante todo las producciones y los suministros de servicios para satisfacer las necesidades básicas del conjunto de la población nacional.

La mayor responsabilidad de la izquierda, hoy día, es *levantar* esa propuesta alternativa así concebida, y *construir* la fuerza social que la respalde y le abra viabilidad política. Sólo la izquierda puede hacerlo consecuentemente. Y por lo mismo, tiene que asumirla en una dimensión *nacional*: es la propuesta popular para el país, para el conjunto de la sociedad chilena; y con plena *voluntad de poder*: de lo que se trata es de iniciar un proceso político para acceder al poder, en la perspectiva de un gobierno popular profundamente democrático y participativo. Es la reformulación, en las condiciones de hoy, de lo que fue ese gran proyecto social que intuyó Salvador Allende.

Esa es la magnitud de nuestro compromiso con Chile. Es nuestro compromiso con la mujer [...], tenemos que defender consecuentemente sus derechos, apoyar sus demandas legítimas, en el plano social y también en el de la propia vida familiar. Es nuestro compromiso con la juventud, que [...] reclama de ese proyecto la jerarquización de nuevos valores morales, una perspectiva cierta de resolución de sus problemas y de reconocimiento de sus aspiraciones. Tiene que ser una respuesta al escepticismo, a la frustración, a la droga, a la desesperanza, que explícitamente se han extendido entre muchos de las nuevas generaciones.

c] *Los instrumentos políticos necesarios*

Es con ese horizonte con el que venimos trabajando en la construcción de los instrumentos políticos necesarios [...] En primer lugar,

en el plano de la *unidad* del conjunto de la izquierda [...], ésa es la visión que inspiró los empeños para poner en marcha este proceso de reconstrucción política, con los Comités por la Unidad de la Izquierda como instrumento provisorio, que ahora culmina en esta Asamblea; y es lo esencial que tenemos que preservar como estatuto fundamental del nuevo referente que aquí se acuerde, llamado a su vez a marcar el comienzo de *otra fase*, superior pero todavía abierta a la continuidad de su ampliación y enriquecimiento [...] No pretendemos tener la exclusividad en el impulso a superar [la] dispersión y encontrar nuevos cauces unitarios, simplemente, esperamos que se reconozca que esta Asamblea y lo que seguirá de ella representen el primer esfuerzo serio por ponerle fin [a la actual negativa situación]* y para ir forjando los nuevos instrumentos políticos necesarios [...]

Ni este referente del conjunto de la izquierda que ahora construimos ni la eventualidad de [una] nueva organización socialista son construcciones políticas que obedezcan a conveniencias circunstanciales de procesos electorales. Se trata de instrumentos políticos necesarios para conducir las luchas populares en sus diversas expresiones, para sustentar las demandas permanentes del pueblo, para formular un proyecto alternativo y disputar el poder para su realización.

En esa perspectiva, e imponiendo en ella nuestro propio entendimiento y estilo, las elecciones son un escenario muy importante de esa lucha [...] Tenemos que hacerlo en el marco de una legislación profundamente antidemocrática, bajo fórmulas que han buscado excluir a la representación popular.

Tenemos detrás de nosotros una larga historia de luchas y realizaciones, y hacia adelante el desafío de un futuro que es preciso forjar. De aquella historia recogemos en particular el legado y el ejemplo de Allende. En la perspectiva de su futuro, damos otro paso en la tarea que él mismo nos dejó convocados de abrir las grandes alamedas por las que transitarán nuestro país y nuestro pueblo.

* Añadido por el coordinador. [N. del coord.]

La presente obra es una publicación póstuma de Pedro Vusković que recoge materiales hasta ahora inéditos cuya virtud es que permiten seguir la evolución de su pensamiento sobre las causas profundas de la pobreza y sus consecuencias para el desarrollo.

Con la edición de *La pobreza, desafío teórico y estratégico*, el Seminario de Teoría del Desarrollo y el Instituto de Investigaciones Económicas rinden homenaje a Pedro Vusković, el economista, académico y hombre de acción, quien falleciera en la Ciudad de México el 10 de mayo de 1993; al pensador y ciudadano chileno y latinoamericano que amó profundamente a México y su pueblo, que tanto aportó al pensamiento social de nuestra época, hoy más que nunca urgido, en la lucha por erradicar la pobreza de crecientes masas de nuestros pueblos y por defender la soberanía e independencia de nuestra naciones, de revitalización y creatividad.

La obra consta de cinco capítulos:

- I. Chile: reafirmación del subdesarrollo y la desigualdad;
- II. Un "modelo económico" desnacionalizador y empobrecedor;
- III. Veinte proposiciones de síntesis sobre pobreza y desigualdad en América Latina;
- IV. Esquema para la discusión de un proyecto social alternativo, y
- V. La lucha por una estrategia alternativa.